

ELENA FUENTES MORENO

JAHR - 1916

*El legado de AVA*



# **EL LEGADO DE AVA**

**Elena Fuentes Moreno**

Esta es una historia de amor poco corriente, fraguada mucho antes de que sus protagonistas existieran.

Ava no es una protagonista al uso, tampoco una buena persona; pero si le das la mano, te conducirá hacia el interior de una historia fascinante: su vida. Su existencia comenzó cuando sus padres dejaron atrás una humilde realidad, en busca de oportunidades y promesas de un futuro mejor. No podían imaginar que, tras las fronteras de España, les esperaba una vida completamente diferente, en escenarios con los que jamás osaron ni soñar y sobre los que se asentará un legado que perdura hasta nuestros días.

Tras los recuerdos de Ava no encontrarás justificación, ni tan siquiera expiación, pero quizás, sí halles las respuestas que te permitirán comprender los impulsos ocultos, por los que tomó las peores decisiones de su vida.

# Índice

Copyright

PRIMERA PARTE: Ava

SEGUNDA PARTE: Ingrid

EPÍLOGO

Sobre la autora

Agradecimientos

# Copyright

© 2017, Elena Fuentes Moreno

Ilustración de cubierta: Darío Rodríguez

Colaborador: Fran Rodríguez.

Esta novela no está basada en hechos reales, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A ti, lector; sin ti nada sería posible.

A Alberto y Marcos, es fabuloso ser vuestra madre.

A Fran, sé que no hay mejor camino que el que ando contigo.

La genética no tiene nada que ver con la avaricia, los negocios, el prejuicio racial. Todos los sistemas operantes en cualquier sociedad son parte de tu educación: los libros que lees, los modelos de conducta que sigues y la gente que admiras (...). Los genes no controlan valores.

Jacque Fresco

Si las locuras se repiten en la familia, debe ser que existe una memoria genética que impide que se pierdan en el olvido.

“La casa de los espíritus”, Isabel Allende

Cada vez que te sientas inclinado a criticar a alguien -me dijo- ten presente que no todo el mundo ha tenido tus ventajas.

Francis Scott Fitzgerald

# PRIMERA PARTE

**AVA**

**1992, Marbella**

Es normal que me odies, yo lo hago todos y cada uno de los días de mi existencia, pero debes comprender... cuando llegas al terrible momento, en el que la superficie de tu vida son las profundidades de la existencia que dejaste atrás, ya solo te queda intentar comprender cómo has llegado hasta aquí.

Me esforzaré en explicarte mis decisiones, quizás para justificar ante mí misma lo que hice. Será un vacuo intento de exonerar mi culpa, soy consciente. Ingrid, solo te pido que leas esta carta con detenimiento, ya que será nuestro primer y último momento de intimidad.

Estoy sentada observando el Mediterráneo. Desde esta terraza se divisa gran parte de la ciudad y una línea perfila el mar. No se me ha ocurrido mejor lugar para terminar y despedirme. Rodeada de todas mis miserias... espero poder encontrar la fuerza que requiere hacerte llegar toda la verdad.

Tengo que comenzar por relatarte la historia de tus abuelos maternos, hija. Ellos me avergonzaban, ahora lo veo con claridad. Sobre todo tu abuela, con su mirada reprobatoria, capaz de lanzar miles de silenciosos reproches que me estrangulaban el alma.

Cuando tú naciste, me decía a mí misma que no tenía tiempo, que estaba demasiado ocupada y que era complicado mantener una relación más estrecha con ellos, pero era mentira. Los esquivaba adrede, incluso mucho antes. Siempre me he esforzado por mantenerlos alejados de mis cosas. Me incomodaba tenerlos delante, porque era como gritarme quién era yo en realidad, y eso es algo que odio profundamente, siempre lo he hecho. Es irónico que en estos momentos, cuando el final me sobrevuela, sea capaz de entenderlo todo con una nitidez tan abrumadora, es casi obsceno. Llevo toda la vida renegando de mis orígenes y ahora van a terminar engulléndome.

Espero que seas parecida a ellos, seguramente así seas más feliz que yo: trabajadora, esforzada y resignada, todo lo que jamás seré. Lo supe en el momento en que naciste. Luchaste por sobrevivir dentro de mi cuerpo, lo conseguiste y creo que fue precisamente esa actitud la que provocó que fuera incapaz de quererte y exilió mi instinto maternal para siempre. Al nacer, llorabas incansablemente, reclamando lo que era tuyo y yo era incapaz de ofrecerte. Te convertiste en el recordatorio permanente de mi lado más vacuo e ignorante, tú eras una luchadora y yo no.

Voy a comenzar por el principio, por lo que sé o recuerdo. Creo que para seguir adelante, debes saber de dónde vienes. Las dos sabemos de sobra que tú no cometerás mis errores, pero no puedes evitar ser mi hija, por mucho que te duela...



Tus abuelos Consuelo y Francisco, salieron de Utrera en 1939, alentados por una promesa de trabajo de un familiar que llevaba residiendo en Francia unos años. En España las cosas no eran fáciles. El país estaba azotado por una profunda crisis, que había perseguido como una sombra a la Guerra Civil. Mi padre trabajaba en un olivar, en jornadas interminables que transcurrían de sol a sol por una miseria, y mi madre era ama de casa, pero por sus venas corría sangre flamenca.

Solía cantar cada vez que tenía ocasión y se había granjeado cierta fama en el pueblo y sus alrededores. Supongo que, de haberse dado otras circunstancias, habría podido plantearse dedicarse a ello, pues había sido agraciada con el don de la belleza y se movía con gracia y arte, pero lo tenía todo en contra: su familia era pobre y se acababa de casar con un hombre que todavía lo era más, pero al que amaba y respetaba con toda su alma.

Francisco era reacio a salir de España, su familia y amigos estaban aquí y adoraba su tierra, pero el amor por su mujer fue mucho más fuerte a la hora de decidir. Consuelo sabía que sería difícil, pero deseaba con toda su alma formar una gran familia junto a su marido, y ansiaba un porvenir mejor para sus futuros hijos. Si se quedaban, tan solo podría ofrecerles pobreza, penurias y dificultades. Dejar su hogar les rompería el corazón, pero les abriría la puerta a la esperanza. El mañana en su país resultaba poco alentador y cualquier atisbo de un horizonte prometedor era atesorado concienzudamente en su mente.

Mi madre nunca ocultó su ambición, creo que se desesperaba al verse a sí misma: guapa, inteligente, llena de talento para comerse el mundo y sin embargo, condenada a una vida insustancial y precaria. La carta de su prima Lourdes, en la que anunciaba que los señores de la casa en la que servía, necesitaban más personal, la hizo volar y llevar su imaginación a cotas estratosféricas, a las que evidentemente tan solo podía llegar soñando. La marginación, los desplantes y el durísimo trabajo, vendrían después a darle una bofetada de realidad, bajarla de su nube y ponerla en su sitio.

Mis padres se marcharon a Francia junto a una horda de españoles exiliados. Emigraron junto a miles de almas procedentes de todos los estamentos sociales, lo que facilitó que mi madre se formara una nueva perspectiva del mundo. Por suerte para ellos, en su punto de destino les aguardaba un trabajo y un hogar, eso suponía una gran diferencia con el resto.

Ella nunca había salido de la provincia de Sevilla, su universo empequeñecido y sus humildes miras, se expandieron entonces, cambiándola radicalmente. Algo despertó en ella en ese viaje. A partir de entonces, jamás se resignó a volver a su insignificancia anterior.

Llegaron a Nantes justo cuando la primavera eclosionaba y probablemente para Consuelo aquello constituyó una muestra de buen augurio. La fila de casas en la Isla de Feydeau a la que llegaron se le antojaron por aquel entonces, extraordinarios palacios consecutivos, que serían solo la antesala de una vida de lujo y fastuosidad a la que había llegado para quedarse. Siempre me describió aquel momento con solemnidad. Tenía delante un mundo infinitamente superior en todos los sentidos al

que había dejado tras de sí y cogiéndole la mano, se encontraba el hombre al que amaba. Su corazón rebosó orgullo y excitación ante una perspectiva inmejorable.

Nantes era conocida por su floreciente actividad industrial y su ferviente comercio portuario, que habían convertido a la ciudad a orillas del Loira en una de las más importantes del occidente francés. Francia no se había librado de la crisis económica y la recesión que asolaba Europa, pero el patriarca de la familia que los acogía, el armador Bruno Colville, sí había sabido sortearlas gracias a su astucia, su clarividencia para los negocios y un importante patrimonio familiar, que procedía del tráfico de esclavos, con el que se enriquecieron sus antepasados.

La familia Colville poseía una majestuosa casa en la isla de Feydeau. Construida en el siglo XVIII, la fachada de piedra caliza estaba adornada por vistosas balconadas y barandillas de hierro forjado. Al igual que sus vecinas era una edificación imponente, que evocaba la clase y el poder adquisitivo de las familias burguesas que las habitaban.

Bruno Colville se dedicaba por aquel entonces a la exportación de madera, pero su gran instinto empresarial estaba agitado. El mundo se movía tumultuosamente: los alemanes se habían vuelto locos e intentaba predecir hacia dónde les llevarían los acontecimientos que se avecinaban. En su círculo de amistades todos estaban preocupados por Hitler y no hablaban de otra cosa. Las demandas territoriales de aquel demente no traerían nada bueno. Austria y Checoslovaquia habían sido anexionadas a Alemania y todo parecía apuntar a que aquello no pararía ahí. Él sabía que debía estar preparado. Reaccionar a tiempo era vital, y más cuando se poseía un negocio de la envergadura del suyo.

Cuando Bruno descendió aquella mañana por la majestuosa escalera de su vivienda y vio por primera vez a mi madre, debió parecerle una exótica extranjera con la que fantasear y entretenerse alguna que otra noche. Es curioso cómo la gente con dinero y poder puede cambiar el destino de unos pobres desgraciados con tan solo una mirada. En ese instante comenzó a fraguarse mi existencia y supongo que también mi bajada a los infiernos. Siempre he pensado en la frase de Flaubert como un vaticinio *“El futuro nos tortura y el pasado nos encadena. He ahí por qué se nos escapa el presente”*.

Consuelo y Francisco tuvieron que aprender francés a marchas forzadas, abrir sus mentes e interiorizar su nueva vida con rapidez, que nada tenía que ver con su existencia en Utrera, donde las cosas eran radicalmente diferentes, debían adaptarse. Sus maratónicas jornadas de intenso trabajo, comenzaron en el mismo instante en que sus pies traspasaron el umbral de la residencia Colville. Mi padre fue trasladado como operario a la naviera del señor. Tan solo disfrutaba de una noche a la semana junto a mi madre, que pasaba los días trabajando en la cocina de la gran casa sin descanso.

La señora Colville, Zelinda, era una alemana obsesionada con su figura y su belleza. Cuidaba hasta el más mínimo detalle de su vestuario, lo que hacía que tuviese siempre un aspecto impoluto. Mantenía un férreo control sobre los sirvientes de la casa y la educación de su bebé. Odiaba arbitrariamente a cualquiera que osara llevarle

la contraria. El que la desafiara tendría reservado un espacio de resentimiento infinito y lacerante en su frío corazón. Solo tenía una flaqueza, que se vio acrecentada con la llegada de mi madre a la casa. Zelinda Colville sentía especial debilidad por los dulces, y aunque era perfectamente capaz de permanecer un día entero sin comer para encorsetarse en cualquiera de sus fastuosos vestidos de gala y acudir a un gran evento radiante, luego era incapaz de resistirse a cualquier dulce que se encontrara a su alcance. El azúcar corría por sus venas cubriéndola de paz y confiriéndole un placer absoluto, que la extasiaba y la abstraía del mundo.

Una semana después de la llegada a la casa de Feydeau de Consuelo, la señora Colville organizó una merienda con sus amigas. Para mí, siempre ha constituido una exaltación de cinismo que ese tipo de gente llame “amistades” a las personas con las que se relacionan. Sus interacciones suelen consistir en criticar al primero que abandona la estancia, con el único y triste objetivo de sentirse un poco mejor, después de vomitar impertinencias sobre la víctima del cruento escarnio. Las amigas de Zelinda no escapaban a este cliché, puesto que devoraban chismorreos y se afanaban en ser jueces y verdugos de cualquiera que tuviese la desgracia de ser nombrado por sus labios durante aquellas tardes ociosas.

Esa tarde, la señora presentaba a su vástago de seis meses a su círculo más cercano. Se trataba, pues, del primer acto social desde el nacimiento de la criatura. Todo el servicio se afanó para que Zelinda no tuviese queja alguna. Se elaboraron todo tipo de viandas, y la cocinera pidió a mi madre que aportara su mejor elaboración de repostería. La mujer se había dado cuenta de que Consuelo tenía un talento especial para la cocina, y sentía curiosidad por ver qué podía ofrecer. Mi madre tomó la petición de la cocinera como una prueba de fuego para consolidar una posición digna entre el servicio de la casa, así que se esmeró a conciencia en elaborar un fabuloso brazo de gitano, receta ancestral de su familia.

Las invitadas fueron llegando y tomando posiciones en sus confortables sillones, a la espera de que el ama de llaves les sirviese alguna bebida caliente y pudiesen comenzar con el despiece del último chismorreio, que corría de boca en boca por toda la clase burguesa de Nantes. Una de las niñas que había sido presentada en sociedad la primavera anterior se había fugado con su profesor particular de piano, para consternación de toda su familia y disfrute escandaloso de todos los demás.

Zelinda hablaba con el resto de mujeres, intentando apartar la mirada de la mesa donde descansaban los pasteles, pastas y demás tentaciones. Ella se debatía interiormente contra un deseo que la colmaba y amenazaba con hacerle perder la compostura. Hacía poco que había sido madre y todavía le costaba meterse en sus vestidos, debía ser fuerte y no sucumbir. En eso andaban sus pensamientos, cuando la niñera entró en la estancia con Alain en brazos, haciendo que las palabras de indignación soliviantadas de las invitadas, se tornaran al instante en elogios y arrumacos hacia el bebé.

La señora Colville aprovechó que ya no era el centro de atención para, obviando la presencia de su hijo, acercarse a la mesa donde solamente tenía ojos para aquel pastel cubierto de chocolate, cuyo aroma había cautivado toda su atención tan pronto como una doncella lo había sacado hacía unos minutos, provocando que sus papilas gustativas estallasen, tan solo con la posibilidad de verse envueltas en él.

La mujer cortó una finísima porción del brazo de gitano e intentó sonreír a sus invitadas mientras regresaba a su asiento. Pero su mente fue golpeada por una feroz escena en la que ella se encontraba sola y devoraba con ansia la totalidad del postre, saciándose por completo y quedando totalmente satisfecha. Alain intentaba zafarse de una de las mujeres que lo achuchaban y alargaba el brazo intentando llamar la

atención de su madre, que no mostró ni la más mínima intención de cargar con su hijo. Ése era su momento. Alzó su cuchara hasta la altura de sus ojos para estudiar cómo la nata circunscribía el esponjoso bizcocho y se lo metió en la boca dejando que el éxtasis la colmara. En cuestión de segundos acabó con la exigua ración y se sirvió otra un poco más gruesa.

Desde aquel momento, los dulces de Consuelo se convirtieron en parte imprescindible dentro de la cocina de los Colville, lo que le valió para hacerse con un lugar prominente dentro del entramado de sirvientes.

Zelinda era una mujer muy hermosa, de cabellos dorados y tez pálida. Poseía unos penetrantes ojos marrones que le conferían un aire inteligente y de intrigante perspicacia, cualidades de las que, en realidad, carecía por completo. Llevaba años construyendo una pose de mujer interesante, que se desmoronaba con la misma facilidad con la que un castillo de arena sucumbe lamido por las olas, a poco que se conversara con ella. Su compostura discreta era fruto de su escasa inquietud por involucrarse en los temas de conversación, a no ser que fuesen comentarios malintencionados, los únicos capaces de despertar su entusiasmo.

Una tarde, el señor Colville fue a uno de los populares festivales de la ciudad, durante el transcurso del cual, actuaba su banda de gaitas bretonas predilecta y se llevó a Alain, para que el niño comenzará a desarrollar sensibilidad hacia la música. La casa quedó prácticamente vacía, ya que la mayoría del servicio no quería perderse el concierto. Zelinda bajó a la cocina acuciada por una repentina necesidad de comer algo dulce y allí se encontró a Consuelo, terminando de limpiar los fogones tras el almuerzo.

—Disculpe, ¿puedo ayudarla en algo? —ofreció mi madre solícita, en su entonces precario francés.

—Oh, creía que no quedaba nadie... En esta ciudad todo el mundo corre a la calle en cuanto empiezan a sonar las gaitas. ¿En España tenéis también esos endiablados instrumentos?

Consuelo dudó un momento, no sabía realmente si la señora quería iniciar una conversación con ella o estaba hablando tan solo para no parecer descortés.

—En España hay gaitas en el norte, pero yo vengo del sur, allí tenemos el flamenco, que es mucho mejor —dijo al fin, sin poder ocultar el entusiasmo que le provocaba hablar de una de sus pasiones.

—No conozco nada de flamenco, pero cualquier cosa será mejor que ese sonido estridente. Tengo algo de hambre... —repuso Zelinda con cierta avidez.

—Siéntese en el salón y enseguida iré a servirle algo de comer, puedo hacerle unos crêpes para acompañar al té.

Consuelo acertó a ver un brillo de glotonería en los ojos de la señora.

—Está bien, allí esperaré.

Mi madre se esmeró todo lo que pudo en preparar la merienda. Desde el primer momento, captó su debilidad por los dulces y por suerte, ella tenía una mano magistral para la repostería.

Una vez hubo servido a la señora, se retiró, no sin antes quedarse a observar tras el quicio de la puerta. Comprobar la cara de éxtasis de Zelinda al degustar lo que ella había cocinado, la hizo sentir importante, poderosa. Esa fue la primera vez que mi madre tuvo conciencia del poder que te otorga conocer las debilidades de otros, sobre todo si eres capaz de colmar sus deseos.

Al igual que a su mujer, a Bruno Colville le gustaba invitar a sus amistades a reunirse bajo el amparo de su techo. Hacer alarde de su fortuna, sin escatimar en dispendios para con sus invitados, era de las pocas cosas que el matrimonio Colville tenía en común, por lo que su hogar acogía las reuniones más célebres entre la clase burguesa.

Una tarde, en la mansión Colville, los hombres de la élite de Nantes se reunieron con los rostros sombríos para discernir las terribles consecuencias que tendría para Francia entrar en guerra contra Alemania. El país estaba revuelto y la sombra de la incertidumbre les hacía inquietarse por sus negocios.

Bruno Colville ofreció a sus amigos el mejor coñac de toda Francia y dejó reposar sobre la mesa del enorme salón donde se reunían una caja de puros enviados especialmente desde La Habana. Cogió su copa y se acomodó en uno de los grandes sillones de terciopelo granate, que su mujer había elegido para la decoración, y se dispuso a escudriñar meticulosamente la escena. Dejaría que los hombres se desahogaran, que profiriesen insultos y una larga letanía de lamentaciones... y cuando los tuviese en el punto exacto, donde hubiesen perdido la esperanza y fuesen vulnerables, intervendría. Era su don. Desde muy pequeño, había sabido llevar a cualquiera a su terreno. Callaba, observaba pacientemente y argumentaba. Nadie podía resistirse, porque Bruno Colville tenía la cualidad de conocer a las personas mejor que ellas mismas: podía predecir comportamientos antes de que se produjeran.

La noche se alargó más de lo que imaginaba, los ánimos estaban realmente caldeados y nadie perdía la oportunidad de afligirse por la situación que los asolaba... hasta el gran discurso del señor Colville. Tan solo tuvo que apelar a la grandeza de Francia y a la vanidad de los allí presentes, para levantar la moral de los espíritus congregados en torno a él. No podía consentir que los hombres que sostenían la economía de la ciudad, se fuesen hundidos a sus casas; de nada valía quejarse por los acontecimientos, debían sobreponerse y concentrarse en seguir adelante.

El último de los hombres se marchó cuando un velo de tenue luz asomaba a través de los ventanales. Bruno apuró lo que quedaba de la botella sin molestarse en usar una copa. Miró a su alrededor y rogó para que la situación no empeorara. Se hallaba ensimismado en sus pensamientos cuando oyó los pasos de Consuelo descendiendo por la escalinata principal. Mi madre se levantaba al alba para ir al mercado y conseguir los mejores productos con los que elaborar el desayuno de los señores.

Al acceder al recibidor chocó abruptamente con Bruno, que la acechaba impertérrito a la espera de su reacción. Consuelo notó cómo sus pulmones retenían el

oxígeno más tiempo del debido y lo primero que sintió fue vergüenza por su torpeza, pero un segundo después, al poder estudiar el rostro del señor, aquella sensación se desdibujó. En sus ojos se podía discernir el mismo anhelo que la señora Colville manifestaba ante su repostería... Así que mi madre paladeó por segunda vez en aquella casa el sabor del poder, ya que si bien ella nunca sería por derecho propio como aquellas personas cuyas vidas la fascinaban, Consuelo poseía cosas que eran objeto de su deseo. Aquello, para alguien de cuna tan humilde como ambiciosa, colmaba por el momento sus pretensiones y la condujo hacia un estado de exultante felicidad.

La mano firme y autoritaria de Bruno comenzó a recorrerle la mejilla...

Ingrid, no caigas en la tentación de juzgar a tu abuela, eso es tremendamente fácil y banal, cuando no se está en el mismo espacio y tiempo. Las manos lujuriosas de aquel hombre no se hubiesen detenido con una negativa, créeme, conozco bien ese tipo de situaciones.

Consuelo consintió que Bruno se perdiera en todos y cada uno de los rincones de su piel, mientras su cabeza absorbía obediente cada instante. Cualquiera se habría turbado sólo con estar frente a aquel hombre imponente, al que todos respetaban y admiraban en secreto y ella estaba siendo el centro de todo su deseo y atención, pero Consuelo no era una mujer como las demás, era consciente de que aquello suponía una oportunidad y no pensaba desaprovecharla.

La mente obstinada de mi madre comenzó a tejer una gran red en su cabeza desde el primer beso, pero como suele pasar en la vida, hay demasiadas variables que mueven el destino para que un simple mortal pueda tenerlas todas en consideración.

Mi madre se convirtió en la amante del señor Colville por la noche y en la repostera favorita de la señora Colville durante el día, actividades que le reportaron numerosos privilegios.

Para una mujer, sentirse deseada puede ser una droga, ya no solo por ser halagada, sino por la satisfacción personal que ello confiere. Saberse objeto de deseo de Bruno Colville tuvo que ser para mi madre una de sus mayores aspiraciones, la puerta que abría el camino hacia un porvenir mejor, para ella y para su descendencia.

Ingrid, párate a pensar un momento antes de continuar. Nosotras no hemos conocido el hambre ni la miseria. A menudo, juzgamos las acciones de los demás a la ligera, pero lo único que podemos saber a ciencia cierta es que nadie conoce cómo actuará ante una determinada situación sin vivir las mismas circunstancias previas. Mi vida ha sido un despropósito, pero si hay algo que he aprendido, es que si no soy capaz de ponerme en la piel de otra persona tampoco tengo derecho a censurar su comportamiento.

A principios de julio, la casa Colville se preparaba para que los señores viajaran a Potsdam, en Alemania, localidad donde residía la familia de la señora. Sus abuelos maternos no conocían al pequeño Alain, por lo que Zelinda tenía la excusa perfecta para regresar por espacio de unos meses al hogar que añoraba profundamente.

Mi madre fue requerida junto a otras tres integrantes del servicio, incluida la niñera de Alain, para acompañarlos en el viaje. Esto causó gran revuelo, ya que nadie entendía para qué iban a necesitar los señores a una simple ayudante de cocina fuera de la casa. La doncella personal de la señora Colville, una mujer perspicaz, no pasó el hecho por alto y de inmediato se sintió amenazada, por lo que emprendió una sutil pero firme campaña de desprestigio hacia Consuelo.

Emelie era una mujer cuyo destino había sido marcado desde su nacimiento, pues su padre había sido mayordomo del padre del señor Colville y su madre había sido el ama de llaves de la familia durante más de treinta años. Nunca había sentido la más mínima inquietud por conocer el mundo que se abría paso imperceptiblemente tras las paredes de la mansión de Feydeau. Siempre había vivido en el altillo de aquella casa y pasaba la mayor parte del día en el subsuelo de la misma, atendiendo primorosamente cada uno de los requerimientos de su señora, como siempre le habían inculcado. Ahora, se había percatado de la predilección de la señora Colville por los dulces que elaboraba Consuelo y eso la ponía nerviosa.

Era inimaginable pensar que una simple ayudante de cocina llegara a doncella personal, pero el mundo estaba cambiando vertiginosamente y en aquellos tiempos, en los que las jerarquías entre clases se resquebrajan, cualquier cosa era posible. Las viejas y arraigadas costumbres se tambaleaban constantemente. Para aquellas mentes estrechas constituía un escándalo en toda regla, que una extranjera tuviese la oportunidad de viajar con los señores estando a su servicio desde hacía tan poco tiempo. Hubo habladurías y cotilleos, pero mi madre siempre actuó como si no le importaran lo más mínimo.

Los Colville y un séquito de sirvientes, que los doblaban en número, partieron una calurosa mañana hacia París, donde tomarían el tren en la Estación del Este, con destino Berlín. A Consuelo se le encogía el corazón mientras el Citroën Traction Avant, que transportaba al servicio, recorría las majestuosas avenidas de la capital de Francia. Jamás había visto nada tan grandioso y lleno de belleza, sin contar con que era la primera vez que viajaba en automóvil, por lo que tuvo que ser una experiencia única.

En el tren que la transportaba hasta Berlín, Consuelo reflexionó sobre su futuro. Utrera ya se le antojaba un recuerdo que pertenecía a otra existencia. No, definitivamente no entraba en sus planes regresar, pero tampoco estaba dispuesta a ser ninguneada. Sus acompañantes, que compartían los asientos de madera de un sencillo e incómodo vagón, la miraban con suficiencia y suspicacia, y a unos metros de distancia, en el fabuloso vagón de primera clase, ninguno de sus ocupantes se dirigiría jamás a ella en público para otra cosa que no fuera darle una orden. El mundo era injusto, pero de nada servía quejarse. Consuelo se prometió a sí misma



luchar, y sabía que sería capaz de cualquier cosa por cambiar la realidad, al menos la suya.

Los Lenz, la familia de Zelinda, poseían un próspero negocio de fabricación de lentes ópticas de precisión en Potsdam. Así fue como nuestra familia llegó allí. Mi madre nunca pensó que acabaría viviendo permanentemente en aquella hermosa ciudad en las inmediaciones de Berlín, donde el verde forma parte del paisaje allá donde mires, pero la historia se interpuso en su camino y cambió su destino para siempre.

La familia Lenz residía en una fastuosa mansión cerca del Puente Glienicke, frontera natural entre Berlín y Brandeburgo. No hay nada como alejarte del paraíso... para ser consciente de que has nacido en él.

Quizás la nostalgia sea la que ablande mi corazón y hable por mí, pero no creo que haya lugar en la tierra más hermoso. Llevo mucho tiempo viviendo junto al mar y añoro profundamente los inmensos árboles que rodeaban nuestra casa, el aroma refrescante que desprendían las plantas bañadas por el rocío de la mañana y el saberse rodeada de agua dulce constantemente. El verde, no conservo ningún recuerdo de Potsdam que no esté teñido de ese color. Aquí, en España, hay una luz increíble y el sol baña el mar y la ciudad casi todos los días del año... Nunca lo habría imaginado, pero con frecuencia me despierto con la sensación de que me falta la lluvia empapando todo, y cubriendo la frondosa vegetación.

La mansión Lenz se erigía majestuosa ante el lago y la rodeaba un espeso bosque, que provocaba que olvidaras que aún te encontrabas en la civilización. Es cierto que en la zona existen otras edificaciones impresionantes, pero convendrás conmigo en que ninguna tiene su carácter y sus detalles. Es especial.

Potsdam, nuestro hogar. Lo echo de menos, sobre todo la primavera allí: el río, sus lagos... Perderme con la bicicleta entre sus calles llenas de historia y de edificaciones preñadas de encanto... Ingrid, el día que te abandoné decidí no volver a mirar atrás jamás, ha sido la única idea a la que he sido fiel en toda mi vida; en todo lo demás, he sido deshonesto.

Alemania hervía aquel julio de 1939. Los nazis extendían sus dominios sin freno, violando abiertamente el Pacto de Múnich. El resto de Europa los observaba con creciente recelo, pero paralizados, mientras Rusia se preparaba para pactar con ellos. En la elegante mansión de los padres de Zelinda se respiraba orgullo y patriotismo por todos los rincones. Nunca lo manifestaban abiertamente cuando Bruno se encontraba presente, pero sus corazones alemanes se vanagloriaban con cada nueva victoria de Hitler.

*Los alemanes constituyen una raza muy superior a cualquier otra, y cuanto más territorio se encuentre bajo su influencia, mucho mejor será para el mundo* — pensaban regocijándose de su propia magnificencia. Bruno obviaba cada uno de los gestos y palabras que veladamente proferían los alemanes contra franceses y británicos. A la semana de su llegada a Potsdam, el señor Colville utilizó sus negocios como pretexto y partió hacia su querida Francia, sacudiéndose la prepotencia alemana que había soportado estoicamente durante más días de los que le hubiese gustado.

Bruno conoció a la familia de Zelinda en el verano de 1935. Los Lenz coincidieron con él en Juan-les-Pins, un paraíso turístico en el corazón de la Costa Azul, llevado a su máximo esplendor con dinero norteamericano, solo apto para las familias europeas más acaudaladas. Allí se reunían estrellas de cine, escritores de éxito, afamados artistas, miembros de la realeza europea... para disfrutar del maravilloso clima Mediterráneo durante el día y perder su dinero sin ningún cargo de conciencia jugando en el casino por la noche. Bruno Colville llegó al Hotel Le Provençal atraído por esto último. No por el simple hecho de jugar, pues Bruno siempre iba más allá; él buscaba inversores y sabía que en verano muchas de las grandes fortunas europeas se darían cita, haciendo acto de presencia y alarde de su posición, en las mesas de juego de aquel opulento casino. Con el proyecto empresarial en mente de duplicar los barcos de su naviera, cruzó el umbral del maravilloso hotel, donde la brisa del mar y el olor a salitre lo impregnaban todo. El Provençal, de estilo Art Déco, había adquirido gran renombre en los últimos años. Me imagino al apuesto y galante Bruno, con su aspecto impoluto y elegante, atrayendo como un imán todas las miradas.

Cuando de pequeña deambulaba por la mansión de los Lenz, siempre observaba los retratos de Bruno Colville embelesada, aunque por aquel entonces ni siquiera sabía que era mi padre. Zelinda tenía media docena de ellos en uno de los aparadores del salón principal. La primera vez que vi “Lo que el viento se llevó” encontré en la mirada de Rhett Butler los mismos ojos penetrantes y el mismo semblante desenfadado y atractivo del señor Colville... irresistible para cualquiera que se cruzase con ellos.

Los Lenz habían alargado la época estival huyendo del escándalo y llevaban dos meses en la Costa Azul cuando cruzaron su camino con el de Bruno. A su hija mayor, Zelinda, se la relacionaba sentimentalmente con un casanova de medio pelo, cuyos múltiples encantos eran inversamente proporcionales a sus recursos económicos, situación que había sido objeto de habladurías y chismorreos que resquebrajaron la reputación de la joven. Su hermana pequeña, Hilda, había conseguido prometerse con

un aristócrata berlinés que proporcionaba a la familia un flamante título nobiliario. Los Lenz debían proteger a toda costa ese matrimonio, que implicaba casar a Zelinda y alejarla de Potsdam lo antes posible, impidiendo que cualquier cotilleo malintencionado llegase a los oídos de la élite de Berlín.

Bruno se acercó a la familia Lenz atraído por su abultada fortuna y los Lenz vieron en él la solución a todos sus problemas. En menos de tres meses, Zelinda estaba instalada en Nantes como la señora Colville y Bruno había duplicado el número de sus barcos, convirtiéndose en el armador de una de las navieras más grandes de Francia.

Para la señora Colville, la marcha de su esposo de Potsdam fue un alivio, ya que su partida la dejaba en una posición muy ventajosa para disfrutar de la vida social. Zelinda permaneció en su adorada Alemania, saboreando su estancia. Bruno aún tardaría un mes en regresar a por ella y devolverla a la aburrida Nantes, donde sus días se sucedían en una aburrida monotonía, sin pena ni gloria. La señora Colville estaba dispuesta a disfrutar de cada uno de los minutos en su país, su madre y su hermana Hilda, no dejaban ni un minuto al pequeño Alain, circunstancia que le reportaba mucho tiempo libre para ir a visitar a las numerosas amistades que tenía tanto en la ciudad como en Berlín. Sus días pasaban ociosos de un lado para otro, sin más preocupación que asistir a todas las reuniones que hubiese a su alcance y lucir lo más hermosa posible, ya que a ella no le interesaba en absoluto la política, ni los logros conseguidos por la gran Alemania nazi.

Eligió a mi madre como acompañante para su ajetreada vida social, Consuelo era su tapadera ideal, apenas chapurreaba el francés y no hablaba nada de alemán, por lo que no podría ir con chismes a nadie. Ese verano, cuando Europa se encontraba al filo del abismo de la devastación, Zelinda vivió un estío de ensueño. Sus padres no se preocupaban de nada que no fuera consentir al pequeño Alain, y su marido estaba a cientos de kilómetros. Era una mujer libre, joven y bella, que se sentía reconfortada al encontrarse de nuevo en su hogar. No tardó mucho en encontrar a su viejo amor y revivir con él la pasión que las circunstancias les habían arrebatado. Consuelo nunca dijo una palabra, mi madre siempre ha sido una mujer discreta, ni siquiera en las cartas que le mandaba a Francisco, su marido, mencionó jamás nada al respecto.

En agosto, la madre de Zelinda puso el grito en el cielo: la mayoría del personal de servicio masculino había corrido a alistarse en las filas del Tercer Reich. Aquello representaba una tragedia en toda regla, si bien se consideraba una alemana de pura raza y apoyaba la expansión de su querida patria, no comprendía por qué ella debía sufrir las incomodidades que acarrea carecer del personal suficiente, sobre todo en las labores propias de hombres. Mi madre vio una oportunidad en aquella situación y ofreció a su esposo para cualquier trabajo. Así fue como nuestra familia se vinculó a Potsdam para siempre. Con el tiempo, Francisco llegó a convertirse en el chófer de los Lenz, además de encargarse de muchas tareas en el fabuloso jardín de la casa, y Consuelo llegó a ser una estricta ama de llaves, pero eso ocurriría muchos años después...

No sin ciertas reticencias, los Lenz estuvieron conformes con la contratación de aquel español para las tareas de mantenimiento del jardín. El señor Colville lo llevaría con él a Potsdam, cuando fuese a recoger a su mujer, para llevarla de regreso a Nantes.

La señora Lenz se encargó de dejar claro desde el principio que, gracias a su magnificencia, el matrimonio podría permanecer junto. Eran inferiores a ella, pero estaba bien, de vez en cuando, sentirse superior y en paz, haciendo alguna obra de caridad, incluso cuando se trataba de extranjeros.

Francisco y Bruno llegaron a Potsdam una calurosa tarde de principios de septiembre, justo cuando las vidas de los europeos, en mayor o menor grado, se volvieron del revés. Comenzaba la Segunda Guerra Mundial, y con ella, el mundo, tal y como lo habían conocido hasta la fecha, se transformaría para siempre.

No sé mucho sobre lo que ocurrió en aquella época, pues un tupido velo de dolor y vergüenza, se instaló en las conciencias de la gente que sobrevivió a aquel tiempo tormentoso, y atenaza aún sus gargantas impidiéndoles hablar sobre lo que pasaron esos días.

Mi madre siempre cambiaba de tema cuando la Guerra salía a colación sin ningún disimulo, y mi padre —pues siempre he considerado a Francisco como tal en mi corazón— argumentaba que ellos no sufrieron ni una ínfima parte de su crudeza gracias al dinero de los Lenz. Ya ves, incluso en las peores circunstancias el dinero puede evitarte penurias.

Zelinda nunca regresó a Francia. En ese momento, los franceses eran sus enemigos y no estaba muy segura de cómo la recibirían sus amistades en semejantes circunstancias. Alain y ella permanecieron en la mansión Lenz arropados por toda su familia y Bruno retornó solo a Nantes, para tratar por todos los medios de salvaguardar su negocio.

El Puente de Glienicke pasaría a la historia como el Puente de los Espías, ya que fue utilizado para el intercambio de agentes capturados entre el bloque soviético y la Alemania que quedó bajo el control de los aliados... Pero esa es otra historia que supongo ya conoces.

Cuando concluyó la Guerra, y a pesar de las penurias que asolaban su país, Zelinda se negó a volver a Francia. Una brecha, mucho más profunda que el desamor que siempre se habían profesado, se instaló entre el matrimonio Colville, lo que obligó a Bruno a viajar constantemente. En Nantes estaban todos sus negocios, pero en Potsdam le aguardaban su hijo, al que no estaba dispuesto a renunciar... y mi madre.

El padre de Zelinda, el señor Lenz, era un orgulloso patriota, pero endiabladamente inteligente. Cuando las tornas comenzaron a cambiar en la Guerra y pese a la censura mediática, atisbó un posible escenario en el que Alemania era derrotada. Antes que nadie, destinó gran parte de su dinero a inversiones en Estados Unidos, lo que le reportó una fortuna incluso mayor a la que ya de por sí poseía.

Mis padres permanecieron estoicamente como sirvientes de los Lenz, aprendieron alemán y se consolidaron como personal de confianza de la casa, gracias principalmente a mi madre. Incluso consiguieron tener casa propia en el interior de la propiedad de la familia: una pequeña edificación, en los aledaños del jardín que mi padre cuidaba afanosamente.

La casa era muy sencilla, pero acogedora. Mi madre siempre tuvo una elegancia innata, de la que yo siempre he carecido —como de tantas otras cualidades suyas—, su talento para combinar colores provocaba que, nada más traspasar el umbral, te sintieras en un entorno cálido. La pequeña edificación se hallaba cubierta por una frondosa enredadera que mi padre podaba al menos tres veces al año para despejar las ventanas y permitir que entrara la luz del sol, tan apreciada en los países del norte. Daba la sensación de traspasar el límite de una recóndita parte del bosque cuando penetrabas en ella, como si formase parte de la vegetación. En el interior, había una amplia estancia que hacía las veces de sala de estar y cocina, con una chimenea, que en invierno permanecía siempre encendida. Anexos a ella, se hallaban los dos únicos dormitorios de toda la vivienda, y ahí acababa todo, aunque con los años, construirían un cuarto de baño en la parte de atrás. Comparada con la inmensa mansión donde residían los Lenz, parecía un trastero. En mi fuero interno, siempre agradecí que estuviera oculta por la hiedra, ya que me avergonzaba que la gente supiese que yo vivía allí.

Diecisiete años después de su llegada a Alemania y para su propia sorpresa y consternación, Consuelo se quedó embarazada de mí. Contaba con treinta y siete años. Ya había renunciado hacía tiempo a su anhelo de ser madre, dándolo por imposible. Aquello era un milagro que la llenaba de dicha; no obstante, también hacía que su corazón sintiera una punzada de desazón cada vez que pensaba en el padre de la criatura.

Mi nacimiento revolucionó la mansión Lenz. Me pusieron Ava en honor a la actriz favorita del señor Lenz. Alain estudiaba en un internado suizo y Hilda, la hermana de Zelinda, vivía con su esposo y sus hijos en Italia, con lo que nunca tuve competencia y me convertí nada más nacer, en la niña mimada de la casa. Tanto habitantes como sirvientes apreciaban la bondad de Francisco y la diligencia de mi madre y me acogieron como parte de su propia familia. Todos cuidaban de mí y me regalaban

elogios constantemente. Me convertí en una muñeca para Zelinda, que me compraba vestidos y zapatos a todas horas, tratándome como la hija que nunca tuvo.

Mi madre siempre se obstinó en que yo aprovechase mi posición. Se encargó por todos los medios de inculcarme desde pequeña la necesidad de sacar el máximo partido a aquella increíble oportunidad que me daba la vida. Ahora lo veo todo claro... Ahora...

Mi infancia fue, con diferencia, el periodo más feliz de mi vida. En invierno pululaba por las majestuosas estancias de la mansión, muchas de ellas de uso infrecuente. Tenía un mundo propio, que mi fantasía acrecentaba día a día... Recuerdo haber formado parte de historias maravillosas de princesas, dragones y hadas... Nunca necesité compañía, ni iguales que compartieran esos juegos conmigo. Podía entretenerme sola horas y horas, sumergiéndome en el maravilloso mundo construido en mi mente. Cuando hacía calor, me gustaba acompañar a mi padre en el jardín. Cogía flores para la señora Colville, que siempre me recompensaba con algunos marcos, o montaba en bicicleta entre los parterres y las fuentes.

Uno de mis primeros recuerdos se remonta a cuando cumplí seis años. Es una escena que me acompañó mucho tiempo, ya que causó un profundo impacto en mí. Uno de esos pasajes que no puedes lograr entender por tu inocencia. Recuerdo haber estado dándole vueltas y vueltas sin comprenderlo, pero mi intuición me aconsejó que fuera prudente y no lo compartiera con nadie.

Una noche, me desperté aterrorizada por una pesadilla. Instintivamente, corrí hacia la cama de Consuelo a buscar refugio. La cama todavía estaba caliente, pero ella no se encontraba en su interior. Cuando me disponía a despertar a mi padre, para que me consolara, escuché cómo se cerraba la puerta de la calle. Por mucho que mi padre fuese el hombre más bondadoso del mundo, nada podía compararse al alivio que encontraba en los brazos de mi madre. Así que cogí una manta para abrigarme y salí al exterior a buscarla. Al principio, mis ojos tardaron un rato en acostumbrarse a la penumbra del exterior. Por suerte, el cielo estaba despejado y la luna iluminaba los contornos de todo lo que me rodeaba, pero no había ni rastro de mi madre. A lo lejos, distinguí un pequeñísimo punto de luz, que aparecía y desaparecía rítmicamente. Me dirigí a él sigilosamente y conforme me acercaba pude distinguir que se trataba del señor Colville, que fumaba un cigarro sentado en uno de los bancos del cenador, oculto entre los grandes tilos que lo rodeaban. Me disponía a desandar mi camino, cuando estupefacta oí la voz de mi madre a su lado.

La escena me produjo una doble conmoción. Por un lado, no alcanzaba a comprender qué hacía mi madre allí y en esas circunstancias, pero lo que más sorpresa me causó fue la familiaridad con la que se trataban. Desde muy pequeña, había visto como mis padres trataban con respetuosa sumisión a los dueños de la mansión, con una distancia que se percibía como si vivieran en mundos diferentes, aunque de una forma más laxa, también se comunicaban así con el resto del servicio. Pero la forma en la que en el aquel momento, conversaban Bruno y mi madre, dejaba entrever una intimidad y complicidad que no había visto nunca, ni siquiera entre mis padres. Expiré aire para llenar mis pulmones de oxígeno y mitigar mi consternación,

y permanecí agazapada entre un macizo de tulipanes, quieta, como las estatuas que me sostenían la mirada al otro lado del cenador.

—Tienes que hablar con Zelinda y convencerla, pero de manera que piense que es idea suya —oí decir a mi madre con la voz entrecortada.

—Descuida, pero tú serías mucho más persuasiva que yo. Ya sabes que no solemos hablar mucho y suele llevarme la contraria por sistema, es mucho más proclive a aceptar tus consejos.

—Yo no puedo hacerlo, se trata de mi hija, por muy sutil que sea, notará que tramo algo.

—No te preocupes, ya encontraremos la fórmula. Ava tendrá una educación digna de una princesa.

Casi grité cuando el señor Colville pronunció mi nombre. Para mí era un hombre fascinante, que siempre me dedicaba una arrebatadora sonrisa al verme, pero con el que mantenía aún mucha más distancia, que con el resto de la familia. En mi mente infantil, representaba una imponente figura que aparecía y desaparecía de la casa como por arte de magia y eso lo hacía todavía más exótico.

Poco después de aquel episodio, Zelinda mandó llamarme, así que me reuní con ella en el precioso saloncito de primavera que daba al jardín.

—Aquí está la reina de la casa; pero mírate, ¡si has crecido muchísimo! Ven, dame un gran beso y un abrazo —me dijo sosteniéndome la mano, mientras me observaba con detenimiento—. Cariño, es hora de que empieces a ir al colegio, donde conocerás a otras niñas como tú, que querrán convertirse en tus amigas, jugarás con ellas y aprenderás una infinidad de cosas. Yo me encargaré de todo. ¿Estás contenta?

—Sí, señora Colville —contesté empujada por el entusiasmo que irradiaba Zelinda, pues a ciencia cierta, no sabía exactamente a lo que se refería, pero cualquier cosa que tuviese que ver con juegos sería bien recibida.

Dos días después, la pequeña casa que compartía con mis padres se llenó de uniformes, libros y cuadernos. Allí donde miraras había material escolar. Hasta ese momento, yo había dado algunas clases con mi madre, que ahora estaba entusiasmada, yendo de un lado para otro, mientras ordenaba mis nuevas cosas y las acomodaba en un lugar preferente en nuestro hogar.

—Tienes que aplicarte mucho y esforzarte en sacar las mejores notas de tu clase —me decía constantemente, en una incesante retahíla de consejos académicos.

Todos los días antes de ir a la escuela me sermoneaba con cuidar el material, prestar atención, esforzarme en destacar... Lástima que todo aquello fuera a caer en saco roto... Pronto, su entusiasmo decayó fulminantemente. Con mis primeras notas se puso de manifiesto que yo estaba muy lejos de ser una alumna brillante. A duras penas, aprobaba la mayoría de asignaturas y quedaba patente que en matemáticas necesitaba algo de ayuda.

Sin embargo, yo no era una alumna mediocre, ya que el primer día destaqué en algo: era la niña más popular del colegio. Tenía una facilidad pasmosa para hacer amigas y que todo el mundo me aceptase. Mi alemán era perfecto y nunca delató el origen de mi familia, mis rasgos tenían cierto toque inusual, facilitando que llamara aún más la atención y no tardé en tener un enjambre de niñas pululando a mi alrededor.

Zelinda se encargaba de que no me faltase de nada, por lo que nadie podía sospechar que yo era hija de unos simples sirvientes. El coche de los Colville me llevaba y recogía todos los días del elitista colegio para niñas, conducido por mi padre. Nadie me preguntó jamás por mis padres, todo el mundo daba por sentado que yo era una más de los cientos de alumnas de familias acaudaladas que estudiaban allí.

Al principio no fui consciente, pero a medida que fui creciendo, me di cuenta de que debía omitir ciertos detalles sobre mi familia si quería seguir disfrutando de mi posición de liderazgo. Mis compañeras eran tremendamente crueles con quien no gozaba de su mismo estatus, incluso yo participé en burlas y escarnios y me mofé de alumnas que lucían uniformes remendados o utilizaban libros usados... Cuando echo la vista atrás, encuentro muchas cosas de las que no estoy orgullosa. No pretendo justificar mi comportamiento en aquellos años, pero sobrevivir en ese colegio, en mi situación, no era tarea fácil.



Conforme crecí, me convertí en una tirana. Mi popularidad en la escuela me hacía sentir como una reina. Me burlaba de los profesores y de las alumnas más débiles, para fomentar entre mis adeptas el orgullo de pertenecer a *mi* grupo. Si no estabas conmigo, estabas frente a mí, y quien osara estar en esa posición, sabía perfectamente que yo le haría la vida imposible. Sabía cómo manejar a aquellas niñas, no me hacía falta pasar con ellas mucho tiempo para conocer sus puntos débiles. Revoloteaban a mí alrededor, atraídas por una especie de magnetismo invisible, que las excitaba y las hacía pelearse entre sí por unas migajas de mi atención. Reían mis comentarios hirientes, vitoreaban mi sarcasmo ofensivo y cualquier insulto que proferían mis labios. Conforme más me ensalzaban, más dichosa me sentía y el pavor de mis víctimas crecía. Era cruel y me vanagloriaba de ello, porque era el vehículo para ser aceptada en aquel círculo elitista y enormemente querida.

Comencé a odiar a mis padres. Cuando bajaba del coche de los Colville, la realidad me atormentaba y hacía crecer una ola devastadora de frustración que me barría. El mundo en el que yo era una niña rica a la que sus compañeras adoraban se desmoronaba. La pequeña casa en la que vivía, en las inmediaciones de la mansión, se me antojaba una casucha indigna. Yo merecía más, mucho más.

Acostumbraba a buscar a mi madre para contarle los pormenores de mi día, omitiendo, obviamente, las atrocidades y manifestaciones de mi tiranía, pero paulatinamente dejé de hacerlo. Me consumía verla con su uniforme de sirvienta. La cambié por Zelinda, pues la señora Colville siempre me invitaba a compartir su merienda y me colmaba de elogios, me compraba regalos y me hacía partícipe de sus numerosas compras, buscando mi opinión. Deseaba con todas mis fuerzas que ella fuese mi auténtica madre; si lo fuera, mi vida no sería una mentira. Todos los días fantaseaba con ello mientras estaba a su lado.

Yo adoraba a Zelinda, sus trajes, su elegancia, su manera despreocupada de vivir. La señora Colville se aburría mortalmente con su insustancial vida, y yo constituía uno de sus entretenimientos predilectos. Supongo que, en buena parte, se debía al brillo de sincera admiración que despedían mis ojos cada vez que la tenía delante.

Por aquel entonces, Zelinda se encontraba en el ocaso de su existencia como mujer atractiva. Conservaba atisbos de su gran belleza de juventud, pero cada día encontraba menos razones para privarse de las delicias que mi madre le suministraba y sucumbía a ellas con frecuencia, por lo que empezó a perder su figura y engordar sin remedio. No pensaba regresar a Nantes, pero la vida en Potsdam era mucho más aburrida que cuando ella era joven y disfrutaba de los acontecimientos con el corazón lleno de dicha, al saberse el centro de atención de todas las miradas. Ahora por el contrario, tenía que soportar cómo ese privilegio lo ostentaban criaturas mucho más jóvenes que ella.

Hacía mucho que su matrimonio estaba roto. Después de dar a luz a Alain, se había negado rotundamente a tener cualquier contacto físico con su marido. Ella ya había cumplido sobradamente, proporcionándole un heredero. Para su sorpresa, Bruno no puso ninguna objeción y se comportó como un caballero al no volver a

tocarla jamás. Muchas veces se preguntaba por qué razón Bruno seguía visitándola, incluso cuando Alain se hallaba en el internado, pero a las personas egocéntricas, les cuesta mucho asomar la mirada fuera de ellas y son cegadas por su propio narcisismo.

Estar con Zelinda era un bálsamo para mí, la tranquilidad que necesitaba antes de enfrentarme inevitablemente con mi realidad. Normalmente era mi madre la que me iba a buscar con su mirada reprobatoria, y cuando estábamos a solas, comenzaba con su interminable monserga acerca de mi comportamiento: no debía molestar constantemente a la señora Colville, tenía que ir a hacer mis deberes y aplicarme más para subir mis notas, pensar en mi futuro era una prioridad, debía ser mucho más respetuosa con mis padres, debía... era tan larga la lista de reproches, que lo único que conseguía era que mi animadversión hacia ella creciera.

Cuando formas parte de una familia modesta y vives en un entorno en el que a nadie le sobra el dinero, sabes que hay ricos y pobres, pero los ricos forman parte de otro planeta que nada tiene que ver con el tuyo, no habitan en la misma realidad que tú, pero cuando eres humilde y estás rodeado de riqueza, no puedes evitar que un amargo sentimiento de injusticia te corra el alma segundo a segundo.

El 20 de diciembre de 1969 yo cumplía quince años. Mi amiga Adalia me había contado que el día de su cumpleaños, sus padres la habían llevado al zoo de Berlín y luego a comer a un precioso restaurante en Charlottenburg. Le regalaron unos preciosos pendientes con dos brillantes pequeños y una pulsera a juego. No sé exactamente qué era lo que me imaginaba. Pienso que a veces estaba tan inmersa en fingir que yo era una más de aquellas niñas, que acababa sucumbiendo a mi propia mentira y terminaba interiorizándola. Recuerdo que desperté en mi pequeña cama esperando que alguien me trajese algún regalo fabuloso, pero eso no ocurrió. Me levanté, pero no encontré a nadie en mi casa, así que me abrigué bien, y me dirigí al sótano de la mansión, donde estaba la inmensa cocina.

Agradecí de inmediato el calor de la estancia. Vislumbré a la cocinera discutiendo con otra chica sobre algo que al parecer, estaba escrito en unos papeles que agitaba en su mano. Me quedé aguardando a que terminara. Normalmente, era una mujer bastante amable, que preparaba unas crepes fabulosas, y yo empezaba a sentir una punzada de hambre en el estómago, acuciada por el intenso olor a pan recién hecho que acariciaba mi nariz. Después de unos minutos, la chica se fue haciendo aspavientos y la mujer se acercó a mí, importunada:

— ¡Habrás visto!, no entiendo qué se creen estos italianos. La señora Hilda se ha criado aquí y siempre le ha gustado lo que se ha cocinado en esta casa. No entiendo a qué viene ahora que me mande a esa estirada —se quejaba gesticulando exageradamente—. Mira —dijo acercándose un fajo de folios, algo maltrechos por tanto movimiento—. Todas estas son exigencias de Hilda y su marido por escrito, ¡Qué barbaridad! Nunca, en toda mi vida profesional, me he sometido a una afrenta igual. Yo, que he estado preparando sus platos favoritos con esmero, para darles una bienvenida espectacular... y esto es lo que me encuentro... han traído a su propia cocinera italiana—sollozó la mujer ofendida.

—No te preocupes, si te sirve de consuelo, a mí me encanta cómo cocinas —dije, zalamera, a la espera de que se apiadara de mí y me sirviese algo de desayunar.

Mis palabras no tuvieron el efecto deseado. La mujer estaba ensimismada en sus propios pensamientos y ni siquiera se percataba de mi presencia, mientras yo me esforzaba por poner cara de buena, ésa dulce y angelical que solía reportarme cuanto quería, pero que en aquella ocasión no surtió ningún efecto muy a mi pesar.

—Tengo que aclararlo con tu madre, esto no puede quedar así —suspiró mirando al infinito, girando sobre sí misma y dejándose plantada.

No me quedó más remedio que prepararme el desayuno yo sola. Desde luego, ese día no estaba siendo, ni de lejos, lo que yo había esperado. Sabía que había un gran revuelo en la casa, pero no había pensado que me afectaría en modo alguno. Todos se preparaban para celebrar la Navidad. Hilda, su marido y sus tres hijos habían llegado desde Italia para pasar las fiestas con la familia y esa tarde se esperaba al señor Colville, que había pasado a recoger a Alain del internado y se unirían a los demás. Los Lenz al completo estaban pletóricos y todos los sirvientes andaban como locos organizando y limpiando, bajo las órdenes de mi madre.

Justo cuando me dispuse a empezar a desayunar, mi madre pasó por mi lado como una exhalación.

—Ah, veo que te has levantado.

Ni siquiera un “Buenos días” el día de mi cumpleaños —pensé horrorizada.

—Ava, termina de desayunar enseguida, voy a necesitar que me ayudes. Los hijos de Hilda no paran de revolverlo todo y tendrás que echar una mano —ordenó sin vacilar.

En ese momento quise gritarle. Una indescriptible furia, mezclada con un enorme victimismo me azotaron, pero había aprendido a no llevarle la contraria a mi madre jamás en la mansión. Tuve que contentarme con mirarla con todo el odio que fui capaz de canalizar a través de mis ojos.

Mi madre me envió al segundo piso para adecentar las habitaciones de los hijos de Hilda. Apenas llevaban en ellas un día y parecían auténticas leoneras, lo que dejaba patente, que los tres chicos se desenvolvían en ellas sin cuidado alguno.

Arnold, Dieter y Johann eran como los jinetes del apocalipsis y arrasaban con cuanto se interponía en su camino. Mientras arreglaba las habitaciones, oí cómo la señora Lenz se lamentaba amargamente del estropicio que habían ocasionado aquella mañana, haciendo añicos uno de sus jarrones predilectos. Eran un poco mayores que yo, pero tenían una altura considerable y se movían constantemente bromeando y enzarzados en continuas peleas entre ellos, lo que provocaba que a su alrededor se formara un colosal jaleo. Yo había tenido oportunidad de observarlos la noche de antes, a su llegada, desde la ventana de la cocina de mi casa. Los tres chicos eran de un rubio casi platino, con ojos claros y de tez algo pálida, a juego con la nieve que caía esa noche sobre sus cabezas cuando bajaron del coche y saludaron educadamente a sus abuelos, que los habían estado esperando impacientes y no habían dudado en salir a recibirlos, pese a las inclemencias del tiempo.

Cuando mis ojos recayeron por primera vez en el rostro angelical de Dieter, sentí como mi estómago se encogía como nunca antes lo había hecho. Sí, definitivamente fue la primera vez que me enamoré. No era de extrañar, yo no tenía ningún contacto con chicos de mi edad. Con el único chico que hablaba de vez en cuando, cuando venía de vacaciones, era Alain, pero era mucho mayor que yo y nunca me había llamado la atención. Dieter tenía dieciséis años, era el mediano y el más guapo de los hijos de Hilda. Su resplandeciente sonrisa traspasó el cristal de mi ventana y llenó de un calor desconocido mi corazón adolescente.

Mientras terminaba de hacer las camas, mi mente enumeraba frenéticamente argumentos para la discusión que tendría aquella noche con mi madre. Era humillante verme en aquella situación, yo no era una sirvienta, ella no tenía ningún derecho a tratarme así. No me di cuenta de que mis movimientos bruscos reflejaban mi estado de ánimo, hasta que una voz detrás de mí me sobresaltó:

—Sea lo que sea lo que te han hecho, la cama no tiene la culpa.

Azorada, dejé inmediatamente uno de los cojines que estaba ahuecando violentamente y lo acomodé suavemente junto al resto.

—Perdón, ya me marcho —murmuré dirigiéndome hacia la puerta.

—Mamá siempre dice que no podemos pagar nuestros enfados con las cosas... —me explicó Arnold, procurando mostrarse amable.

Yo estaba impertérrita ante la intromisión y no sabía muy bien qué decir. No se me daba muy bien hablar con chicos, era plenamente consciente de ello. El enfado con mi madre se esfumó y me asoló una terrible sensación de vergüenza. Es increíble que para lo desenvuelta que era con todo el mundo, me comportara de una manera tan tímida con los chicos.

—Lo siento, no era mi intención molestarte —logré decir tras un intenso e incómodo silencio—. Me voy.

—Espera un momento, antes debes presentarte debidamente. Yo soy Arnold —dijo tendiéndome educadamente la mano.

—Lo sé, tus abuelos hablan de vosotros constantemente.

— ¿Y tú eres...? —insistió.

—Ava.

— ¡Vaya... Ava! ¿No eres muy joven para trabajar?

—No, yo no trabajo aquí, solo estoy ayudando a mi madre. Estos días hay mucho jaleo en la casa y necesitaba ayuda.

—Apuesto a que mis hermanos y yo somos el jaleo —dijo socarronamente.

—En gran parte sí —no pude evitar contestar con una sonrisa de complicidad.

—¿Qué hacéis aquí para divertirlos?

Por el tono en que hizo la pregunta, intuí que no se refería a pasear en bicicleta o ir al cine. Algunas de mis amigas del colegio tenían hermanos mayores y me habían contado algunas cosas de lo que hacían para pasárselo bien, pero todo era muy vago y oscuro, por lo que no supe qué contestar.

—Tengo que marcharme —aventuré, para escapar de la situación, mientras enfilaba mis pasos hacia la puerta.

—Espera —rogó con una sonrisa, cogiéndome suavemente por el codo—. Esta noche mis hermanos y yo robaremos una botella de whisky del abuelo y subiremos a la buhardilla, seguro que Alain se apunta.

Hubo unas milésimas de segundo durante las que sus palabras no tuvieron ningún sentido para mí, pero al instante comprendí que me estaba invitando a beber con ellos. Nunca había vivido una situación así, no estaba segura de qué contestar. A todas luces aquello no estaba bien, y si mi madre se enteraba pondría el grito en el cielo.

—De acuerdo, pero ahora tengo que irme.

Mi cabeza bullía mientras bajaba la escalinata, me daba vueltas y hacía cábalas atropelladamente. No sabía cómo me escaparía para ir a la buhardilla, pero desde luego sería una historia fantástica para contar en el colegio después de las vacaciones.

Al llegar al vestíbulo, mi madre cruzaba para ir al gran salón, pero al verme bajar se paró y extendió su mano para indicarme que la acompañara.

—Tengo una cosa para ti. Feliz cumpleaños Ava, ya eres toda una mujer. Acompáñame.

Entramos juntas en la cocina y del interior de uno de los cajones superiores, sacó un paquetito maravillosamente envuelto y me lo tendió.

—Tu padre y yo queremos que tengas esto. No es que te lo hayas ganado con las notas que has traído, pero confiamos en que te sirva de aliciente para superarte.

Al abrirlo, encontré una pulserita de oro, muchísimo más fina que la que llevaban mis compañeras de clase, pero estaba demasiado aturdida aún por mi encuentro con Arnold, por lo que no protesté y agradecí el regalo a mi madre.

—Pónmela, voy a enseñársela a papá.

—Después, cielo. Hay muchísimo trabajo, estos días no tendrás más remedio que ayudarme. Hasta que no pasen las Navidades, no vamos a poder descansar —dijo mi madre enérgicamente, para evitar tener que escuchar mis protestas. Por su tono sospeché que era inútil que me quejara.

Pasé todo el día siguiendo las órdenes de mi madre y ayudando allí donde se me necesitaba. A última hora de la tarde, me mandó a cenar junto a la cocinera y su ayudante, dándome instrucciones para que me fuese a casa después para acostarme. Ella aún tenía que supervisar que todo transcurriera debidamente durante la cena. Con un poco de suerte, terminaría rendida y no tardaría mucho en dormirse aquella noche.

Era medianoche cuando mi padre yacía en su cama roncando estruendosamente y mi madre se acurrucó a su lado. Pasaron unos minutos, que a mí se me antojaron eternos, hasta que su respiración acompasada me indicó que se había quedado profundamente dormida. Cogí de mi pequeño armario el único vestido que tenía para ir elegante fuera del colegio. Me puse las botas de agua para cruzar el jardín y el patio y sostuve contra mi pecho los zapatos que solía llevar a la escuela, después de limpiarlos pulcramente.

Supuse que la puerta de la cocina permanecía abierta y así era, escondí mis botas en una alacena contigua, y tuve que esconderme unos minutos, pues la ayudante de la cocinera se encontraba terminando de recoger en la cocina. Cuando concluyó, me escabullí escalera arriba, sosteniendo todavía mis zapatos y con el cuerpo en tensión.

Al llegar al último piso, escuché las voces de los chicos, que llegaron a mis oídos precedidas de un intenso olor a tabaco. Me puse los zapatos, me estiré el vestido y me atusé lo mejor que pude el pelo. Intenté tomar aire mientras empujaba la puerta, pero no lo conseguí, estaba tan nerviosa que me resultaba imposible llenar mis pulmones.

— ¡Aquí estás! Pensábamos que ya no venías —exclamó Arnold levantándose, al tiempo que cerraba la puerta tras de mí y me cogía del brazo para llevarme junto a los demás—. Supongo que ya conoces a mi primo Alain, y estos son mis hermanos: Dieter y Johann. Os presento a Ava.

Arnold pronunció mi nombre de una manera especial, que me hizo sentir importante. Todos me miraron y yo levanté mi mano cohibida a modo de saludo, pero no pude pronunciar palabra. Me recogí el vestido y me senté con ellos en el suelo. Nada más hacerlo, Dieter me pasó una botella de whisky, acerqué mis labios a ella y bebí obediente. Creí morir. Conforme el líquido entraba en mi garganta, comprendí que me había excedido con el trago, pero tenía que disimularlo. No quería quedar en ridículo delante de esos chicos. Traté de reprimir las lágrimas que pugnaban por salir de mis ojos, provocadas por el escozor del áspero licor ambarino e intenté recomponerme, mientras pasaba la botella a Alain, que se encontraba a mi derecha, consciente de que todos me observaban.

— ¿Fumas? —me preguntó de repente Alain, acercándose un paquete de tabaco.

Él era mayor, iba a entrar en la universidad y no tenía que esconderse para fumar y beber, pero supongo que le hacía gracia compartir esa situación con sus primos pequeños.

—Sí —dije envalentonada por el calor del whisky, cogiendo un cigarrillo.

Mis amigas y yo habíamos estado fumando a escondidas durante los recreos en el baño del gimnasio del colegio. Éramos las veteranas del colegio y aquellas excursiones reafirmaban nuestra condición.

Cuando la botella regresó a mi mano, procuré darle un trago mucho más pequeño. A la tercera ronda, ya me había acostumbrado al brutal sabor de aquel líquido ambarino, mientras una dulce sensación de mareo se iba apoderando de mí, a la par que, paulatinamente, iba perdiendo la vergüenza de hablar con los chicos y me sentía más integrada en aquel círculo.

Poco a poco, las palabras de cortesía fueron tornándose en diálogos mucho más coloquiales, para terminar transformándose en palabrotas y comentarios subidos de tono. Me encontraba bien, me sentía importante con mi cigarrillo entre los dedos, hablando al mismo nivel que aquellos chicos mayores, que me miraban retadores cada vez que el whisky se encontraba a mi alcance.

—Alain, ¿Qué tal tu último curso en el internado? Mamá no para de amenazarnos con enviarnos allí, dice que está harta de nuestro deplorable comportamiento y que viviría mucho más tranquila sin nosotros —preguntó Arnold, mientras le pasaba la botella a su primo.

—No habla en serio, hermanito —se jactó Johann—. Somos adorables, ¿no es cierto? —preguntó retóricamente, dirigiendo una mirada de soslayo hacia mí.

Yo no sabía muy bien qué decir, así que mire a Alain a la espera de que comentara algo sobre su internado y respiré algo aliviada cuando comenzó a hablar.

—La comida es pésima, las clases aburridas y la disciplina terrible, pero al menos, la mayoría de mis compañeros son buena gente.

—Yo me moriría si mamá nos obliga a ir, en Suiza debe de hacer un frío terrible —resolvió Dieter.

—Sí, pero eso nos permite ir a esquiar un montón de veces —apuntó Alain con entusiasmo.

—Supongo que eso sería un hándicap para Arnold —repuso Johann con malicia, mientras esquivaba un golpe del aludido—. La última vez que estuvimos en Courchevel, no salió muy bien parado: se fracturó la rodilla.

—Bueno, hermanito, eso pasa cuando eres un experto como yo y no te da miedo descender las pistas más peligrosas... No como tú... —repuso con evidente satisfacción—. Lo cierto es que no estuvo nada mal, cuando regresamos a Roma, toda las chicas se morían por hacer de enfermeras —dijo reclinando la espalda sobre pared, mientras esbozaba una sonrisa de profundo regocijo.

El último comentario de Arnold provocó que todos estallasen en risas y dio pie a que la conversación diera un giro hacia temas más personales.

—Eso es cierto, todas las tardes había chicas en casa... pero tenéis que reconocer que la mayoría eran muy feas —se burló Johann—. No como Ava... —añadió maliciosamente, girándose para comprobar mi reacción a su comentario.

Recibí su halago sin rubor. Me gustaba ser el centro de atención y la vergüenza que había sentido al principio de la noche se había disipado por completo.

Gracias —susurré—. ¿No tenéis novia? —Me interesé por pura curiosidad.

Mi pregunta azoró a los tres chicos tan pronto como la formulé, pero Johann tomó la palabra inmediatamente.

—Arnold tiene un montón de amigas, la mayoría horribles —dijo a modo de burla— y Dieter tiene un regimiento de admiradoras muy pesadas, si quieres que te diga la verdad, yo soy el mejor partido —sentenció ante la mirada divertida del resto.

—Yo oí esta mañana a mamá hablando con la tía Zelinda sobre Alain... —comentó Arnold a sabiendas de que poseía información privilegiada—. Se referían a una tal Alicia...

—Alicia es solo una vieja amiga, nos conocemos desde niños. Solo salgo con ella de vez en cuando, cuando vuelvo a casa —se apresuró a contestar Alain—. Creo que es mejor que me vaya a dormir ya, se ha hecho muy tarde y el abuelo quiere que lo acompañe mañana al laboratorio, quiere enseñarme la lente que utilizan las cámaras que van a sacar al mercado.

Alain se retiró mientras el resto nos despedíamos de él. Yo me quedé con los tres hermanos para seguir bebiendo.

—Creo que el primo no ha sido sincero del todo —comentó Arnold, cuando la puerta se hubo cerrado—. He escuchado claramente como la tía Zelinda le decía a



mamá que la tal Alicia era la prometida de Alain, seguramente esta primavera regresemos a Potsdam de boda.

— ¿Y tú, Ava? —Preguntó Johann a bocajarro—. ¿Tienes novio?

—No —respondí resuelta—. El alcohol que se había instalado en mi cuerpo me dotaba de una valentía y desparpajo inusitados.

—Pero te gustará alguien... —insistió Johann ante la atenta mirada de sus hermanos.

—En mi colegio solo hay chicas —repliqué sin poder evitar mirar a Dieter un instante.

En ese momento, Alain se asomó por la puerta.

—Vuestro padre me ha preguntado si sabía dónde estábais. Le he dicho que habíais bajado a la cocina a por algo de comer —dijo apremiando a sus primos a que regresaran a sus habitaciones.

Arnold y Johann se levantaron y se dirigieron a la puerta como un resorte, pero Dieter se acercó hacia mí y apagando su cigarro en el cenicero tranquilamente, dijo:

—Bajad vosotros y cubridme, yo acompañaré a Ava a su casa.

Mi corazón dio un vuelco, no podía creerme que fuera a estar un rato a solas con Dieter. En ese momento, me creí la chica más afortunada del mundo.

Sus hermanos se volvieron y lo miraron con una sonrisa cargada de recelo, pero se apresuraron a bajar.

Cuando cerraron tras de sí la puerta, Dieter dio un largo trago a la botella y me invitó a que apurara lo que quedaba. Yo pensaba que no podía ser más dichosa, pero entonces comencé a preocuparme. Nunca había estado a solas con un chico, no sabía lo que tenía que hacer. Los únicos besos que conocía eran los que había visto en las películas y desde luego, no tenía ni idea de lo que tenía que hacer hasta llegar ahí. Quería que me besara, pero al mismo tiempo, el no saber cómo comportarme comenzó a agobiarme. Cuando Dieter puso su brazo alrededor de mi cuello y me atrajo hacia su boca, yo estaba totalmente rígida, sin saber qué esperaba de mí.

—Relájate —me susurró acercándose demasiado a mi oído y dándome un fugaz beso en la oreja.

Fue como si mi cuerpo reaccionara antes que mi cabeza. Dieter entreabrió sus labios y los juntó con los míos. Mientras yo aún permanecía expectante, él buscó mi lengua, que permanecía escondida en mi paladar y entonces se acercó aún más y musitó.

—Saca la lengua que no me la voy a comer.

Superado un primer y súbito instante de consternación, obedecí y mi lengua se encontró con la suya. Enseguida, tuve sus manos por todo mi cuerpo y acto seguido, yo estaba tumbada en el suelo, con él a horcajadas sobre mí. Aquello me desbordó, fue demasiado para el primer beso, hasta para mí. Todo estaba ocurriendo demasiado

deprisa para pensar, para darme cuenta de lo que hacía, pero el alcohol atenuaba mi raciocinio, me hacía más valiente y diluía mis reparos. Dieter metió su mano dentro de mi ropa interior y yo lo aparté bruscamente.

—Para, tengo que irme.

—No es verdad.

—Quiero irme

Dieter me estudió unos segundos, como sopesando sus opciones, supongo que no le haría ninguna gracia, pero se levantó, me miró y me tendió la mano.

—Está bien, te acompaño.

Bajé sigilosamente los peldaños de la escalera cogida de su mano. Al pasar por el segundo piso, oímos algunas voces ahogadas que provenían de los dormitorios. Él apretó mi mano y aceleró el paso. Al llegar a la cocina, me cogió de la cintura y me atrajo hacia sí. Me gustaban sus besos y ahora que ya sabía qué hacer, podía disfrutarlos. Cuando abrí los ojos, pude vislumbrar a través de la ventana una luz encendida a lo lejos.

— ¡Mierda, tengo que irme! —solté deshaciéndome de los brazos de Dieter, que parecían estar por todo mi cuerpo.

Ni siquiera recogí mis botas, salí corriendo hacia mi casa en medio de la noche, hacia la amenazante luz que procedía de la cocina, rogando por que fuese mi padre quien me esperaba y mi madre continuara durmiendo plácidamente. Pero al empujar la puerta, sabía que nada de lo que sucediese a continuación iba a ser divertido.

Mi madre me miraba furibunda desde el otro lado de la habitación.

—Siéntate —ordenó clavándome sus ojos con mucho más rencor del que yo podía soportar en esos momentos. Estaba cansada, había experimentado demasiadas emociones nuevas aquella noche y mi madre lo iba a estropear todo.

—Lo siento —mentí.

—No, no lo sientes en absoluto, porque eres una estúpida y una inconsciente.

Me mordí la lengua para no ponerme a gritar, lo último que necesitaba era que mi padre irrumpiera también en escena.

—No he hecho nada malo.

— ¿Estás segura? —Preguntó con ironía—. Estás despeinada, con el vestido arrugado y apestas a alcohol y a tabaco. Ava, si no vas con cuidado vas a arruinar tu vida.

En ese momento, fui incapaz de comprender lo que quería decir. Yo era una joven despreocupada y mi único objetivo era pasarlo bien, estudiar lo menos posible y ser el centro de atención.

Nunca me he fijado una meta, ya que no ha habido nada que me entusiasmara especialmente, excepto vivir bien, esa siempre ha sido mi prioridad. El final me sobrevuela y admitir esa certeza, al menos me reconcilia conmigo misma.

—Ava —comenzó de nuevo después de unos segundos—. Los libros no se te dan bien, pero tienes algo especial que atrae a la gente como polillas a la luz. Aprovechalo. No somos ricos, pero estamos rodeados de ellos. Eres guapa, tienes más oportunidades que yo... —titubeó—. No las eches a perder.

Contemplaba a mi madre deseando que se callara de una vez, y así, poder irme a la cama. Ojalá sus palabras hubiesen despertado algo en mí, pero no lo hicieron. Supongo que mi madre se sentía frustrada, ella siempre había ambicionado un gran futuro para mí, uno brillante, y había luchado a brazo partido para proporcionármelo. Ella era una mujer guapa, inteligente y trabajadora y se merecía algo más que aquella pequeña casa engullida por la enredadera. Era mejor que Zelinda, que Hilda o que la señora Lenz, pero esa vida le había sido arrebatada para siempre, desde el mismo momento en que nació y no era justo, nacer pobre es así... Supongo que enfrentarse con esa injusta realidad a diario la consumía.

Al día siguiente, unos golpes en la puerta me despertaron. El rítmico martilleo acompañaba un terrible dolor de cabeza que a flor de nada más abrí los ojos. Mi padre estaba instalando un cerrojo en la puerta de mi habitación.

—Buenos días preciosa —me saludó conforme salí del cuarto—. Tu madre está muy enfadada, dice que ayer saliste de noche.

—Pero papá... tan solo fui a dar una vuelta por el jardín.

—Sí, eso he supuesto, pero ya sabes cómo es, ha insistido en que está mucho más tranquila si tomamos medidas.

—Papá... es totalmente injusto —me quejé. Sabía manejar a mi padre, con un poco de suerte lograría que dejase lo del cerrojo para otro momento y luego se le olvidara—. ¿Has desayunado ya, papi? Si quieres, te preparo algo, es muy temprano para hacer tanto ruido.

Mi padre me miró embobado, pero rápidamente, como si volviera en sí, cogió de nuevo el martillo y prosiguió con la instalación del cerrojo.

—Lo siento, princesa, tu madre ha insistido mucho y ya sabes que es mejor no llevarle la contraria.

Me senté un momento a observarlo, mi madre era implacable. En ese momento se acababan mis posibles excursiones nocturnas a la mansión Lenz. Al acordarme de Dieter, una sonrisa asomó a mis labios y los recuerdos de la noche anterior me cubrieron de un repentino calor. Me moría por verlo y hablar con él.

Después de vestirme y arreglarme con cierto esmero, me dirigí hacia la mansión con la esperanza de cruzarme con él, pero en vez de su atractiva cara esperándome en el vestíbulo, me encontré con el adusto gesto de mi madre, que coordinaba las tareas del día.

—Me alegro de que te hayas levantado tan temprano —saludó—. Hay mucho que hacer.

—De acuerdo, me ocuparé de las habitaciones de arriba —aventuré con un mal disimulado entusiasmo.

—No, yo me ocuparé de eso, hoy pasarás el día ayudando en la cocina, es Nochebuena y la prioridad es la cena.

Un escalofrío de rabia e ira me traspasó fulminante. En la mirada de mi madre pude atisbar cómo me retaba a contrariarla. Sopesé mis opciones, sabía que no podía montar una escena allí, pero no estaba dispuesta a pasar el día fregoteando y haciendo las tareas de la cocina que nadie quería hacer. Miré a mi madre con desdén y me dirigí a la cocina con el único propósito de escabullirme lo antes posible.

Pasé más de tres horas trabajando sin descanso. Una vez más, había subestimado a mi madre. Tenía todo preparado para mantenerme ocupada el resto de la jornada y mantenerme alejada del objeto de mi deseo.

Estaba pelando patatas sin ningún entusiasmo, cuando lo vi asomado a la ventana, haciéndome gestos para que saliera a su encuentro. Miré frenéticamente a mi alrededor, por si alguien me vigilaba, pero todo el mundo iba de un lado para otro ocupado en sus propias tareas, sin percatarse de lo que yo hacía, y mi madre se encontraba en el gran comedor, vigilando que todo estuviese en perfecto orden para la celebración de la Navidad. Era mi oportunidad. Me lavé las manos apresuradamente y salí a la parte de atrás de la casa donde Dieter me aguardaba.

—Veo que estás muy ocupada —saludó con una tímida sonrisa.

Una terrible vergüenza se apoderó de mí, tuve una imagen nefasta de mí misma, que me sacudió violentamente y me llenó de frustración. No podía fingir ante Dieter, él sabía quién era, la hija de unos pobres sirvientes. Me llené de aversión y rencor hacia mis orígenes y en ese momento, comprendí un resquicio de lo que mi madre trataba de inculcarme. Por primera vez en mi vida, la entendí, pero eso hizo que la odiase aún más. Me encolerizaba que me hubiese puesto en aquella situación, en la que todo el mundo a mi alrededor era mejor que yo.

—Sí, tengo mucho trabajo —contesté fríamente.

Él pareció sorprendido por mi actitud, pero no dejó de sonreírme.

—Tengo una cosa para ti, ¿podemos quedar más tarde?

La imagen del nuevo cerrojo de mi habitación me devastó.

—No creo, ya te he dicho que estoy muy ocupada— tercié lo más dignamente que pude.

—Había pensado que podríamos dar un paseo hasta el lago esta tarde —insistió el muchacho cogiéndome la mano.

—Espérame en el cenador a las cinco —ordené fingiendo una dignidad que no sentía.

Me di la vuelta y lo dejé plantado. Me atormentaba no estar a la altura. En el colegio era fácil, yo era popular, tenía docenas de amigas que creían a pies juntillas mis fantasías. Allí yo era como ellas... pero ahora, me daba cuenta de que yo era lo que más despreciaba en el mundo. Una pobretona.

En la cocina había una agitada actividad, pero casi todo lo que quedaba por hacer requería de cierta pericia, así que nadie me pedía ayuda. No tuve problemas para escabullirme. Mi madre estaba ocupada en la decoración del salón, con toda su atención focalizada en que la mesa estuviera perfecta. Nadie se preocuparía por mí en unas horas.

Salí por la puerta de atrás y bordeé el perímetro de la mansión. El Jaguar del señor Colville se aproximaba en mi dirección por el camino de grava que llegaba hasta la entrada. Ese coche siempre era motivo de disputa. Creo que Bruno despreciaba en secreto todo lo alemán y se negaba en rotundo, pese a las objeciones de su suegro, a comprarse un coche fabricado en Alemania. Él lucía su magnífico descapotable rojo inglés como una provocación, siempre descubierto, aunque el tiempo no acompañase,

conduciéndolo con una enigmática sonrisa surcándole la cara. No pude evitar detenerme a observarlo. Aquel hombre era fascinante, supuraba elegancia... me encandilaba ver la precisión de los armónicos movimientos que ejecutaba para desplazarse, magnificando su porte. Bajó del coche y se quedó mirándome unos segundos. Rara era la vez en que me prestaba atención, normalmente se limitaba a ignorar mi presencia. Pero esa tarde no había nadie en las inmediaciones y se acercó a mí.

—Buenas tardes —saludó con una voz firme y melodiosa.

—Hola.

—Te has convertido en toda una mujer Ava, te pareces mucho a tu madre.

Para mí, en aquellos momentos sus palabras distaban mucho de ser un cumplido, por lo que me limité a asentir.

—Tienes que hacerle caso y obedecerla en todo —continuó acercándose a mí, hasta posar su mano en mi hombro—. Ella es una mujer increíble.

Hubo un momento de silencio instalado entre los dos y después se marchó. Me quedé ensimismada mirando cómo entraba en la casa. Había en aquel hombre algo cercano, que me hacía sentir extrañamente bien. Tenerlo cerca me reportaba una inmensa y calmada paz.

Mi ánimo se vio mejorado ostensiblemente y me encaminé hacia mi encuentro con Dieter, que me aguardaba obediente en el cenador, obsequiándole con la mejor de mis sonrisas. Él respondió con reciprocidad y pude percibir un atisbo de alivio en sus ojos por mi cambio de actitud.

—Estás muy guapa —dijo besándome levemente en los labios—. Ven, demos un paseo.

Me dejé llevar... el rencor y la furia de la mañana me habían abandonado y en esos momentos, tan solo podía pensar atolondradamente en Dieter y lo guapo que era.

—Te he traído una cosa —me anunció, cuando llegamos a la orilla del lago y nos sentamos en uno de los bancos de madera—. Considéralo un detalle navideño, es para que no me olvides. La hice con una de las cámaras del abuelo, ¿te gusta?

Dieter sacó de uno de sus bolsillos una fotografía suya y me la tendió.

—Gracias.

Antes de terminar de pronunciar la última sílaba, tenía la boca cubierta por la suya.

Ahora no puedo evitar reírme de aquella situación y se me antoja ridícula, pero en ese momento, me pareció un detalle precioso y me sentí halagada. Estaba con un chico muy guapo que me hacía sentir importante, me gustaba que me besara, incluso que se sobrepasara metiendo sus nerviosas manos donde no debía. Era una experiencia nueva que me hacía sentir mayor. Me enamoré perdidamente de él, como solo una alocada adolescente puede hacerlo, permitiendo que se instalara en mi

cabeza e invadiera cada uno de mis pensamientos y proporcionándole un sentido a mi vida mucho más romántico y pleno de lo que jamás había experimentado.

Aquellas Navidades, Dieter se convirtió en objeto de una obsesión, que no me dejaba atender a nada que no tuviese que ver con él. No me quejaba cuando mi madre me mandaba a la mansión a ayudar, con tal de estar más cerca de él, y me escabullía cada vez que tenía ocasión. Rememoraba cada uno de nuestros encuentros furtivos y me deleitaba con ellos de noche hasta que el sueño me vencía. Él se mostraba tan ansioso como yo por verme, por lo que asumí que compartía mis sentimientos.

Dieter y su familia partirían dos días después de Año Nuevo, por lo que me pareció romántico, incluso lógico, hacer el amor con él como sello de nuestro amor. En aquel momento no me di cuenta, pero cuando me cogió con firmeza la mano aquella tarde y me condujo a la buhardilla, para él debió representar el colofón a una estrategia planeada en el mismo instante que mi mirada se cruzó con la suya la noche que me conoció. No voy a culpar a la inocencia ni arrepentirme ahora por aquello. Yo tomé la decisión de hacerlo, no fue bonito, ni sonó música en mi cabeza. Lo recuerdo como algo apresurado, tosco, furtivo e incómodo, y aun así, hizo que me sintiera mucho más cerca de él. Me prometió que me escribiría y que vendría pronto a verme.

El día que partió junto a su familia, sentí que se llevaba una parte de mi corazón. Subí al vestíbulo de la segunda planta para verlo, sabía que allí estaría sola y nadie me molestaría si decidía llorar. Lo viví como un duelo, como si tuviese que renunciar a una parte de mi existencia, me arrebataban la razón por la que vivía y respiraba.

Dieter se despedía despreocupadamente de sus abuelos mientras bromeaba con sus hermanos. Yo me deshacía frente al frío cristal sintiéndome perdida. Me agarré a sus promesas para no caer, me hice una coraza que me protegiera, llena de los momentos que pasé con él para poder seguir con mi monotonía. Continué adelante, aguardando una carta que nunca llegaba y excusando el retraso, engañándome a mí misma, justificándolo con cientos de pretextos inverosímiles... No hay mayor ciego que el que no quiere ver, y el amor es capaz de arrancarte los ojos.

Los días idénticos y monótonos me sobrevolaban, mientras mi ánimo languidecía. No encontraba ninguna razón por la que levantarme, ni nada que me entusiasmara lo más mínimo. En el colegio, mis notas bajaron todavía más y mi círculo de acólitas comenzó casi imperceptiblemente a alejarse de mí. Llegó un momento en que fue algo tan evidente que tuve que esforzarme por reaccionar y salir de mi abatida existencia. Me di cuenta de que si no lo hacía, la tristeza terminaría engulléndome.

Una tarde, una noticia me sacudió de los pies a la cabeza: Alain se casaba con Alicia, cuyo padre poseía una de las mayores fortunas de Alemania, gracias a la industria automovilística. Su familia era dueña de una impresionante residencia donde pasaban las vacaciones, cerca de la mansión Lenz, y sería donde se celebraría la boda. El enlace en sí me traía sin cuidado, pero significaba que Dieter regresaría a Potsdam aquella primavera y yo al fin veía algo de esperanza para mi tortuosa situación.

Solo pensaba en él cada minuto del día y de la noche hasta que el sueño me vencía y no había forma de quitármelo de la cabeza. Podría hablar con él y escuchar pacientemente sus excusas por no escribirme, me perdería en sus besos precedidos de disculpas y nuestro amor sería aún mayor que en Navidades.

Zelinda estaba pletórica y entusiasmada, lo que hizo que la casa entera se inundara de energía y que todo el mundo se implicara en los preparativos de la ceremonia, imbuidos por una patente felicidad. Todos querían a Alain y trabajaban para que nada fallara en su gran día.

Una tarde, mi madre me pidió que sirviera el té a la señora Colville, pues ella tenía que ir a Berlín. Entré en la habitación, que estaba inundada de telas: sedas, muselinas, brocados, organzas... Había muestras por todas partes y Zelinda iba de un lado a otro como una gallina, tocando allí y allá.

— ¡Por fin un descanso! —exclamó abatida, dejándose caer en una otomana. Había engordado bastante en los últimos años y la agilidad de la que gozaba en otros tiempos se había transformado en torpeza, debido a su holgazanería—. Llevo horas intentando decidirme, pero no encuentro nada que me guste. Ven, Ava, merienda conmigo y dame tu opinión —me invitó, dando unas palmaditas a su lado, para que me sentara junto a ella.

—De acuerdo —asentí entusiasmada. Adoraba todo lo que tenía que ver con moda y vestidos, poder tocar aquellas telas era sin lugar a dudas un placer.

—Estoy saturada —se quejó Zelinda—. Hay tanto que organizar... Esta mañana tuve que levantarme antes del mediodía y estoy exhausta. Una galleta *Springerle* me vendrá bien —dijo alargando su regordeta mano hacia la bandeja—. Tu madre las hace deliciosas y le quedan preciosas. La he mandado a Berlín para ver las flores y que me traiga las que más le gusten, yo estoy demasiado ocupada con el vestido. Es terrible, no tengo ni un minuto libre. ¡Tanto trabajo, acabará por atacarme los nervios!



—Aquí hay telas fabulosas, Zelinda, tendrás un vestido estupendo —dije para animarla. No era una mujer muy resolutiva, se agobiaba por la cosa más trivial y situaciones como aquella la desbordaban.

—Gracias, cielo, eres muy amable, pero mírame, estoy horrible —se lamentó abatida.

—Yo te ayudaré y estarás maravillosa.

Zelinda me miró como una niña a la que acaban de alabar por comportarse bien.

—No sé qué haría sin ti, estoy abrumada. Cuando todo termine tendré que ir a un balneario a relajarme o enfermaré. Si quieres, también podríamos elegir algo para ti, sabes que siempre os he considerado parte de la familia.

Entonces, mi ánimo subió como la espuma. Yo había supuesto que asistiría a la boda para ayudar al servicio, pero aquello significaba que sería una invitada más y podría estar con Dieter.

—Gracias, Zelinda, me hace mucha ilusión ir a la boda de Alain —anuncié entusiasmada.

—Claro que sí, querida, eres joven y bella, tienes que disfrutar de estos eventos al máximo... La juventud es tan fugaz... —afirmó ensimismada en sus propios pensamientos.

—Estoy muy contenta por Alain y también por volver a ver a Dieter —solté guiada por el entusiasmo, sin pensar en que había desvelado mi secreto. Nadie sabía que estaba enamorada de él.

— ¡Pero criatura, qué me dices! —Exclamó mientras me prestaba una repentina e intensa atención—. No puede ser, ¿te gusta mi sobrino? Qué monada...

Me dolió que Zelinda recibiera mi noticia con una mueca de escepticismo. Ella se quedó observándome unos instantes, como intentando dilucidar cómo reaccionar.

—Sí, Dieter y yo estamos enamorados —anuncié con firmeza, para disipar cualquier atisbo de duda sobre nuestra relación.

—Eres un encanto, Ava —titubeó—. Sabes que te aprecio y que he sentido por ti siempre una debilidad especial... Por eso, no debes ofenderte con lo que te voy a decir —dijo tomando mi mano entre las suyas—. Pero no quiero que sufras inútilmente. Tienes que olvidarte de Dieter, no es para ti.

Me levanté como si sus manos me hubiesen abrasado.

—Estoy profundamente enamorada de él —reiteré mirándola con aire retador.

—Eres muy joven, ya conocerás otros chicos...

— ¡NO! —grité sin saber si sentirme ofendida o furiosa.

—Pero, Ava, medítalo... —me rogó condescendiente—. Nunca podréis estar juntos... no sois... iguales. Olvídate de él —me pidió a la vez que agitaba su mano,

como si quisiera espantar un pensamiento que la perturbara—. Seguro que pronto conocerás a otro chico que te guste más —rió regocijándose con su propia elocuencia.

Me quedé petrificada, fulminada por cada una de sus palabras... Mi desafección terminaría por acabar con la Ava inocente.

Una gota cayendo incesantemente a lo largo de millones de años es capaz de crear enormes estalactitas, incluso formar colosales columnas al unirse con las estalagmitas que crecen esperándolas... Lo mismo pasa con la frustración, aun en dosis muy pequeñas, cuando persiste demasiado tiempo, puede convertirse en la bola de demolición de tu vida.

Aquella primavera comenzó con un calor inusual. Las flores se abrieron paso antes de lo previsto y el aire transportaba su dulce aroma por los enormes e inmaculados jardines que rodeaban Potsdam. Yo seguía condenada a un ostracismo autoimpuesto. No me esforzaba por mantener las relaciones con mis amigas, el curso terminaba y debido a mis malas calificaciones, continuaría mis estudios en un centro del que nadie esperaba que saliese un alumno brillante. Al menos, me despediría del colegio con la satisfacción de haber mantenido mi farsa impoluta, ninguna de mis iguales sospechó jamás que yo no era como ellas.

Me había convertido en una huraña e irascible adolescente, que discutía a todas horas con su madre. Mi padre, en un vano intento por devolver la paz a su hogar, me regaló un tocadiscos para instalarlo en mi habitación. Supongo que pensó que al menos eso me apaciguaría y mantendría ocupada. Se equivocaba, pero para mí fue un gran alivio poder pasar horas y horas tumbada en la cama escuchando música.

Cada vez que ahorraba lo suficiente, iba al centro de Berlín y me perdía en una de sus inmensas tiendas de discos. Mi madre me había regalado un disco de Elvis, pero era tal la rabia que me consumía, que busqué un estilo radicalmente opuesto al que ella quería imponerme. Descubrí el rock de la mano de los mejores: Los Rolling Stones. Seguramente, "*I can't get no satisfaction*" no ha sonado en ningún otro sitio tantas veces como en aquella pequeña habitación. Aquella canción se convirtió en mi himno particular, así era yo, una insatisfecha nata.

Me encerraba en mi cuarto y me evadía del mundo, solo pensaba en que llegase la ceremonia y poder volver a ver a Dieter. Miraba una y otra vez el vestido que colgaba del perchero de la pared para la boda de Alain, imaginando cómo sería nuestro reencuentro. Evocaba sus besos, sus manos recorriendo mi cuerpo y fantaseaba con cientos de situaciones románticas. Pensaba que él sentía lo mismo por mí, pero excusaba la falta de sus cartas, justificando que los chicos son muy perezosos a la hora de expresar sus sentimientos y plasmarlos en interminables y tediosas cartas de amor. Me convencí de que seguramente, se habría puesto a ello en infinidad de ocasiones, pero no encontrando las palabras y desesperado, lo habría pospuesto.

Yo sí le escribía, casi todos los días me entregaba a la composición de interminables cartas que explicaban lo desdichada que me sentía lejos de él, lo difícil que era para mí superar su ausencia... Le echaba tanto de menos que me dolía físicamente. Nunca pude enviar ninguna, ya que ignoraba su dirección en Roma. Las guardaba cuidadosamente en una caja de zapatos y me imaginaba lo contento que se pondría cuando se las diera a su regreso. En algún momento de desesperación, pensé en pedirle a Zelinda sus señas, pero había sido tan sumamente cruel conmigo, que lo descarté tan pronto como se me ocurrió.

Así, un día tras otro, hasta que llegó la semana de la boda. Mi humor mejoró considerablemente. Esto, unido a que mi madre volvía a tener mucho más trabajo, ya que la casa acogía de nuevo a la familia de Hilda, facilitó que entre nosotras brotara una pacífica tregua, y todo marchase como la seda. Yo me parapetaba en la ventana, esperando que apareciera el coche que devolviese a Dieter a mis brazos, mientras disimulaba con un libro entre mis manos.

Ya te habrás imaginado que Dieter me ignoró completamente a su regreso a Potsdam. El día de su llegada no logré verlo. Apareció a media tarde, rodeado de sus hermanos, bajó del coche y salió a saludar efusivamente a sus abuelos, pero ni siquiera desvió su mirada un instante para comprobar que mi casa seguía allí. Si tan solo hubiese dirigido sus ojos una fracción de segundo a mi hogar, yo hubiese sido capaz de hacer cualquier cosa en el mundo por él, porque hubiese comprendido que le importaba. Pero no fue así.

Toda la familia participaba en la gran cena que, con gran diligencia, preparaba el servicio para aquella noche. Alicia había venido a conocer a los primos de Alain y se ofrecería una pequeña fiesta para homenajearla. Mi madre no me requirió para que la ayudara, supongo que por temor a provocar una de mis rabietas, pero eso no me alejó de la casa. Durante la cena, pululé como alma en pena por los jardines, hasta que me cansé y decidí sentarme en el cenador, mientras miraba embelesada las luces del salón donde todos disfrutaban de la velada. Aunque aguardé pacientemente por los alrededores de la mansión a que Dieter saliese en mi busca, eso nunca sucedió.

El día de la boda amaneció como mi ánimo, nublado y gris. Mi madre estaba plétórica, había visto crecer a Alain, lo había cuidado como una madre, por lo que ese día era especial para ella, lo que me enfadaba todavía más. Me vestí cuidadosamente y me dejé arrastrar de un lado para otro.

La casa de la familia de Alicia, donde se celebraba el banquete, no era tan grande como la mansión Lenz, pero estaba llena de detalles y rivalizaban en elegancia. El tiempo dio una tregua y la comida pudo celebrarse en los jardines exteriores, que habían sido decorados con esmero. Yo estaba en una mesa con mis padres y parte del servicio, apartados sutilmente del resto de los invitados.

Me hubiese encantado emborracharme, pero no podía ni pensar en ello, mi madre hubiera puesto el grito en el cielo. Lejos, muy lejos de mí, Dieter era feliz, como si no le importase en absoluto que mi mundo se hubiera resquebrajado. Reía, comía y bebía libre de toda culpa, lo que hacía que mi respiración resultara cada vez más trabajosa e insoportable. Por momentos no sabía que sentir, lo más terrible es que después de todo, no quería estar en ningún otro lugar, porque él estaba allí. Sí, pese a todo, yo estaba turbadoramente contenta de compartir el espacio con él. Ese masoquismo escapaba por completo a mi raciocinio, pero allí estaba, con la única esperanza de cruzar mi mirada con la suya, aunque fuera tan solo por una fracción de segundo.

A la hora de los postres, mi madre se ausentó. Zelinda la había mandado llamar para que la ayudara en su penúltima crisis del día. Mi padre, visiblemente relajado, me sirvió una copa de champán.

—Adelante, nunca probarás un champán francés mejor que esté, el señor Colville lo ha traído personalmente de París.

Si Francisco hubiese sabido cuánto se equivocaba...

Bebí despacio, paladeando cada mililitro de líquido que se desparramaba por mi boca.

La música comenzó a sonar y los novios abrieron el baile. Mi mesa quedó desierta, con dos botellas casi intactas abandonadas. La gente se agolpaba en un gran círculo para ver a los recién casados comenzar un vals. Todos me daban la espalda, era literalmente como me sentía. Agarré una botella y fui al otro lado del jardín a buscar algún solitario refugio. Encontré una enorme conífera, cuyas ramas me ocultaban prácticamente por completo, me recosté en su tronco y di un enorme trago al champán.

— ¿Sabías que no es de buen gusto beber sola? —me recriminó una voz a mi espalda, que hizo que se me escapara parte del líquido, deslizándose por mi barbilla.

Arnold se sentó junto a mí a la vez que me pasaba su cigarro.

Necesitaba atención, llevaba meses mendigando por ella y Arnold era la primera persona que me la prestaba. No voy a mentir ahora diciendo que no sabía lo que él quería, que ignoraba lo que pretendía de mí. Cedí, lo hice porque quería y me gustaba, me hacía sentir importante ser el objeto de su deseo. No quería pensar en nada más, disfrutaba el momento siendo conocedora de lo que pasaría. Dieter no me quería y Arnold no volvería a la fiesta junto a mí, pero mientras estaban conmigo yo tenía algo que querían y eso me hacía sentir poderosa... aunque luego me mortificara.

Arnold fue más tierno que su hermano, no tan impetuoso y vacilante. Todo fue mucho más calmado. Habíamos apurado la botella, lo que hizo que nada me importase. Él sabía lo que hacía y convirtió uno de los días más melancólicos de mi vida, en uno de los más excitantes.

Regresamos a la fiesta por separado, nunca más volví a verlo... y a Dieter tampoco.

El instituto fue radicalmente distinto al colegio. Mi madre, que ya había abandonado toda esperanza en que me convirtiera en una prometedora estudiante, se afanaba para que no abandonara mis estudios y que lograra hacer algo útil con mi vida. Se había esforzado mucho en darme una buena educación y rodearme de gente de clase alta, que me hiciera progresar en la vida, pero yo no le ponía las cosas fáciles.

Me imagino que secretamente aspiraba a casarme bien. Aunque era un desastre total en casi todo, era muy guapa y me desenvolvía bastante bien con la gente, también contaba con la baza de haber recibido una educación privilegiada y los exquisitos modales que me había inculcado Zelinda. Además, gracias al colegio hablaba inglés y alemán, y a mis padres, español. Pero inconscientemente me esforzaba con ahínco en tirarlo todo por la borda. Algo dentro de mí me empujaba constantemente a ir en contra de las normas que me encorsetaban y me oprimían.

El centro al que asistía, preparaba a los alumnos para enfrentarse a la vida proporcionándoles una formación pragmática. Su proyecto curricular era mucho menos ambicioso que el de otros institutos, pero a mí lo único que me interesaba es que era mixto, y que allí daba igual mi procedencia. Enseguida, entré a formar parte de un variopinto grupo de gente. No sé si me dejé arrastrar yo por ellos o fue a la inversa, el caso es que, por primera vez en la vida, me sentí parte de algo. Con mis nuevos amigos encajaba a la perfección, me comprendían, teníamos las mismas inquietudes y expectativas, estaba integrada y parecía que las cosas por fin tenían sentido.

No tardé en saltarme las clases y comenzar a fumar porros a escondidas, en un recodo que daba a una callejuela detrás del instituto o en un parque cercano, al que solíamos ir a diario los días que hacía buen tiempo. Recuerdo aquella época con nostalgia, salía por ahí con mi pandilla y pensaba que lo sabía todo. Era feliz.

Comencé a adoptar una estética punk que, por supuesto, horrorizaba a mi madre. Me convertí en fanática incondicional de los Sex Pistols, los Ramones y de Patti Smith. Por aquella época, vestía totalmente de negro, no me quitaba mi chupa de cuero ni en los días de verano, me gustaba llevar tachuelas puntiagudas en todos mis accesorios, me pintaba los ojos con un lápiz negro intenso y utilizaba cadenas como collares. Por suerte, me daba pavor agujerearme las orejas o la cara, por lo que era una de las pocas de mi nuevo grupo de amistades, que no llevaba imperdibles colgados de cualquier parte.

Tendrías que haberme visto... Tu abuela apartaba la mirada cada vez que me cruzaba con ella y procuraba alejarme lo más posible de los Lenz. Gracias a mi padre, no acabamos matándonos la una a la otra. Le oía decirle constantemente a mi madre que eran cosas de la edad, que se me pasaría y algún día lograría sentar la cabeza. No se sentían orgullosos de mí. Como contrapartida, lideraba mi grupo de amigos y toda la admiración que necesitaba la sacaba de ellos. Fingía que no me importaba, que era independiente y autosuficiente, pero dentro de mí se estaba abriendo un agujero cada vez más grande por esa falta de comprensión y que yo me esforzaba por alimentar

con ingentes dosis de victimismo y autocompasión, lo que a su vez fomentaba aún más mi rebeldía contra todo y contra todos.

Conocí a tu padre en esa época. Él era dos años mayor que yo, y me pareció la viva imagen de David Bowie. Quedé fulminantemente atrapada por su carisma. Me sentí importante cuando conseguí convertirme en el centro de toda su atención.

Empezar a salir con Alaric cambió muchas cosas en mi vida. Tenía coche y todos los días me recogía con un par de amigos para ir a la parte occidental de Kreuzberg. En aquel barrio se respiraba libertad. Fue el corazón del movimiento okupa en Berlín en los '70', su fama es todavía hoy legendaria. Pasé horas y días enteros allí, riendo, fumando... Con la certeza de formar parte de una generación que cambiaría el mundo injusto en el que vivíamos.

Al cabo de unos meses, todos nos conocían por allí. Me sentía mucho más integrada que en Potsdam y mi rencor hacia las élites sociales se incrementaba día a día, hasta convertirse en una obsesión, que tenía como referente a los Lenz y a mis padres, por formar pasivamente parte de ese juego y no hacer nada por evitarlo.

Fue una época convulsa, empecé a experimentar con las drogas y dejé de ir al instituto. Alaric cuidaba de mí y se encargaba de que no me faltara nada. Me había erigido en el centro de su mundo, viendo al fin cumplido un anhelo: ser amada incondicionalmente.

Luchábamos contra lo establecido, éramos transgresores, nadie podía decirnos qué hacer con nuestras vidas, porque nosotros éramos los dueños del mundo. No necesitábamos nada, no necesitábamos a nadie. Las leyes eran basura que nos imponían los poderosos, el dinero corrompía el alma y al ser humano... Éramos felices elucubrando un mundo perfecto, rebelándonos contra la sociedad y exponiéndolo abiertamente a cualquiera que nos quisiera escuchar.

Aquello duró aproximadamente algo más de un año. Puedes imaginarte la desesperación de tus abuelos, pero a mí me traía sin cuidado, se lo merecían, eran peones del sistema que nos oprimía y denostaba. Se merecían sufrir, trabajaban como mulas para una familia que los consideraba inferiores, que jamás los había considerado sus iguales, por el mero hecho de que no tenían dinero y ellos sí. Ellos habían nacido rodeados de lujo, de oportunidades, de una vida cómoda con licencia para despreciar a quienes les servían, aunque en el fondo supieran que no valían nada, que eran unos pusilánimes... pero tenían dinero, y el dinero es lo único que te confiere ese poder.

Apenas hablaba ya con mi madre, cada vez que nos cruzábamos procuraba mirarla con todo el desprecio que podía reunir. Desde mi infancia, se había obstinado por dirigir mi vida, ahora era yo quien tomaba las decisiones. La despreciaba con todas mis fuerzas, sin importarme en absoluto sus sentimientos. Yo era el centro del universo, respetada por mis amigos y amada hasta la extenuación por Alaric...

Y entonces ocurrió, cuando más feliz era, más pletórica me sentía y más dichosa me encontraba... lo eché todo a perder.

Recuerdo el día en que le dije a mi madre que estaba embarazada, con seguridad fue uno de los más duros de su vida.

Era una estúpida adolescente que no sabía nada del mundo, ahora lo tengo claro, pero por aquel entonces, pensaba que me comería el mundo, que Alaric era el hombre de mi vida y que mi camino sería mucho más fácil. Mis padres eran gente humilde, pero habían luchado para darme una oportunidad, me concedieron una educación que podría haberme reportado una vida cómoda... y yo lo estropeé.

Llegué a casa del instituto a media tarde, tu abuela estaba en casa preparando una tarta para celebrar su cumpleaños.

Con mi habitual ímpetu la abordé a bocajarro:

—Madre, voy a casarme con Alaric.

Recuerdo que mi madre dejó pausadamente de trajinar, se puso frente a mí y me escrutó con su mirada sin el más mínimo atisbo de emoción en el rostro. Era complicado saber lo que pensaba. Normalmente, su cara era como un retrato, inalterable, pero sus ojos... Pude sentir la furia que desprendían, juraría que incluso llegué a percibir cierto calor procedente de ellos.

—No, no lo harás, tienes diecisiete años y eres menor de edad.

—Tan solo faltan dos meses para mi cumpleaños. Nos queremos y hemos decidido pasar el resto de nuestra vida juntos.

—¿El resto de tu vida? —carcajeó exageradamente—. ¿Qué sabrás tú de la vida? —me escupió.

—Nos queremos.

Una endiablada sonrisa, que me erizó el vello de los brazos, se instaló en su impertérrito semblante.

—¿De verdad? —ironizó, con un tono de voz que me recordó súbitamente a las brujas de los cuentos de princesas.

—Sí.

En ese momento, no percibí que mi madre se encontraba en el límite de su capacidad de contención, a un paso de estar fuera de sí, por lo que no me pareció un mal momento para soltar la bomba, ya que sería el argumento definitivo para respaldar mis planes.

—Estoy embarazada.

Súbitamente, toda la ira que llameaba en los ojos de Consuelo se resquebrajó y fue sustituida por una indescriptible desolación, que la hizo caer en lo más profundo de un abismo insondable. Mi madre se sentó derrotada, apoyó los codos en la desvencijada mesa de la cocina y se tapó la cara con las manos.

—No puede ser... Me he esforzado y me he dejado la piel por ti desde el día en que naciste, antes incluso... Y ahora tú, que eres una niña consentida y no sabes absolutamente nada, destrozas todo sin pestañear —murmuró para sí misma.



Creo que esa fue la primera vez que fui consciente de que mis actos tendrían consecuencias nefastas. Las afiladas palabras de mi madre lograron traspasar la coraza invisible de soberbia e ineptitud que me acompañaba constantemente.

—Todo va a salir bien —repliqué, aunque ya sin el mínimo asomo de la confianza con la que había iniciado la conversación, procurando convencerme a mí misma.

—No, nada va a salir bien, Ava, eres una chiquilla atolondrada, sin un ápice de madurez. No sabes lo que es buscarse la vida, ni lo que es trabajar para salir adelante, no conoces el hambre y lo que puedes llegar a hacer para huir de la miseria. El mundo está lleno de injusticias que acabarán devorándote... Ahora, sabrás lo que es la vida, no te va a quedar más remedio que aprenderlo de la manera más difícil. En cuanto a Alaric... es un inepto por haberse dejado arrastrar a esta situación, no necesito saber nada más, estáis condenados al fracaso —se lamentó con la mirada pérdida en la pared de la habitación que quedaba a mi derecha. Ya ni siquiera me miraba.

Paradójicamente, quedarme embarazada de ti me ayudó a terminar mis estudios en el instituto. Incluso yo sabía que no era bueno tomar drogas o beber durante el embarazo, por lo que me quedaba en casa y cogía los libros para no tener que soportar la mirada iracunda de mi madre. Los profesores hicieron la vista gorda en algunas asignaturas, supongo que apiadándose de mi estado, y pude conseguir mi título antes de dar a luz.

Mi boda se celebró discretamente en el juzgado. Evidentemente, no fue nada fastuosa. Vinieron los padres de Alaric y su hermano, mis padres y algunos de nuestros amigos, que fueron los únicos que nos felicitaron y pusieron un poco de alegría a aquel día. Tu abuela se mostró rígida durante toda la celebración, mirando a su alrededor como si se encontrara atrapada en un mal sueño, mientras mi padre se esforzaba para que cambiara de actitud sin conseguirlo, por lo que procuré ignorarla. Yo estaba feliz, por fin había encontrado mi sitio y ella no era capaz de comprenderlo.

Alaric trabajaba en el taller mecánico de un tío suyo, pero no ganaba mucho dinero. No obstante, pudimos alquilar un pequeño apartamento cerca de la casa de sus padres, en Neukölln, que a mí se me antojó fabuloso, ya que por fin podía escapar de las garras de mi madre y ser independiente. No había mucho espacio y estábamos rodeados de ruido por todas partes, pero los primeros meses allí fueron maravillosos. Cuando Alaric regresaba de trabajar, cenábamos juntos y charlábamos hasta tarde.

Ocupaba mis días en hacer la compra en el mercado y limpiar la casa, aunque, debido a su tamaño, no tardaba mucho. Paseaba por Hermannplatz y el Maybachufer, maravillándome de lo distinto que era todo a Potsdam, incluso nadaba en Stadtbad Neukölln, la piscina pública más bonita del mundo. Allí, flotando y mirando las fastuosas columnas que me rodeaban, contigo en mi vientre, me sentí más unida a ti de lo que nunca he conseguido estar.

Estaba embarazada de unos seis meses cuando discutí por primera vez con tu padre, lo recuerdo porque fue el día en el que a ambos se nos cayó la venda de los ojos. Hasta ese momento, habíamos vivido fingiendo ser felices, aunque quizás éramos dichosos porque nos esforzábamos en aparentar que así era. No lo sé. Yo estaba escondida en nuestro dormitorio, fumando con la ventana abierta. Creía que Alaric estaba en el sofá, viendo un partido de fútbol. Mi sorpresa fue mayúscula cuando abrió la puerta y me miró con algo parecido al desprecio.

— ¿Se puede saber que estás haciendo? Joder, estás embarazada. —me recriminó con una aspereza que no había visto antes.

—Apenas fumo, pero si no lo hago me pongo muy nerviosa —traté de justificarme.

—Eres una niñaata egoísta.

—Eso es muy fácil decirlo, tú no tienes que cargar con esto —le increpé señalando mi abultada barriga.

—Yo no tengo la culpa de que seas una zorra —se despidió dando un portazo.

Su mirada colérica me dejó perpleja, fue como verlo por primera vez y darme cuenta de que el chico despreocupado, sonriente y seguro de sí mismo había desaparecido, para transfigurarse en un ser gris con el que yo no quería estar.

Hasta ese instante, no me había percatado del cambio que se había producido en él: ya no vestía igual, no sonreía de la misma manera, su expresión había cambiado y había envejecido repentinamente, como si alguien le hubiese puesto encima una carga demasiado pesada. Me quedé sola en la habitación, intentando procesar el descubrimiento que acababa de realizar, consternada por haberlo tenido ante mis narices sin verlo. Entonces, me apoyé lentamente en la pared y fui consciente de algo mucho más aterrador. Me miré en el espejo que colgaba solitario al otro lado de la estancia y comprendí. Yo tampoco era la misma de unos meses atrás, apenas llevaba maquillaje, mi ropa era tremendamente sosa, ni siquiera lucía uno de los collares que me habían definido antes... Me había vuelto parte del sistema contra el que me había querido rebelar, y éste había terminado por tragarme. Los ideales que habían guiado nuestras vidas hasta entonces, nos habían dado la espalda, ahora teníamos que pagar el alquiler, comer, hacernos cargo de las facturas... Tú nos atabas a la realidad, que nos daba una bofetada de verdad. El mundo estaba construido con unas normas que debíamos acatar, estuviésemos de acuerdo o no.

No sé si Alaric fue consciente al mismo tiempo que yo o tardó más en darse cuenta de que ya nunca más podría ser un joven sin preocupaciones, pero lo cierto fue que nuestra relación cambió. Nos rendimos antes de presentar batalla, el día a día requería demasiados esfuerzos como para pensar más allá de nuestras vidas, las tareas y las obligaciones nos abrumaban. Consuelo tenía razón, éramos demasiado jóvenes y no sabíamos nada de la vida. Todo había cambiado para siempre.

El 6 de Julio de 1973 te di a luz en el hospital, pesaste tres kilos y medio y mediste cuarenta y ocho centímetros. Eras sonrosada y rubia como tu padre. Estaba exhausta, había sido un parto largo y tedioso y apenas tenía fuerzas. Recuerdo haber querido dormir con todas mis fuerzas, pero me resultó imposible. No querías comer, no querías dormir, llorabas y llorabas tan intensamente que me daban ganas de tirarme por la ventana. Lo siento, tenía dieciocho años y ninguna paciencia, estaba exhausta y no estaba preparada para aquella responsabilidad.

Recuerdo aquel día y la cara de mi madre cuando te vio. En su rostro pugnaban una amalgama de sentimientos encontrados. Estaba feliz porque hubieses nacido y al cogerte en brazos, un brillo de orgullo empañaba sus ojos, pero al mismo tiempo no podía ocultar su preocupación por ti. Ella fue la que compró todo lo necesario y llenó el pequeño apartamento de pañales y ropita para ti.

Aun lo recuerdo como si fuese ayer... La primera vez que te tocó, dejaste de llorar de repente, procurándome un profundo alivio y una gratitud indefinible, que vino acompañada de un latigazo de remordimiento. Con Consuelo estabas bien, segura, tranquila... Conmigo no.

Zelinda vino a visitarnos unos cinco minutos, con prisa, mirando a su alrededor como si temiese contagiarse algún mal endémico, que la cambiara para siempre y la volviese como nosotros. Yo ya no era ni de lejos, aquella preciosa niña que pasaba horas junto a ella jugando a las muñecas. Sabía que me despreciaba por lo que en me había convertido, igual que ella sabía que yo la detestaba por encarnar toda la injusticia que regía nuestro mundo. Trajo con ella un enorme centro de flores que estaba tan fuera de lugar como ella, y que ocupaba demasiado sitio y no hacía más que estorbar, también como lo hacía ella.

Mi madre nos entregó un cheque de parte del señor Colville, por valor de una suma más que generosa, que nos permitiría vivir desahogadamente por un tiempo. En mi atribulada mente, ese cheque pasó a ser otra pieza más de un puzle que llevaba toda la vida en mi cabeza.

Dos días después, te llevamos a casa y todo empeoró. Me sumergí en una tristeza que se instaló en lo más profundo de mi corazón. Estaba rendida, odiaba los cambios que habías provocado en mi cuerpo y no veía más que desolación a mí alrededor. Llorabas, lo hacías atronadoramente, por la noche, por el día, parecía que no tenías ni un minuto de consuelo y yo no podía más.

Tu padre comenzó a pasar menos tiempo en casa, alargaba sus jornadas laborales o se iba por ahí. Lo cierto es que en aquellos momentos no me importaba, cuando llegaba se quejaba porque su cena no estaba hecha o su ropa no estaba limpia. Me decía que no entendía qué era lo que hacía en todo el día, que no podía soportarlo más y yo no me quedaba atrás. Volcaba toda mi frustración en él, insultándole, haciéndole daño... Nos enzarzábamos en peleas que concluían en terribles gritos y que te hacían llorar todavía más.

Perdí la noción del tiempo, ya no sabía si había comido o cuánto tiempo llevaba sin ducharme. Te tenía en brazos en todo momento, si te soltaba berreabas tan alto que los vecinos acudían a quejarse de inmediato.

Cuando cumpliste cuatro meses, estaba consumida, desesperada por el cansancio. Tuviste una gastroenteritis y no parabas de vomitar, lo hiciste tantas veces que ya no me quedaba ropa limpia para tu cuna. Mis nervios estaban tan crispados, que no había ni un solo segundo del día en que me abandonara la profunda desolación que me atenazaba.

Una mañana, la casera llamó a la puerta. Me encontraba sumida en un profundo sueño, por fin había conseguido dormirte y yacía a tu lado. El timbre hizo que profirieras un alarido que se clavó en lo más profundo de mis tímpanos, provocando que me sobresaltara. Te cogí en brazos para calmarte y me encaminé a la puerta deseando con todas mis fuerzas acabar con la vida de quien estuviese al otro lado de la puerta. La oronda mujer traía cara de pocos amigos, que no mejoró por tus molestos gritos.

—Me debéis dos meses de alquiler —gritó, intentando hablar por encima de tu llanto.

—Eso no es posible —traté de explicar con vehemencia.

Sin duda, debía tratarse de un error, Alaric y yo habíamos acordado pagar unos meses de alquiler por adelantado con el cheque del señor Colville. No tendríamos que preocuparnos por ese problema hasta finales de año.

—O me pagáis u os vais de aquí —sentenció la mujer con visibles ganas de salir de allí cuanto antes.

—Espere, mi marido le ha pagado por adelantado más de medio año de alquiler, lo que dice es un disparate.

La mujer clavó su mirada en mí un instante, después te miró y dijo:

—No quiero saber nada, deberías hablar con tu marido —espetó la mujer, dando por finalizada la discusión.

Me quedé contemplando cómo la mujer desaparecía de mi vista mientras bajaba las escaleras del edificio trabajosamente, sin acertar a comprender la situación. Al menos, habías dejado de llorar y podía concentrarme.

Llamé al taller donde trabajaba tu padre y le conté atropelladamente lo que acababa de pasar. Él no dijo nada, tan solo un lacónico *“ya hablaremos cuando llegue a casa”*.

Miré todo lo que me rodeaba y me percaté de los pasos que había dado hasta llegar allí. Nunca me había preocupado el futuro hasta que apareció ante mí como un lugar lúgubre y siniestro al que me negaba a dejarme arrastrar. Esa era mi vida: un asco.

Alaric llegó con una taciturna mirada que no auguraba nada bueno. Yo te tenía entre mis brazos, aquello era lo suficientemente importante como para que no nos interrumpieras.

— ¿Dónde está el dinero? —le pregunté sin más preámbulos. No quería oír la respuesta, pero necesitaba una explicación.

—Ya no está. Pero lo arreglaré —se justificó por toda respuesta.

Podía oler el alcohol en el aliento de tu padre. En ese momento, pensé que había bebido porque le daba miedo enfrentarse conmigo y decirme la verdad, pero con los años he comprendido que el auténtico terror es verbalizar la verdad y reconocértela a ti mismo. Mientras no pronuncias las palabras, puedes fingir que no te has convertido en algo despreciable. A mí me pasa ahora.

Yo estaba a punto de perder los nervios, no atinaba a comprender aquella situación y tu padre no me ayudaba en absoluto.

—Te exijo que me expliques dónde está. No era tu dinero, me pertenecía —le grité desafortadamente.

—Te he dicho que lo arreglaré —me respondió gritándome más fuerte.

—No, tú ya has hecho suficiente. ¡Fuera de aquí! — le ordené mientras le señalaba la puerta y tú te revolvías en mis brazos llorando.

—No puedes echarme de mi casa, Ava. No pienses ni por un segundo que me voy a ir —me desafió.

Me derrumbé, estaba atrapada. Alaric tenía razón, no podía echarlo de mi vida, teníamos un bebé y no había vuelta atrás. Cogí lo primero que vi para envolverte y salí a la calle. Fue liberador respirar el aire frío que transportaba el viento. Comencé a andar sin saber a dónde ir. Hacía frío, pero a mí me ardía el cuerpo. Después de deambular sin rumbo fijo algún tiempo, terminé sentándome en un banco. Te habías quedado dormida y entonces comencé a llorar. Sentía una enorme pena por mí misma, por mucho que exprimiera mi cabeza, no encontraba una salida a mi situación. Pasados unos minutos, comencé a tiritar y no tuve más remedio que regresar a casa. Alaric estaba viendo la televisión como si tal cosa y me dirigí a la cocina a preparar la cena.

—Necesitaré dinero para comprar comida mañana —dije mientras ponía su plato sobre la mesa.

—No cuentes con eso —fueron sus escuetas palabras.

Tu padre apostaba. Yo lo había visto como algo emocionante al principio de estar con él. No me había dado cuenta de que podía convertirse en un atroz problema hasta que me afectó a mí. Apostó el dinero del señor Colville y lo perdió, se jugó aún más para recuperarlo y en ese momento, estaba totalmente arruinado. No podíamos pagar ni siquiera una visita al supermercado, ya ni digamos, pagar el alquiler.

Aquella noche me acosté con la determinación de arreglarlo. Iría al único sitio donde podrían ayudarme. Viajaría a Potsdam a la mañana siguiente y convencería a Alaric para que pidiese ayuda con su problema o me divorciaría. Eso pensé cuando mi exhausto cuerpo rozó la desvencijada cama.

La mansión Lenz se encontraba oculta entre la niebla, pero yo la sentía. Aquel edificio que tanto había odiado, se me antojaba ahora como el único lugar seguro, una especie de santuario donde podría reposar mis problemas y olvidarme de ellos, al menos por unas horas. Me quedé un rato viendo como mi padre pasaba una bayeta por la carrocería de uno de los coches del señor Lenz. Era tranquilizador observarlo. Cuando nos vio, salió corriendo entusiasmado y te arrebató de mis brazos después de darme un fugaz beso.

—Tu madre está en la casa grande —me explicó mientras te hacía arrumacos—. Me llevo a Ingrid a dar un paseo.

Me quedé pasmada viendo cómo os alejabais. Francisco te adoraba, su perenne halo de bondad se intensificaba cuando tú estabas cerca, era algo que podía percibir sin dificultad al miraros. Todo allí parecía estar bien, nada les había afectado que mi vida se desmoronara. Allí se percibían paz y seguridad.

No me apetecía nada enfrentarme a mi madre, por lo que me dispuse a dar una vuelta por el jardín para evitarla. Resultaba extraño, estar de nuevo en la mansión de los Lenz me sosegaba. Allí nada había cambiado, todo seguía en su sitio, el jardín que en días pasados había sido el escenario de mis juegos y fantasías, ahora me acogía transmitiéndome una invisible energía y bienestar. Estaba en casa, estaba en mi hogar. Sabía que mi pequeña casa cubierta de yedra estaría vacía. Cuando entré, su olor me reconfortó, cada músculo de mi cuerpo se relajó y me di cuenta de lo cansada que estaba. Instintivamente, me encaminé hacia mi antigua cama y en cuanto mi cabeza rozó la almohada, me sumí en un profundo y reparador sueño.

Dormí plácidamente durante horas. Cuando desperté, estaba tapada y con la puerta cerrada de mi cuarto, para que nada me molestase. Al salir a la cocina vi como mi madre estaba preparando mi plato favorito para comer y tú reías en brazos de tu abuelo. Se me cayó el alma a los pies. Nunca te había visto reír, fue a la vez gratificante y doloroso. Conmigo no reías, solo llorabas sin parar.

—La niña ya ha comido —saludó mi madre—. Así puedes sentarte tranquila mientras tu padre le da un paseo.

Obedecí de inmediato. Nada más sentarme, mi madre dispuso a mí alrededor, diligentemente, un sinfín de platos repletos de todo lo que me gustaba. Comí sin rechistar hasta saciarme por completo, pero no quería parar, sabía que en el momento que terminara, debía explicarle a mi madre el motivo de mi visita. Ella intuía que no me había llevado hasta allí nada bueno. Su expresión de preocupación se había adueñado de su semblante, se sentó pacientemente al otro lado de la mesa sin abrir la boca, y aguardó pacientemente a que yo me explicara.

—Necesito dinero —pedí sin dar otra explicación.

Me consternó no apreciar ni un ápice de sorpresa en el rostro de mi madre.

—¿Y el dinero del señor Colville? —preguntó concisa y desapasionada.

—Alaric lo perdió.

Fue desconcertante que no hubiese gritos, ni reproches, ni aspavientos. Mi madre miró al suelo y respiró profundamente, intentando coger fuerzas.

—Ava, sé que eres muy joven. Hasta ahora has tomado tus propias decisiones y ya estás pagando las consecuencias, pero ahora no estás sola, tienes que pensar en Ingrid, tu hija te necesita y su futuro depende de ti.

Se me anegaron los ojos de lágrimas. Por primera vez en mi vida, me di cuenta de que mi madre tenía razón, siempre la había tenido y aunque era demasiado tarde para mí, no lo era en absoluto para ti. Tú lo harías mejor que yo.

—Lo sé —logré decir entre hipidos, con voz entrecortada por el llanto ante la impertérrita mirada de Consuelo.

—Pasa la noche aquí, piensa muy bien lo que vas a hacer. Tengo ahorros suficientes para que tú e Ingrid comencéis una nueva vida... lejos de Alaric, no te engañes, él no va a cambiar y estaréis mejor sin él. Hazlo por tu hija.

Las palabras de mi madre, se clavaban una a una en mi mente, como alfileres atravesando una delicada tela. Yo no podía hablar, me limité a asentir. Ella puso un fajo de billetes delante de mí. Debía de haber mucho más dinero del que había perdido Alaric, suficiente para pagar todas nuestras deudas y aún sobraría para poder vivir desahogadamente una buena temporada.

—Descansa, nosotros cuidaremos de Ingrid. Estará bien —me dijo mientras ponía su mano en mi hombro.

Guardé el dinero cuidadosamente en mi bolso y regresé a mi habitación, seguía estando cansada, muy cansada.

Después de un agitado sueño, me desperté sobre las cuatro de la madrugada. Mi cuerpo esperaba oír tu llanto, pero no se oía absolutamente nada, tan solo la fuerte respiración de mi padre en la habitación de al lado.

Me acerqué a verte. Era la primera vez que te veía dormir tan satisfecha, descansabas en un capazo que mi madre había transformado primorosamente en una cuna junto a su cama. Salí de la habitación y busqué mi bolso para contar el dinero. Realmente había mucho más de lo que había ido a buscar.

Por fin me di cuenta del poder del dinero. Lo había subestimado. Odiaba el frío, odiaba tener que contar el dinero una y otra vez para poder llegar a fin de mes, odiaba la existencia que yo misma me había buscado, odiaba a mi marido, odiaba esa casa deslucida, odiaba no tener ninguna esperanza, odiaba el trabajo que dabas... Y el dinero quemaba en mi mano y yo estaba tan harta y desesperada... Me ahogaba, me asfixiaba, vivía oprimida y agobiada... No sé si realmente llegué a pensarlo detenidamente. Entre de nuevo en la habitación de mis padres y te di un beso.

Con ellos estarías mucho mejor de lo que nunca estarías conmigo y sabía que para Alaric sería una liberación verse exento de mantenernos a las dos.

Salí al jardín y me tomé unos segundos para observar la mansión Lenz por última vez. Después puse rumbo al centro de Potsdam, debía encontrar un taxi.



Te abandoné, Ingrid, porque conmigo estabas sentenciada. Yo estaba ya condenada a ser una mala persona para siempre. El egoísmo que ha formado parte de mí desde el día en que nací te habría privado de toda oportunidad.

Nunca antes había estado en el aeropuerto de Schönefeld. Mis padres hablaban constantemente de visitar Utrera, pero siempre surgía algún impedimento que les hacía posponerlo, frecuentemente relacionado con el dinero. Desde el día que salí de España, creo que mi padre soñó con el día en que regresaría a su hogar. Siempre decía que se jubilaría allí, en una casa con un enorme patio y una parra, donde tendría unos enormes geranios rojos como los que tenía su madre. Por las tardes, jugaría al dominó y al mus con sus viejos amigos hasta que entrara la noche... Ése era su sueño.

Me senté a observar, embelesada, cómo cambiaban los vuelos y destinos de uno de los paneles informativos buscando una señal. No tenía ningún plan, lo que pasará el resto de mi vida, quedaría ligado al avión que cogiese para irme de allí. Empezó a dolerme la cabeza, tenía que relajarme.

Compré una revista y me esforcé en leer. Al menos así era mucho más fácil bloquear todos los pensamientos que te traían a mi mente incesantemente, como las olas que acuden inevitablemente a la orilla de la playa. Entonces, una revelación vino en mi auxilio para exonerarme de toda culpa el resto de mi vida, permitiéndome seguir adelante sin volver jamás a mirar atrás. Había hecho lo correcto, ahora tendrías una oportunidad en la vida de la que carecerías por completo junto a mí. Tú serías mejor que yo.

El panel de la pared cambió justo en el momento en que levanté la vista, maravillada por mi reconfortante idea y Madrid apareció entre los próximos destinos. Me incorporé a toda prisa con el bolso apretado contra mi pecho y fui directa a comprar el billete que cambiaría mi vida.

Llegué a Madrid en diciembre de 1973, a punto de cumplir diecinueve años. Recuerdo que le dije al taxista que me llevara al centro de todo, donde hubiese algún sitio barato donde alojarme unos días. Él me miró extrañado, quizás intentando descifrar de donde procedía el extraño acento con el que hablaba español, una inusual mezcla de fonemas andaluces y alemanes de los que yo no era todavía consciente. El hombre obedeció y me llevó a la Puerta del Sol, el Kilómetro Cero, no hay lugar mejor en el mundo para comenzar una nueva vida.

El Franquismo daba sus últimos coletazos, en un país deseoso por experimentar y cambiar, exactamente igual que yo. Supongo que vivimos juntos una transición que nos transformaría para siempre.

Encontré un hostel barato cerca de Sol, y me instalé en una habitación oscura y pequeña donde compartía cuarto de baño con el resto de huéspedes. No me importaba, vivía mi nueva situación con la sensación de hallarme inmersa en una aventura. Me tomé un día para explorar la ciudad, era fascinante. Deambulé por el Parque del Retiro y me maravillé con el Palacio de Cristal. Recuerdo haberme sentado en un banco y quedarme más de una hora contemplándolo.

Paseé por la Castellana y la Gran Vía absorbiendo todo lo que pasaba a mi alrededor, me sentía como otra persona. Tú te habías quedado lejos y cada vez que

acudías a mi mente, recordaba que aquello era lo mejor para las dos. Eso me tranquilizaba y lograba alejarte de mis pensamientos.

Al día siguiente, compré un montón de ropa nueva en Galerías Preciados. Una solícita dependienta, Concha, estuvo conmigo toda una mañana eligiendo un completo y variado vestuario. Me dejé llevar por ella, definitivamente mi época de rebelión punk había concluido y no quería llamar mucho la atención. Era consciente de que el dinero no me duraría para siempre y en algún momento debía salir a buscar un trabajo. Concha debió de tomarme por una excéntrica rica extranjera. Las dos quedamos satisfechas con nuestra transacción, a ella le brillaban los ojos pensando en la comisión que había ganado aquella mañana y yo tenía todo lo necesario para disfrutar de la ciudad y había hecho una amiga. Me invitó a ir al teatro con ella y unas amigas aquella misma noche. Probablemente, quería exhibirme como el descubrimiento exótico y peculiar de aquel día, y yo acepté encantada. De hecho, no podía creer mi suerte. Mi nueva vida mejoraba por momentos.

Esa noche conocí a las amigas de Concha: Rita y Mercedes. Habíamos quedado en el bar El Rocío, situado en una callejuela que me costó un poco encontrar, para tomarnos un bocadillo de calamares y unos mejillones, antes de la función. Aquellas chicas eran alegres, simpáticas y exultantes de vitalidad. Justo como yo me sentía en esos momentos, creo que nunca antes había experimentado ese tipo de liberación.

— ¡Mirad, ya está aquí! —Les dijo Concha a sus amigas, nada más verme entrar por la puerta del atestado bar—. Esta es Ava, viene de Alemania —explicó como si aquello fuera toda una hazaña.

—Encantada —soltaron las dos chicas al unísono sin parar de reír

—Ava, Concha nos ha contado que te has gastado una fortuna en vestuario esta mañana —dijo Rita entusiasmada, sin ningún tipo de discreción, lo que provocó que su amiga le dedicara una mirada reprobatoria.

—Perdona a mi amiga, Ava, no están acostumbradas a conocer a gente con clase, lleva muy poco tiempo en Madrid —se excusó Concha un poco azorada.

—No pasa nada —declaré, mientras cogía la caña que habían pedido para mí. Estaba encantada con ser el centro de atención y de tener carta blanca para inventarme mi propia historia—. No te preocupes, es normal, he venido a España para mejorar mi español y conocer el país. Mis padres emigraron hace mucho tiempo y han pensado que ya era hora de que conociese mis orígenes.

—Vaya... —se maravilló Rita—. ¡Qué emocionante!, pero lo hablas estupendamente, mucho mejor que mucha gente de mi pueblo —bromeó, provocando las carcajadas de las otras chicas.

—Gracias, hablo español, inglés, alemán y chapurreo un poco de francés, espero que eso me sirva para encontrar trabajo.

— ¿Bromeas? —Preguntó suspicaz Mercedes, que hasta ese momento no había abierto la boca—. Se te van a rifar en los hoteles, es difícil encontrar gente aquí que

hable tantos idiomas. Mi novio es botones en el Ritz, si quieres puedo pedirle que hable con su jefe.

—Te lo agradecería —le respondí con la mejor de mis sonrisas. Todo estaba saliendo de maravilla

El resto de la noche, las tres chicas me interrogaron sobre mi vida en Alemania. Sus ojos brillaban de admiración y volví a sentirme igual de bien que en el colegio de Potsdam: con mi pequeño grupo de seguidoras revoloteando a mí alrededor. Aquellas chicas eran muy impresionables, se esforzaban por parecer modernas y abiertas, pero no podían ocultar una educación profundamente conservadora y religiosa, con la que se notaba que batallaban constantemente. Estuvimos parlotando hasta que nos dimos cuenta de que si no nos poníamos en marcha, llegaríamos tarde a la función.

Aquella noche, me quedé fascinada con la obra de Antonio Gala y desde ese momento me convertí en una admiradora suya que devoraría todos sus libros en el futuro. Concha, Rita y Mercedes me llevaron al teatro Eslava, sin saber que me abrían la puerta a un mundo cultural fascinante, al que yo jamás me había acercado. “Anillos para una dama” despertó en mí el deseo de saber más, de conocer, de disfrutar del teatro, de leer, de aprender... Inquietudes que jamás se habían encontrado entre mis objetivos. Se abrió ante mí un mundo lleno de posibilidades, como se abren las flores de un jardín para captar el rocío, invitándome a conocerlas y a participar con ellas de un universo fascinante. Deseaba con todas mis fuerzas llenar mi vida de cosas nuevas y extraordinarias, tenía una segunda oportunidad para vivir y tú estabas bien... Al principio, me lo repetí cientos de veces.

La obra tenía como protagonista a Jimena, la viuda del Cid. Ella estaba enamorada de Minaya Ávar Hãñez, pero tenía un compromiso con la memoria de su esposo y los intereses políticos de los reinos cristianos. Jimena quería ser libre, pero estaba condicionada por su posición social, igual que España que quería caminar fuera de la dictadura de Franco, igual que yo, que había dejado todo atrás y necesitaba empezar una nueva vida... Aquella obra me hizo reflexionar y me reafirmó en mi deseo de seguir adelante sin mirar atrás.

Mercedes y Rita buscaban compañera de piso, pues la que hasta ahora ocupaba mi futura habitación, se casaba y regresaba a Ávila a vivir, su ciudad de origen. Yo acepté encantada su invitación para ir a vivir con ellas. Parecían buenas chicas y sabía que tarde o temprano acabaría cansándome de vivir en el hostel de Sol.

A la mañana siguiente, trasladé mis cosas a su piso. Mi habitación era más grande que el cuartucho del hostel y mucho más coqueta. No tenía muchas cosas, por lo que el traslado fue bastante rápido. Ninguna me preguntó por la ausencia de maletas, solo llevaba numerosas bolsas de Galerías Preciados por todo equipaje, pero creo que en sus mentes, cualquier conducta extraña era explicada con la palabra “extranjera” y ambas se abstuvieron de hacer comentarios al respecto.

Mercedes era secretaria en un bufete de abogados. Su cometido básicamente consistía en escribir a máquina sin parar. Pasaba toda la mañana fuera y regresaba sobre las tres de la tarde y entonces comía conmigo. Rita era taquillera en el Museo del Prado. Para mí se convirtió en una deliciosa rutina pasar a saludarla y quedarme a

visitar su extraordinaria pinacoteca, al menos una vez por semana. Ella me traía todos los folletos que editaba el Museo, y me mantenía al día de las diferentes exposiciones que organizaba.

Como había prometido, Mercedes habló con su novio y éste me consiguió una entrevista en el Ritz. Mi dominio de varios idiomas impresionó al gerente, que no dudó en concertar una entrevista de trabajo con el director del hotel.

Recuerdo la primera vez que crucé la Plaza de la Lealtad y entré en el hotel. Lo había visto desde el exterior varias veces, ya que se encontraba junto al Museo del Prado y al parque del Retiro, mis dos lugares predilectos de Madrid. Hasta ese momento, no me había llamado la atención. Era uno más de los cientos de edificios imponentes que pueblan la Carrera de San Jerónimo o el Paseo del Prado, pero su interior era fabuloso. Mi infancia había transcurrido entre la fastuosidad y la elegancia de la mansión Lenz, por lo que no era fácilmente impresionable. Yo no era una chica de pueblo que se topa con el lujo por primera vez, pero el vestíbulo del Ritz me impactó, no solo por las cosas que albergaba. La preciosa alfombra de la entrada, el brillante suelo de mármol, las enormes lámparas, los brocados en las tapicerías, las elegantes columnas... no me sorprendieron, pero sí su ambiente.

En el Ritz no entraba cualquiera, eso era obvio, la atmósfera estaba cargada de esnobismo. Estuve tentada de continuar empujando la puerta giratoria y regresar a la calle. Tan solo un vistazo me había bastado para comprenderlo y una inquietante pregunta comenzó a gestarse en mi cabeza, *¿De verdad iba a volver a hacer lo que más odiaba en el mundo?* Me negaba a volver a servir a la gente rica, a aquellos que pertenecían a una clase de la que yo jamás formaría parte, ahora lo sabía. Entré en el vestíbulo llenando mis pulmones de aire, olía bien, olía a grandes fortunas que no quieren mezclarse con gente normal, a una encorsetada etiqueta que tiene miedo a diluirse para desaparecer. Me senté unos minutos en una de las butacas junto a la escalinata que conducía al primer piso. Había llegado con antelación y me obligué a mí misma a meditar mi siguiente paso.

Había una calma sostenida, que contrastaba con el ajetreo del exterior. Los clientes entraban y salían estirados hasta el infinito, actitud que contagiaban a los trabajadores que pululaban a su alrededor. Aquel lugar era como un microcosmos dentro de la ciudad, ningún hombre podía penetrar en él sin corbata y las mujeres no podían usar pantalones. Me acomodé en mi butaca y los observé con detenimiento, debía tomar una decisión. Tiempo después entendí mis reparos de aquel día. Realmente, no odiaba a esa gente por la injusticia que representaban, era mucho más simple, me daban envidia: yo quería ser como ellos. Quería tener dinero y vivir espléndidamente, sin tener que preocuparme por contar una vez más los billetes que menguaban en la caja escondida en un rincón de mi armario, en el piso que compartía con mis nuevas amigas. Me levanté y estiré mi falda de tweed. Llevaba un discreto traje chaqueta marrón, que Concha había elegido para la ocasión. Me dirigí a la recepción y pregunté por el director. Veinte minutos después, ya era oficialmente recepcionista del Ritz, el hombre no pudo resistirse a mis exquisitos modales y mi conocimiento de varios idiomas.

Esa noche invité a las chicas a cenar. Me sentía bien, era la primera vez que lograba algo por mí misma. Tenía un trabajo que me garantizaría la independencia y quería celebrarlo. Además, las Navidades se acercaban y todas se irían esa semana fuera de Madrid, a celebrarlo con sus familias.

Cenamos en el Lhardy, uno de los mejores restaurantes de la capital y terminamos la noche en el Museo Chicote, un local de fiesta, donde se daba cita lo mejor de la sociedad madrileña. Siempre he tenido debilidad por la buena vida, me encanta comer en sitios fabulosos y vivir por encima mis posibilidades. Recuerdo que aquella noche gasté buena parte del dinero que me quedaba, pero disfruté cada uno de los segundos como si fuese mi última noche en la tierra. No me arrepiento.

Mis amigas estaban entusiasmadas, aquel día nos vestimos con lo mejor que teníamos y nos lo pasamos en grande. Nuestro estado de ánimo no decayó en toda la velada, bebimos, comimos y reímos sin parar. Estaba rodeada de gente que me admiraba, envuelta en lujo por todas partes, ese era mi lugar en el mundo, donde quería estar.

No fue de repente, pero poco a poco fui llenando mi vida de momentos nuevos y en mi cabeza Alemania fue desapareciendo. Mi vida anterior empezó a antojárseme una película antigua en blanco y negro, que contrastaba lacerantemente con los vivos colores de mi nueva existencia. Ingrid, no sé si tengo conciencia, pero es algo que nunca me ha atormentado... excepto ahora, cuando ocupas todos mis pensamientos, transcurridos casi veinte años.

Mi primer día en el Ritz fue caótico. Mi trabajo era bastante sencillo, pero al principio estaba muy nerviosa y me costaba horrores concentrarme. Cometí muchos errores debido a mi falta de atención, lo que provocó que mi jefe me mirara con cierto desprecio, visiblemente molesto. A media mañana, la situación mejoró. Los clientes se fueron espaciando, lo que me proporcionaba más tiempo para revisarlo todo y mejorar bastante. Mis compañeros me alabaron cuando me presenté voluntaria para trabajar en Nochebuena y Nochevieja, todos ensalzaron mi generosidad. Realmente no fue algo altruista, estaba sola y no me apetecía pasar las fiestas encerrada en el piso viendo la televisión. Presumía que no habría mucho trabajo en recepción, con lo que todo serían ventajas.

No me equivoqué, la Nochebuena fue bastante tranquila en la recepción, al contrario de lo que lo fue para mis compañeros del restaurante del hotel. Me arrellané en mi puesto, observando el paso de los comensales, ataviados con ropa lujosísima y desprendiendo nubes de perfume embriagadoras. Se encaminaban a una de las mejores cenas del año. Todo era espléndido, la decoración, la bucólica iluminación, el aroma dulzón que dejaban las señoras a su paso... Yo me había tomado un bocadillo antes de salir del solitario piso que compartía con las chicas, pero tenía impresos del menú del restaurante en el mostrador y no pude evitar que se me hiciese la boca agua: marisco traído esa misma mañana desde Galicia, faisán, caviar, besugo... Me daba igual estar sola aquellos días, pero tener a tan solo unos metros a gente degustando tales manjares y no poder acceder a los mismos, ni tan siquiera para probarlos, me disgustaba y ensombrecía bastante mi ánimo. Me entretuve revisando las futuras

reservas y comprobando que todo estuviese en orden, para esquivar mi frustración. Así pasé los días de aquella Navidad.

Mercedes regresó a casa el día de Año Nuevo y dos días después lo hizo Rita. Agradecí enormemente su presencia. Me gustaba estar sola, pero ellas me reconfortaban y hacían planes para salir a todas horas. Íbamos al teatro, a los cafés de moda, de compras... Quería divertirme a toda costa y a todas horas, en eso trabajaba mi mente constantemente, en salir y pasarlo bien, era como una necesidad vital irrefrenable.

Una vez que salíamos de nuestros trabajos a diario, exploraba con las chicas las infinitas posibilidades que nos ofrecía la ciudad. Me cultivé de una manera extraordinaria, como nunca pensé que lo haría, leía sin parar, visitaba todas las exposiciones que había a mi alcance y me aficioné al teatro hasta convertirlo en mi pasatiempo favorito. Vivíamos muy cerca del teatro María Guerrero y no me perdí ni uno solo de sus estrenos.

En primavera, la terraza del Ritz resurgió con todo su encanto y era frecuente ver por allí a mucha gente famosa. Alojarse por aquella época en el hotel, no estaba al alcance de todo el mundo, ya no solo a nivel económico, pues el hotel tenía una estricta política de admisión, discretamente ejecutada por todos sus empleados. Podías tener todo el dinero del mundo, pero si no eras considerado un potencial cliente del Ritz, amablemente se te sugería que te alojaras en el Palace. El Ritz era un lugar aristocrático, que quería desvincularse del mundo de la farándula y el arte. Así que si no podías alojarte allí, por lo menos podían verte en la terraza, con lo que era un punto de reunión de lo más variado y exclusivo.

Recuerdo el día en que la vi por primera vez... empezaba a hacer calor en la calle y yo tenía turno de tarde. Eran las tres y media y fue todo un alivio llegar a la recepción a resguardarme del sol de justicia, que caía sin tregua fuera. Ella pasó por el vestíbulo como flotando, con un vaporoso vestido color coral, unas impresionantes joyas y unos impecables pies, enmarcados en unas brillantes sandalias de altísimo tacón. Era imposible no mirarla en cuanto aparecía en tu campo visual, la gente se volvía para estudiarla con detenimiento y no perderse detalle.

—Es miss Carolina —me susurró mi compañero discretamente, al ver que yo no dejaba de mirarla—. *La madame* —aclaró, ya que yo no daba muestras de saber quién era. Le sonreí y asentí para no parecer una ignorante, pero no sabía quién era aquella mujer que tenía la virtud de detener el tiempo a su paso y tampoco entendía a qué se refería con lo de "*la madame*".

Indudablemente, me había impactado, pero con todo lo que tenía que hacer, cayó rápidamente en el olvido. No fue hasta algunas tardes después, cuando me encontraba en el café Gijón tomando un cortado con Concha, cuando me acordé de ella. Recuerdo que me preguntaba por los últimos famosos que se habían hospedado en el Ritz, le encantaba tener información de primera mano sobre los huéspedes del hotel, con la que luego chismorreaba en su trabajo. Ese tipo de conocimientos, le conferían cierta prestancia entre su círculo de compañeras. Todas ellas, estaban más interesadas

en lo concerniente a la vida de los demás, que en las suyas propias. Intenté probar suerte, si alguien sabía quién era todo el mundo en Madrid, era Concha.

—El jueves por la tarde vi a una mujer impresionante en el vestíbulo del hotel, miss Carolina, *la madame* —expliqué aguardando su reacción.

—Esto sí que es bueno, ya hay putas hasta en el Ritz —dijo, bajando la voz para que nadie la oyese, y acompañando su comentario con una sonrisa burlona.

Era eso, Concha había disipado todas mis dudas, había algo en aquella mujer que era diferente y ahora sabía de qué se trataba. Me fascinaba. Te cuento todo esto porque para bien o para mal, fue la persona que cambió mi vida radicalmente.

La primavera dio paso al verano y éste al otoño, así sucesivamente, hasta caer en una acogedora rutina a la que me acoplé sin problemas. Las chicas me invitaban a casa de sus padres algunos fines de semana y en vacaciones. Así conocí Ávila, Cáceres y un pueblecito de Valencia encantador llamado Alcira. Me habían aceptado en su círculo de manera natural y para mí se habían convertido en toda mi familia, yo era parte de sus vidas, igual que ellas estaban ya ligadas a la mía.

Comencé a pensar en español, ya no me acordaba casi nunca de Alemania, tan solo hablaba alemán con los clientes del hotel que así lo requerían. Era como si mis padres hubieran fallecido y tú solo hubieses sido un sueño. Alaric no ocupó ni uno solo de mis pensamientos desde que le abandoné y jamás me pregunté qué sería de su vida.

Mi acento alemán se había esfumado por completo, pasaba por una española más, mi vida ahora estaba aquí.

Rita, Concha y Mercedes eran tres chicas trabajadoras con ganas de prosperar en la vida. Habían salido muy jóvenes del cobijo de sus hogares para buscarse la vida en la capital y de momento, lo iban consiguiendo. Me impregné de su espíritu y sus perspectivas de futuro se fueron convirtiendo en las mías... Pero yo no era como ellas, podía fingirlo e incluso engañarme a mí misma durante un tiempo, pero tarde o temprano mi auténtico yo, terminaría por aparecer...



Mis amigas se afanaban en buscarme pareja cada dos por tres, consiguieron convencerme para salir con algunos chicos, por lo general buenos muchachos, honrados y trabajadores que aspiraban a encontrar una mujer con la que formar un hogar. Casi ninguno logró llamar mi atención. Solo hubo uno con el que tuve una relación un poco más larga, fue mi novio durante al menos seis meses: Jaime Ramírez, las chicas lo catalogaron desde el principio como muy buen partido y todo un caballero. Acababa de terminar Derecho y había entrado a trabajar en el bufete donde Mercedes era secretaria, como abogado. No llevaba casos muy importantes por el momento, pero era una de esas personas cuya ambición sobresale por encima de cualquier otra cosa. Me gustaba.

Desde el principio congeniamos muy bien. Jaime solía ir al Ritz a recogerme. Se tomaba su tiempo en recorrer los alrededores o se bebía pausadamente una cerveza en la terraza, miraba todo con detenimiento, escudriñando los movimientos de los clientes, sus maneras, su forma de hablar. Siempre iba impecable. Tuve la sensación desde el momento en el que lo conocí, de que conseguiría cuanto se propusiera. Era un tipo encantador, hecho a sí mismo con un objetivo claro en la vida: triunfar.

El padre de Jaime tenía una pequeña panadería en un modesto barrio de Madrid, San Blas. Desde pequeño, sacaba muy buenas notas y sus padres siempre habían querido que fuese panadero como ellos, pero pronto quedó patente que el muchacho se resistía con todas sus fuerzas a ese destino. Invertía todo lo que ganaba en libros y cuando terminó la Secundaria, convenció a sus padres para sacarse el Preu y entrar en la Facultad de Derecho.

Jaime daba clases particulares para costearse la matrícula de la universidad y comprarse la mejor ropa que estaba a su alcance, se esforzaba por ser cortés y educado. Su confianza en sí mismo, unida a su físico imponente (era bastante guapo), le abrían todas las puertas, entre ellas, la del prestigioso bufete donde había ido a parar cuando le conocí.

Solíamos pasear por El Retiro, íbamos a la Gran Vía con asiduidad a ver alguna película, o acudíamos a Las Ventas para asistir a las mejores corridas, cuando se lo podía permitir. Siempre me invitaba a todo, era uno de esos hombres chapados a la antigua, que se escandalizaba con cualquier corriente de pensamiento moderna, que versara sobre la liberación de la mujer o alguna cosa similar.

Un día, al terminar mi turno, vi como Rita y Concha me esperaban en la puerta del hotel por donde solíamos salir los trabajadores. A mí me dio mucha alegría verlas, pero conforme me acercaba a ellas y vi sus semblantes, me di cuenta de que algo no iba bien.

Me llevaron hasta una cafetería cercana y con un mimo excesivo, me pidieron un café con leche. Yo no podía imaginar qué las había llevado hasta allí, pero estaba claro que no traían buenas noticias. Cuando tuve el café entre mis dedos y me lo llevé a la boca, Rita miró a Concha de soslayo y explotó:

— ¡Ay, Ava!, no sabes la pobre Mercedes qué disgusto tiene. No puedes enfadarte con ella. Ella no sabía nada, ha sido la primera en sorprenderse, no te puedes

imaginar cómo está... Ha llegado a casa llorando, le hemos preparado una tila, pero ni aun así ha sido capaz de venir. Le hemos dicho que no se preocupe, que ya veníamos nosotras a hablar contigo, pobrecilla. ¡Ay, Dios mío! Ya me lo dice a mí mi madre: en los tiempos que corren, no te puedes fiar de nadie, ¡de nadie!, y mucho menos en la capital.

A mí siempre me había maravillado la forma en que Rita enlazaba unos pensamientos con otros y los lanzaba sin pararse ni siquiera a respirar. En esos momentos, se notaba el gran esfuerzo de contención realizado en el trayecto hasta la cafetería, pues había tenido la deferencia de estar completamente segura de que yo estuviese confortablemente sentada hasta soltar la bomba.

—Rita, para —la cortó Concha abruptamente—. Me estás poniendo nerviosa.

— ¡Ay, señor! Es que no puedo, no puedo, qué desgracia, con lo buena pareja que hacéis... —se quejó mientras me miraba y sacaba un pulcro pañuelo de sus bolsos para enjugar sus lágrimas.

Concha me cogió una mano y se desplazó en su silla, hasta quedar a mi lado.

—Ava, Jaime se casa con otra.

Pareció como si toda la cafetería se callase de repente. Rita dejó de sollozar y clavó sus ojos en mi rostro, Concha me apretó la mano y posó la otra en mi hombro, como si así pudiera hacer de escudo contra el dolor, que presumía que me estaba recorriendo en esos momentos. No supe cómo reaccionar, no pude hablar, pero mi cara tuvo que ser la viva imagen de un interrogante, porque enseguida Rita se puso a darme todas las explicaciones pertinentes.

—Esta mañana, Mercedes se ha ido a trabajar temprano como todos los días. Cuando ha llegado su jefe a media mañana, ha anunciado la noticia: su hija estaba prometida con Jaime, a quien van a hacer socio del bufete, después de la pedida de mano, que es la semana que viene. Imagínate a la pobre, qué mañana ha pasado, reprimiéndose las ganas de llorar hasta llegar a casa. No quiero ni imaginarme lo mal que lo ha debido de pasar, pobrecilla, allí sola, viendo a ese caradura recibiendo todas las felicitaciones y sin poder abrir la boca... Claro, porque Mercedes es muy discreta, que si llego a ser yo... Pero ¿y tú? Tú sí le tienes que pedir explicaciones, faltaría más, si tú quieres yo te acompaño, porque esto no se puede quedar así, pero qué cara más dura, habrase visto, menudo sinvergüenza... —casi gritó indignada, sin respirar en toda la parrafada.

Me quedé mirando a Rita unos segundos, tratando de encajar todas las piezas. Era cierto que Jaime era mi novio, que me gustaba por su resolución ante la vida y que habíamos salido juntos los últimos seis meses, pero él jamás me había prometido amor eterno y nunca habíamos hablado de nuestros sentimientos, por lo que la situación me pareció hasta divertida y en el fondo me alegraba por él. Se había esforzado y había conseguido una pieza clave en sus objetivos, ya nadie lo miraría como el hijo de un panadero, lo verían como el socio perfecto de un prestigioso bufete de abogados.

No podía guardarle rencor, no me sentía ultrajada ni vilipendiada como parecía estarlo Rita. Creo que fue en ese momento, cuando comencé a atisbar mi extraordinaria insensibilidad y me atemorizó dejarla emerger y que los demás se dieran cuenta de la clase de persona que era, por lo que fingí.

No pude llorar, no era tan buena actriz, así que opté por hacerme la ofendida y montar en cólera, lo que pareció satisfacer a mis amigas, que ya habían tenido bastantes lloros con la pobre Mercedes y mi enfado les proporcionaba la oportunidad de poner a caldo a Jaime.

Cuando llegamos al piso, Mercedes se encontraba en el sofá descompuesta, ofreciéndome una caja de bombones como regalo compensatorio por haber perdido el amor, la cual, yo acepté encantada. Pasé la noche entre mimos y arrumacos, mis amigas me prodigaron mil elogios con la misma pasión con la que profirieron un millar de insultos contra Jaime. En el fondo, me sentía reconfortada al ser el centro de atención y lo demás me daba igual, pues era consciente de la consideración que me tenían aquellas chicas y del cariño que me profesaban... y aquello me hizo feliz.

Mientras buscaba el sueño en la cama, me di cuenta atónita, que el único sentimiento que había despertado en mí la traición de Jaime era cierta envidia. Sí, le envidiaba porque había logrado ascender de clase social. Ahora, tendría muchas más oportunidades y disfrutaría de una vida mucho más cómoda, mientras yo tendría que seguir trabajando si quería seguir subsistiendo, con nulas perspectivas de entrar a formar parte de esa elitista clase de personas para las que trabajaba. En ese momento, pensé en mi ex novio como una inspiración, si él podía conseguirlo... ¿Por qué no yo?

Aquella mañana, me mortificaba el aburrimiento. Por suerte, era viernes y no tenía ningún turno ese fin de semana, podría salir con las chicas a divertirme por la noche. Entonces, apareció ante mí. No era un hombre guapo, ni apuesto a primera vista. Todo lo contrario, resultaba gris e insustancial, pero era fascinante en el trato, tenía esa habilidad que caracteriza a algunas personas, que parecen ser capaces de meterse en tu mente para hacer contigo lo que se les antoje, ya que son conscientes de que serás incapaz de resistirte. Ese magnetismo que solo unos pocos mortales poseen y aún son menos los que saben emplearlo a su favor. No sé si me comprendes...

Fernando se presentó ante el mostrador con una reluciente sonrisa y sin apartar sus ojos de los míos ni un solo instante.

—Buenos días. Soy Fernando Meza, tengo una habitación reservada para siete días —saludó con una sutil cortesía.

—Buenos días, señor Meza. Enseguida le doy su llave, aguarde un segundo que compruebe los datos.

Comencé a buscar en el listado de reservas y cuando encontré su apellido, sus palabras colapsaron mi tarea.

—Si es tan amable, también me gustaría que cenará usted conmigo esta noche.

No sé si fue el tono o su atrevimiento, pero una carcajada pugnó en ese momento en mi garganta por salir, que fue sofocada por una risa nerviosa, que me hizo temblar de pies a cabeza.

—Lo siento, señor, la política del Ritz es muy estricta en ese sentido. Me temo que lo que propone no es posible —acerté a contestar, esforzándome por recomponer mi semblante y parecer lo más serio posible.

—Perfecto, entonces, señorita, quiero que anule mi reserva. Desde este momento, soy huésped del Palace. La espero en el vestíbulo de mi nuevo hotel a las nueve para cenar, espero que sea de su agrado. Encantado de conocerla.

Y dicho esto, giró sobre sus talones haciéndome una especie de reverencia con la cabeza y se marchó, dejándome perpleja. El resto de la mañana me costó terriblemente guardar la compostura, durante los primeros minutos tuve claro que no asistiría a la extraña cita, pero poco a poco, una voz insistía en que me lo replanteara.

Salí de trabajar sobre las tres de la tarde y me fui a casa a descansar un rato. Después de una siesta reparadora, Rita llegó al piso con unos pasteles para merendar y un plan estupendo para aquella tarde: quería que la acompañásemos al estreno de “El gran Gatsby”. La obsesión de Rita por Robert Redford era a veces preocupante, moría de amor por él cada vez que se le mencionaba y entraba en una especie de profunda catatonia cuando veía sus películas. Por supuesto, nadie osó llevarle la contraria y las cuatro nos dirigimos hasta la Gran Vía, para ver la película en el pase de las cinco.

Verla nos dejó una sensación extraña, supongo que nos había creado falsas expectativas desde el principio, pensábamos que era una historia de amor y que por lo

tanto, debía de terminar bien, pero no lo hizo. Bajamos Gran Vía hacia la calle Alcalá y entramos a un café a calentarnos al salir del cine.

—Creo que es el hombre más guapo sobre la faz de la tierra —comentó Rita.

—Sí —suspiró Mercedes a su lado.

—Yo, lo que no entiendo es la actitud de Daisy —dijo Concha con un tinte de reproche y tristeza en la voz—. Yo me habría fugado con él desde el principio. En cuanto me hubiese enterado de que mi marido tenía una amante... y más teniendo en cuenta que Robert Redford es rico y está locamente enamorado de mí.

—No sé, Gatsby es muy rico y es innegable que es guapísimo, pero... está claro que su fortuna proviene de asuntos un tanto turbios... —terció Mercedes, que era sin lugar a dudas la más pragmática.

—Eso da igual —soltó Rita, que parecía ensimismada en sus pensamientos—. ¡Por el amor de Dios!, ¡Es Robert Redford!, ¡Yo iría a la cárcel por él! —exclamó haciéndonos reír a carcajadas al verla exaltada de repente.

— ¿Tú qué opinas, Ava? —me preguntó Concha, centrando todas las miradas en mí.

—Yo entiendo a Daisy, la entiendo de todo corazón. Ella no está realmente enamorada de ninguno de los dos, está enamorada de sí misma y de su tren de vida, eso es a lo único que será fiel. Está fascinada por el dinero y lo que éste le reporta.

Me quedé mirando a mis amigas y supe que ellas no podían entenderlo. Ellas eran buenas personas, no entenderían jamás el egoísmo que vive en el interior de la mente de Daisy... o en la mía.

Miré el reloj de mi muñeca y comprobé que eran las nueve menos cuarto. Si me daba prisa, todavía llegaba a mi cita. Un poco tarde, lo suficiente para crear cierta expectación.

—Chicas, tengo que dejaros. Olvidé que había quedado para cenar —me disculpé mientras me levantaba y cogía mi abrigo.

—Pero, ¿con quién?—repuso Rita

—Es solo un compañero de trabajo que quiere tomar algo... Ni me acordaba —mentí, restándole importancia. Si parecía interesada, las tres me interrogarían hasta conocer de quién se trataba y por supuesto, tenía que permanecer en secreto.

—Bueno, pues pásalo bien —me deseó Concha, despidiéndose con la mano al igual que Rita y Mercedes.

Bajé por la calle Marqués de Cubas en dirección al Hotel Palace, repasando mentalmente todo lo que había investigado aquella mañana, fruto de una creciente curiosidad sobre Fernando Meza.

Era un hombre casado, no me había sorprendido descubrirlo. La compañera a la que pregunté por él, le describió como un empresario sevillano dedicado a la industria alimentaria. También era conocido en el Ritz por sus espléndidas propinas y su

generosidad. Solía traer invitados al restaurante durante sus estancias en el hotel y todo el mundo conocía su carácter más bien derrochador. En definitiva, se trataba de una persona rica, por lo visto, muy rica y generosa. No necesitaba saber más.

Vi como Fernando caía sobre mí como un halcón, conforme percibió mi presencia en el Palace. Se acercó con una sonrisa desafiante, que lejos de amilanarme, me hizo reaccionar sintiéndome segura de mí misma.

— ¡No sabes cuánto me alegro de que hayas aparecido, detesto cenar solo! — exclamó a modo de saludo mientras me tendía su brazo para que me cogiese a él.

—Un placer, venir a cenar aquí, es uno de mis pasatiempos favoritos —bromeé.

—Entonces, me alegro de haber reservado mesa —dijo dirigiéndose a la espectacular cúpula de vidrieras que coronaba las mesas del restaurante.

El camarero nos llevó a una mesa discreta al otro lado de la sala, nos sentamos y enseguida nos trajeron la carta. Fernando pidió una botella de Rioja, que antes de que pudiera terminar de leer los platos, ya teníamos en el interior de nuestras copas. Me acerqué la copa de vino a los labios para probarlo, mientras Fernando llamaba al camarero y pedía por los dos. No recuerdo exactamente qué comimos, pero creo que fue lo más caro que había en la carta. Era un hombre al que le gustaba hacer alarde de su posición.

— ¿De dónde eres? —quiso saber.

—De Madrid —comenté.

Nunca hablaba sobre mi origen alemán. Mis rasgos no delataban mi procedencia y ya no tenía acento. Solía decir que era de Utrera, el pueblo de mis padres, pero como jamás había estado allí y sabía que Fernando era sevillano, era muy fácil que descubriera mi mentira.

—Para trabajar en la recepción del Ritz, debes ser muy lista.

—Creo que me cogieron porque me defiende en varios idiomas.

Fernando puso cara de admiración y acto seguido me preguntó:

— ¿Dónde estudiaste?

—Creo que hablar de mi vida nos aburriría, solo soy una chica normal, con una vida bastante insípida —coquetteé, tratando de desviar el tema de atención—. Seguro que tú tienes cosas mucho más interesantes que contarme.

Apelar a la vanidad de un hombre suele proporcionar unos resultados extraordinarios.

—Yo viajo mucho. Vivo en Sevilla y suelo venir tres o cuatro veces al año a la capital por motivos de trabajo y cuando lo hago, me gusta disfrutar de buena compañía.

—Ves, eso resulta mucho más fascinante.

—Creo que tú podrías convertirte en mi acompañante favorita —anunció, al tiempo que rellenaba mi copa.

—Si me vas a invitar a cenar a sitios como este cuando vengas, cuenta con ello, pero lo cierto es que soy una chica muy ocupada.

—Eso podríamos arreglarlo —respondió despreocupadamente.

Un ligero estremecimiento emergió del centro de mi estómago. Me adentraba en un terreno peligroso y totalmente desconocido, pero el vino y aquel ambiente me insuflaban valentía y hacían crecer una seguridad en mí misma, que jamás había experimentado. Iba a cruzar una línea de la que ya no habría retorno.

Lo reté con una mirada desafiadora, él me la sostuvo durante unos segundos tratando de calcular mi precio, supongo que no quería ofenderme.

—Diez mil pesetas la noche —ofreció.

Sin lugar a dudas era una gran suma de dinero, mucho más de lo que yo ganaba trabajando una semana entera. Fernando pertenecía a esa clase de hombres que conseguían siempre lo que querían, no obstante, yo me estaba divirtiendo así que le repliqué:

—Doce mil.

Él me sonrió, pero asintió y el resto de la velada transcurrió sin sorpresas. Acostarme con un hombre por dinero, me supuso muchos menos problemas morales de los que había supuesto en un principio. Tal y como yo lo veía, todo habían sido ventajas, estaba en el sitio donde quería estar, disfrutando de todo lo que quería.

Entiendo que no todo el mundo sea capaz de comprenderlo y que mi comportamiento pudiera escandalizar a mucha gente, pero éramos dos personas adultas que querían algo del otro y lo consiguieron.

Cada vez que algún atisbo de duda sobre mi conducta, cruzaba mi pensamiento, me recreaba pensando que lo mismo que hacía yo, lo habían hecho miles de mujeres a lo largo de la historia. Sin ir más lejos, los matrimonios de conveniencia en las casas reales a lo largo de la historia, constituían un claro ejemplo: las mujeres se vendían a cambio de un reino y nadie osaba levantar la voz para cuestionar la moral de la reina.

Me veía a mí misma como una Scarlett O'Hara moderna. Nunca había pasado una guerra ni hambre como ella, pero por encima de todas las cosas, ansiaba vivir bien, sin preocuparme por el dinero. Es más, quería una vida de lujo. No tengo ningún problema en reconocerlo.

La semana que Fernando estuvo en Madrid, me di cuenta que podía ganar más dinero en tres noches que trabajando todo un mes. Para mí fue toda una revelación y un cambio en el orden de prioridades. Si conseguía clientes como él, ya no tendría que pasar largas horas detrás de la recepción del Ritz y estaría en disposición de pasar al otro lado.

La imagen de miss Carolina me venía una y otra vez a la cabeza y supe qué quería hacer con mi vida, conforme vi mi cartera repleta de billetes. No tardé mucho en cruzármela en el Ritz, una mañana, ella venía de la terraza y yo salí de mi puesto dispuesta a abordarla.

—Disculpe, quisiera hablar con usted.

Ella me estudió de arriba abajo y asintió.

—Aquí no —terció mientras abría el pequeño bolso de nácar, que sujetaba entre sus elegantes manos, para sacar una tarjeta de su interior—. La espero esta tarde a las seis.

No dijo nada más, siguió su camino con su fascinante contoneo, sin mirar atrás y cruzó el umbral del hotel, dejando a su paso una penetrante fragancia a jazmín y rosas.

Aquella tarjeta que descansaba entre mis dedos era la llave hacia un nuevo mundo, el lujo por fin me aguardaba. No pude evitar que una radiante sonrisa cruzara mi rostro y empecé a despedirme de mi antigua vida mentalmente.

Por la tarde, me preparé concienzudamente para mi cita, busqué el vestido que más resaltaba mis encantos y me maquillé a conciencia.

Cogí un taxi y le recité la dirección. Me llevó hasta una calle del barrio de Salamanca, uno de los más lujosos de Madrid. Allí me apeé y me tomé unos momentos para tranquilizarme y tomar aire. Todo estaba ocurriendo muy deprisa, pero lo tenía claro, no quería ni un día más de miseria en mi vida, no deseaba más jornadas de trabajo agotadoras, ni aguantar desplantes ni impertinencias de los clientes del hotel. Quería mi propia casa, ir de compras cada vez que me apeteciera y no preocuparme por el dinero jamás... costase lo que costase.

Entré en el portal de mármol blanco y techo alto y el portero me preguntó por mi destino. Al decirle el piso, me escrutó con la mirada y en sus ojos pude ver un brillo entre divertido y jactancioso, pero no me hizo ningún comentario, tan solo se limitó a indicarme dónde estaba el ascensor y se parapetó en su portería sin dejar de observarme.

La casa de miss Carolina parecía cualquier cosa menos un burdel, estaba decorada de manera elegante y sencilla. Había piezas únicas que resaltaban, pero sin llamar la atención: cuadros impresionantes y lámparas de finos cristales, que hacían que la estancia resultara muy acogedora, a la vez que dejaba claro que su dueña había invertido mucho dinero en la decoración.

Una mujer me había acompañado hasta una sala y me había invitado a acomodarme. Debía esperar, ya que la dueña estaba ocupada con otro asunto. Los



techos eran altísimos y unas finas cortinas de encaje blanco colgaban de las enormes ventanas. No pude resistirme a levantarme y dar una vuelta por la estancia. Me llamó poderosamente la atención la predilección de la dueña por las esculturas de Lladró. Solo en aquella habitación había tres piezas: ángeles, bailarinas y una pastorcilla eran los motivos que representaban. En una de las paredes había un cuadro de Sorolla. Mi lado pragmático me empujó a preguntarme si era auténtico y de ser así, qué precio tendría en el mercado. En eso andaba cavilando cuando una voz dulce, pero firme, me sobresaltó a mi espalda.

—Buenas tardes, ¿le gusta el arte?

—Sí, me ha impresionado el cuadro, el dominio de la luz del maestro Sorolla es fascinante.

El rostro de miss Carolina se iluminó. Supongo que en ese momento se puso a hacer cálculos sobre mí, como yo había hecho con su cuadro.

—Síntese, le diré a Rocío que nos sirva aquí el café.

Obedecí inmediatamente, lo que me proporcionó unos minutos para observarla detenidamente. Debía de rondar los cincuenta años, pero su forma de vestir, sus joyas y su rostro, hacían que aparentase una década menos.

—Bien, cuénteme —dijo mientras tomaba asiento a mi lado—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Me llamo Ava, soy alemana, de padres españoles. Actualmente, trabajo en la recepción del Ritz, pero quiero que eso cambie —expliqué firmemente, sin dejar de estudiar sus reacciones.

—Bien, estarás a prueba una semana, después te haré llamar y hablaremos de las condiciones. Me vendrá bien alguien que hable alemán, últimamente estamos teniendo muchos clientes extranjeros. ¿Algún idioma más?

—Inglés y francés.

El rostro de miss Carolina se iluminó como el de una niña que acaba de recibir el regalo con el que siempre había soñado.

—Eso es excelente, veo que tus modales están bien y ya hablaremos sobre tus conocimientos culturales... Quiero que sepas que conmigo no trabaja cualquiera, mis clientes exigen lo mejor de lo mejor en todos los ámbitos de su vida, y eso es precisamente lo que yo les ofrezco. Levántese y desnúdese —dijo en un tono mucho más autoritario del que había mantenido en el resto de la conversación.

Durante una fracción de segundo me quedé perpleja, pero acto seguido me levanté y seguí sus instrucciones. Cuando me despojé del vestido y ya me disponía a quitarme el sostén, me detuvo.

—Está bien, no es necesario que siga. Mañana por la noche doy una fiesta, espero que acuda. Vaya por la mañana a la peluquería y cómprese un vestido de fiesta elegante. Aquí tiene la dirección —dijo tendiéndome una gran tarjeta con letras

impresas en tono dorado—. La espero a las ocho. Antes de que dé comienzo un evento, me gusta pasar revista personalmente.

—Está bien —asentí a modo de despido, estaba claro que a miss Carolina no le gustaba perder el tiempo.

Salí a la calle y decidí dar un paseo. Tenía el dinero de Fernando y debía comprarme un vestido, por suerte para mí, me encontraba muy cerca de la calle Serrano. Si había un lugar ideal donde encontrar lo que buscaba, era ése.

Me tomé mi tiempo en disfrutar de los escaparates de las boutiques más lujosas de la ciudad, estaban decorados con prendas exclusivas y complementos fabulosos. No pude evitar enamorarme de unos zapatos de tacón rojo brillante en la tienda de Loewe. Era el par de zapatos más bonito que había visto en toda mi vida, tenían que ser míos. No me importaba cómo sería el vestido que los acompañase, pero debía ser a juego con ellos.

Entré en la tienda y me los probé, nunca antes me había sentido tan bien, era como si los hubiesen hecho exclusivamente para mis pies. Me hacían sentir poderosa, segura de mí misma. Toda la magia del momento se esfumó al ir a pagarlos. Los zapatos costaban un mes de mi sueldo como recepcionista en el Ritz. Por espacio de unos segundos, los miré sintiendo ciertos remordimientos, pero sonreí a la dependienta y saqué el dinero de mi cartera convencida de que si todo salía bien, en un futuro próximo ganaría mucho, muchísimo más dinero y éste no volvería a ser nunca más un problema.

No pude ser tan espléndida con el vestido y el bolso que llevaría a la fiesta, pero no me importó, con mis nuevos zapatos rojos, nada se interpondría en mi camino. Cogí mis nuevas adquisiciones, regresé a casa y pedí cita en la peluquería de mi barrio.

Al llegar a casa, Mercedes y Rita estaban tomando un café en la cocina. Cuando entré, dejaron de hablar inmediatamente y ambas clavaron sus ojos en la bolsa con el logotipo de Loewe, que las atraía poderosamente.

— ¡Dios bendito! —Exclamó Rita—. ¿Te ha tocado la lotería?

— ¿Qué te has comprado? —preguntó Rita arrebatándome la bolsa sin darme tiempo a reaccionar.

En ese momento fui consciente del paso que había dado y una profunda tristeza asoló mi corazón, pues en ese preciso instante, comencé a despedirme mentalmente de mis amigas. Tendría que renunciar a la amistad con Rita, Mercedes y Concha. Ellas no tenían cabida en mi nueva vida.

—No es nada, mañana me han invitado a una fiesta y he pensado que debía darme un capricho —me aventuré a contestar, mientras observaba los ávidos ojos de mis compañeras, que permanecían con la boca abierta sosteniendo cada una uno de los magníficos zapatos.

—Seguro que has conquistado a uno de esos clientes que tenéis en el hotel... —repuso Rita en broma.

—Eso solo pasa en las películas que devoras —le respondí sin poder evitar que mis palabras me supieran amargas.

El taxi que tomé para llegar a la fiesta que organizaba miss Carolina, salió del centro de Madrid, Castellana arriba y me llevó a una urbanización de las afueras. Paramos a las puertas de un chalet impresionante, totalmente iluminado y resplandeciente. Observé como otra chica, de edad similar a la mía, bajaba de un coche y se dirigía sola con paso firme a la entrada. Aproveché y la seguí a pocos pasos de distancia.

Tras pasé la puerta de entrada y me acogió un inmenso recibidor, en el que se elevaban unas escalinatas con suelo y barandillas de mármol, con marcado estilo neoclásico. Había otras chicas en corrillos hablando y cuchicheando. Me acerqué a ellas y me dispuse a estudiar lo que había a mi alrededor. Una enorme lámpara de araña flotaba a unos cuatro metros sobre nosotras y en el centro de la estancia, una robusta mesa de madera de caoba sostenía un descomunal jarrón con motivos orientales.

De repente, las voces cesaron y todas las muchachas se dispusieron en fila india con una separación entre ellas de unos cincuenta centímetros, asemejándose a un despliegue militar. Ninguna movía ni un solo músculo. Miss Carolina había hecho acto de presencia y se disponía a pasar revista.

Me coloqué la última, para disponer de un tiempo en el que estudiar las exigencias de la mujer, que bajaba escotes, soltaba melenas y retocaba el maquillaje de las chicas conforme se situaba frente a ellas. Al llegar a mi altura, me miró de arriba a abajo y sonrió.

—Hoy nos acompañará un embajador europeo, tú serás su acompañante. Espero que estés a la altura, haz que me sienta orgullosa —resolvió la mujer sin apartar sus suspicaces ojos de mi rostro.

Sentí una grata seguridad en mí misma. No había puesto ninguna objeción a mi vestido, ni a mi maquillaje y contaba conmigo para acompañar ni más ni menos que a un embajador. Supuse que se debía a mi conocimiento de varios idiomas... aunque no pensé lo mismo al terminar la noche.

Miss Carolina abrió dos inmensas puertas color marfil y nos hizo pasar a un gran salón, donde estaría el grueso de la fiesta. Allí se encontraban dos camareros que nos ofrecieron unas copas de champán, la fiesta había comenzado y enseguida empezaron a aparecer los primeros invitados.

Tuve una corazonada al verlo, no había nada que lo indicase, pero allí estaba mi prueba de fuego: un hombre grueso y mayor que miraba a su alrededor con cierto desdén. Había supuesto que al tratarse de alguien de carrera diplomática, gozaría de un trato agradable, pero evidentemente estaba equivocada, todas las características que le había atribuido inconscientemente en mi cabeza, se esfumaron cuando miss Carolina lo cogió del brazo y lo condujo hasta mi lado.

—Esta es mi querida Ava —explicó llena de orgullo, como si yo fuese alguien cercano y no una completa desconocida—. Estoy segura de que se entenderán muy bien. Yo voy a atender al resto de mis invitados —dijo mientras se marchaba.

Aunque en ningún momento hizo nada que lo demostrarse, era evidente que aquel hombre no era de su agrado, como tampoco del mío. Sonreí al hombre, mientras apuraba mi copa y cogía al vuelo otra de una bandeja que pasó justo a mi lado. No te mentiré, la palabra “asco” no llega ni de lejos a describir lo que sentí. Por mi cabeza pasaron toda clase de escenas repugnantes. No sabía que me esperaba, quizás pasar la noche con alguien agradable como Fernando, pero estaba claro que no iba a ser así. Intenté entablar conversación con el hombre, que solo emitía una especie de ladridos ante mi insistencia por hablar. Estuve a punto de dejarlo plantado y salir corriendo, aunque eso hubiera supuesto olvidarme para siempre de miss Carolina. El hombre me agarró del brazo y me arrastró hasta la escalinata. Yo me disculpé y le dije que me esperase, ya que tenía que ir un momento al cuarto de baño. Eso no pareció gustarle, pero asintió a modo de consentimiento.

Salí despavorida hacia el cuarto de baño. Al abrir la puerta, me encontré a la chica que me había precedido en la entrada a la fiesta, que estudió mi expresión de aturdimiento con una sonrisa burlona.

—Miss Carolina siempre te hace la putada al principio. Supongo que es una manera de asegurarse de que eres capaz de hacerlo —aseveró la muchacha acercándose a mí—. Hola, soy Miriam. No te preocupes, esto te ayudará —dijo sacando una bolsita transparente de su minúsculo bolso.

Me agarré a sus ojos desesperada y seguí paso por paso sus instrucciones. Aquel polvo blanco entró en mi nariz provocando un intenso amargor en mi garganta. Mi nariz comenzó a irritarse y Miriam me tendió un pañuelo. Yo la miré sin saber muy bien qué decir.

—Anda, ve, no lo hagas esperar. Ese tiene muy malas pulgas, cierra los ojos y piensa que estás con otro. Espero verte otro día —se despidió mientras me acompañaba a la puerta.

Yo no había mediado palabra, no había tenido tiempo de hacerme cargo de la situación, pero comencé a notar como me iba sintiendo cada vez más eufórica. Me agarré al brazo de aquél hombre con acento de algún país del este de Europa y me deje arrastrar escaleras arriba.

Fue horrible, he tenido que soportar situaciones semejantes a lo largo de toda mi vida, pero aquella sin lugar a dudas, fue la más dura de todas. La brutalidad de aquel rostro encima de mí, todavía acude a mortificarme en algunas de mis pesadillas. Recuerdo haberme quedado mucho tiempo llorando encima de aquella cama, pero gracias al alcohol y la cocaína, todo comenzaba a adquirir un aspecto nebuloso en mi cabeza y pude soportarlo. La aprensión empezó a cubrir mi cuerpo ese día, como una loción que rociaría mi cuerpo perpetuamente. Jamás pude deshacerme de ella, hasta hoy.

No me apetecía moverme, me hubiese quedado postrada en aquel lugar el resto de mi vida, de no ser porque ella vino y me ayudó a recomponerme. Me acarició el pelo y me sonrió como a una niña pequeña. Me cogió por la cintura para ayudar a levantarme y me atendió hasta lograr adecentarme, para que pudiera bajar.

—Vaya, se te ha roto el vestido —se lamentó cogiendo un girón de tela que colgaba patéticamente en su mano—. Te acompañaré a la cocina y allí te lo arreglarán. Si quieres, también puedes comer algo, preciosa.

Miss Carolina me llevó a la cocina situada en el piso de abajo. Desde allí, aún podíamos escuchar el rumor de la fiesta, que se encontraba en todo su apogeo.

—Toma, esto es para ti. Lo has hecho muy bien —me dijo tendiéndome un sobre—. Quédate aquí el tiempo que necesites, fuera hay un coche que te llevará a casa, cuando estés preparada.

Vi cómo su silueta abandonaba la estancia, mientras me preguntaba si alguna vez estaría preparada y si podría llegar a perdonarme por aquello.

De camino al centro de Madrid, las luces habían perdido su embriagador brillo, la magnífica noche estrellada se me antojaba ahora una mancha negra desoladora y mi excitación jubilosa me había abandonado por completo. Solo podía sentir aversión hacia mí misma, mientras mi cabeza pululaba observando las azoteas de los edificios, intentando no pensar en la angustia que me sobrevolaba. Reprimí una arcada justo cuando el coche se detenía frente a mi portal.

Entré en el piso y me dirigí inmediatamente al cuarto de baño, allí vomité hasta quedar completamente exhausta. Logré meterme a duras penas en la ducha y abrí el grifo hasta quedar completamente recubierta de agua. En una leja, Rita guardaba pulcramente sus cosas: entre ellas, atisé su guante de crin. Recordé que siempre decía que con él eliminaba todas las células muertas de su cuerpo... Quizás eso era lo que yo necesitaba en ese momento... eliminar todas y cada una de las células muertas que invadían mi cuerpo y emponzoñaban mi alma. No dudé en enfundármelo y comenzar a frotarlo con contundencia sobre mi piel. Me hice un daño tremendo, pero logré dejar de pensar y sentir pena de mí misma. El dolor físico atenuó mi dolor psicológico, que amenazaba con volverme loca. Sequé con cuidado mi piel completamente enrojecida y me fui desnuda hasta mi cama. Tuvieron que pasar muchas horas, porque ya estaba anocheciendo cuando desperté. Había transcurrido un día entero desde mi noche más nefasta.

La más mínima sospecha de duda sobre mi experiencia, fue aplacada por el contenido del sobre que miss Carolina me había entregado. En una noche había ganado más dinero que en un mes con mi trabajo como recepcionista. Todo el día sopesé los pros y los contras de mi nueva situación y la balanza siempre caía del mismo lado: dinero.

Aquella noche invité a las chicas a cenar. Ellas no podían sospechar nada, pero se trataba de mi despedida secreta. Había estado mirando algunos pisos en una agencia inmobiliaria, estaba dispuesta a alquilar el más bonito que encontrase en el mejor barrio de toda la ciudad. En cuanto dejase el piso que compartía con ellas, tendría que decirles adiós para siempre.

De nuevo, mi lado frío y pragmático se impuso dejándome atónita al comprobar, una vez más, mi gran facilidad para romper vínculos emocionales y no mirar atrás. Mis sentimientos nunca han sido una prioridad, mi bienestar siempre ha estado por

encima y el único modo de estar bien ha sido rodearme de lujos y comodidades. Siempre ha sido el único modo de encontrarme satisfecha y en paz. El caso es que el recuerdo de Rita, Concha y Mercedes pude enterrarlo en una capa profunda de mi memoria, donde rara vez me importunan, como a ti. Lo siento, supongo que soy extremadamente egoísta, he de reconocerlo, sé que no está bien, pero de no haberlo hecho así, siempre me habría arrepentido.

Poco a poco, me convertí en la chica estrella de miss Carolina. Tenía siempre la agenda llena y ganaba mucho más dinero del que nunca había osado imaginar. Notaba que estaba orgullosa de mí. Yo era una joven exquisitamente bien educada y con “*mucho mundo*”, como solía decir.

Una creciente complicidad creció entre nosotras. Llegué a conocerla muy bien. Solíamos comer juntas para organizar fiestas con los clientes o eventos donde se contrataban nuestros servicios. A esa hora comenzaba nuestra jornada laboral. Ella contaba con un creciente ramillete de chicas, pero siempre me decía que le recordaba mucho a ella en su juventud y al final me gané su plena confianza. Muchas veces, ella llegó a ser como una madre para mí. En sus ojos no encontraba los continuos reproches que siempre me había dirigido Consuelo y sentía que su aprecio era sincero. Me conmovía la relación que teníamos.

Miss Carolina había nacido con todo en contra en la vida para triunfar: nació en un pequeño pueblo de pescadores a orillas de la Costa de la Muerte en Galicia. Su padre era pescador y su madre pasaba los días arreglando redes y trabajando duramente en su casa. Desde muy niña, tuvo claro que su destino debía alejarla de allí o moriría de desolación.

A los diecisiete años, cruzó la frontera y se trasladó a Oporto. Unos familiares habían abierto allí una taberna gallega y comenzó a trabajar con ellos, sin parar de escudriñar en su cerebro una salida hacia un futuro mejor. Era consciente de que solo tenía una cosa a su favor: su belleza, que mezclada con su innata elegancia, la hacían sobresalir del resto de las chicas. Sabía que era la única carta buena que le habían repartido y estaba dispuesta a explotarla al máximo para conseguir prosperar.

Unos meses después de su llegada, Oporto se llenó de gente. Daba comienzo la construcción del mayor puente de arco de hormigón armado del mundo. El puente de la Arrábida, que cruzaría majestuoso el Duero, con sus 2.016 metros de longitud.

Entre toda la gente que llegó a la ciudad, para la edificación de la estructura, se encontraba un joven y prometedor arquitecto que trabajaba en el equipo de Edgar Cardoso, el ingeniero portugués encargado de la obra. Robert Severin estaba en el último curso de la carrera de Arquitectura, cuando un profesor amigo de Cardoso le consiguió un puesto como becario. Robert no podía ni imaginarse que se convertiría en objeto de toda la ambición de la joven gallega, cuando traspasó una mañana de abril, el umbral de aquella taberna en la orilla del río.

Carolina no tuvo que esforzarse en fijarse en él pues en esos momentos era el único cliente que vestía de manera diferente en la bulliciosa taberna y resaltaba entre los obreros como una rosa en un campo de cardos. Llevaba una elegante camisa azul cielo, parapetada en una chaqueta de fino tweed, que le confería un aire distinguido, y pantalones marrones a juego con unos lustrosos zapatos.

Como una exhalación, Carolina subió al piso de arriba, donde había un espejo y guardaba algunas cosas de aseo. Se recompuso lo mejor que pudo y bajó cada uno de los escalones, intentando apresuradamente diseñar un plan para que el muchacho se



fijase en ella y haciendo caso omiso a la mirada reprobatoria de su tío, que la observaba desde el otro lado de la barra.

Rápidamente, se colocó frente a Robert con su mejor sonrisa, obviando las protestas de otros clientes a los que había ignorado completamente y saludó:

—Buenos días, ¿qué le gustaría tomar? —preguntó con una radiante sonrisa.

—Oh... bueno —titubeó el muchacho en un horrible portugués—. ... *that* —dijo señalando un succulento plato de estofado, que humeaba en la mesa de otro cliente.

Carolina le sonrió mostrándose complacida, intentando disimular su consternación. Para una vez que un chico bien vestido se acercaba a la taberna, era inglés. No poder comunicarse con él fluidamente, disminuiría enormemente sus opciones para coquetear, y no digamos las de insinuársele sutilmente.

La muchacha, se acercó a la barra para hacer su comanda y su tío la apremió para que atendiese rápidamente a todos los clientes con un ladrido imperativo. Carolina no se inmutó, su tío era de los que solían echar espuma por la boca, con improperios, descalificativos y amenazas, pero jamás tomaba ningún tipo de represalia. Atendió a los comensales que se encontraban en las inmediaciones del inglés, intentando rozarle levemente cada vez que pasaba a su lado, con el fin de que se fijase en ella. Cuando el estofado estuvo listo, se lo sirvió con un generoso vaso de vino tinto y pan recién horneado.

—Aquí tiene, listo para comer.

— ¡Oh, *obrigado!* —repuso el muchacho sin vacilar, consciente de que era la única palabra en portugués que dominaba.

Carolina clavó sus ojos en los suyos, intentando hacerle comprender con la mirada que le gustaba, pero en una milésima de segundo, toda la atención del inglés se centró en devorar el plato que tenía delante, ignorándola por completo. En ese momento, la frustración se abrió camino en sus entrañas, pero ella era tremendamente tozuda y no se rendía ante el primer revés.

Cuando vislumbró que el chico había terminado y rebañado su plato, síntoma de que le había gustado, Carolina le puso delante un cuenco con las esponjosas y dulces natillas que hacía su tía y que de entre todos los postres, eran sus favoritas. El chico le sonrió y la miró durante un buen rato.

A partir de ese día, Robert Severin se convirtió en un asiduo cliente y solía comer y cenar en el cálido y acogedor local. Ponía en práctica sus progresos con el portugués con Carolina y la hacía partícipe de los descubrimientos arquitectónicos que hacía en la ciudad, llevándole fotografías o postales de los sitios que visitaba en su tiempo libre. Hasta que un día, transcurridas dos semanas, reunió el coraje suficiente y le pidió que lo acompañara al cine. Carolina, por supuesto, aceptó la invitación encantada. Al fin sus esfuerzos por conquistarlo daban sus frutos.

Carolina era una chica simpática y risueña que había hecho su estancia en Oporto mucho más agradable de lo esperado. Siempre lo esperaba con una sonrisa y se encargaba de servirle los mejores platos en la taberna, cuando tenía ocasión halagaba

su trabajo y se enorgullecía al pasear con ella por la calle. Ella era la chica más bonita que había conocido nunca y, aunque tenía pocos recursos, la impregnaba una elegancia innata que la hacía resaltar allá donde fueran.

Así comenzó lo que parecía un inocente romance de verano para Robert y una oportunidad de oro para Carolina, que consiguió que aquel inglés le sirviese su corazón en bandeja. Ella le enseñó placeres ocultos, que hasta la fecha, no había tenido oportunidad de experimentar. Siempre había estado enfrascado entre sus libros y su pasión compartida entre las maquetas y el criquet. Nunca había salido con chicas y desconocía por completo el cuerpo de una mujer desnuda, hasta que Carolina comenzó a visitarlo en la pensión en la que se hospedaba, a escondidas de los ojos de la patrona que la regentaba.

Los días pasaban y la complicidad entre ellos crecía, pero pronto la sombra de una trágica despedida se coló entre su amor, lo que provocó que Carolina redoblara sus esfuerzos por enamorarlo. El verano concluía y Robert debía regresar a Inglaterra, para comenzar su último curso en la universidad.

—Te escribiré todos los días —le dijo el muchacho ante la cara de disgusto de la joven.

—Eso dices ahora, pero en cuanto pongas un pie en Inglaterra te olvidarás de mí.

Robert no entendió muchas de las palabras de queja de su novia, pero captó la esencia del mensaje, como solía pasarle. La envolvió entre sus brazos, intentando aplacar su enfado y notó cómo crecía su excitación. La cubrió de caricias y ella se dejó hacer, hasta que terminaron sudorosos encima de la pequeña cama abrazados.

Robert no quería que aquello acabara, deseaba tenerla siempre así, acurrucada en su pecho, notando como su respiración se volvía cada vez más pausada, hasta caer en un agradable sueño. Podría quedarse en aquella habitación para siempre... Ese pensamiento le evocó instantáneamente a sus padres y aquel momento perdió toda la magia que lo había impregnado hasta entonces.

Su madre era profesora de Matemáticas en un pequeño colegio a las afueras de Londres y su padre trabajaba en un banco del centro. No estaba muy seguro de cómo encajarían su relación con Carolina, por eso todavía no les había contado nada. En su cabeza había imaginado una y otra vez el momento en el que les relataría que estaba perdidamente enamorado de una española y que quería pasar el resto de su vida con ella. Lo tenía todo pensado, tan solo debía terminar su carrera y encontrar un trabajo, para poder mantenerlos, entonces, ella se trasladaría con él. Imágenes de un futuro reconfortante y feliz se abrieron paso en su mente y se durmió con una sonrisa empapada de ilusión.

Faltaba tan solo una semana para que Robert partiera y no había logrado quedarse embarazada, pese a sus esfuerzos. Se sentía desolada. Carolina miró otra vez por la ventana como buscando alguna solución. No podía dejarlo partir. Una vez en su país, su recuerdo se iría desdibujando y sus ardientes promesas se difuminarían en su cabeza, hasta recordarla tan solo como una bonita anécdota que contar a sus amigos.

Aquella noche, Robert iría a buscarla después del trabajo. Su cabeza giraba y giraba, ya solo le quedaba limpiar el gastado suelo y estaba colocando las sillas sobre las mesas, cuando se le ocurrió. Notó su corazón acelerándose y recobró un intenso calor que había desaparecido en los últimos días. Terminó su tarea sin prestar mucha atención y subió a acicalarse lo mejor que pudo. Tuvo que poner un gran empeño en disimular su sonrisa y bajó al encuentro de Robert con el rostro más compungido que fue capaz de componer.

El muchacho corrió hacia ella y la abrazó.

—Te he echado de menos, pasar las horas sin ti es una auténtica tortura —le dijo en inglés.

Carolina solo entendió el comienzo de la frase, pero lo abrazó y le dijo que tenían que hablar. Ella se había revelado como una excelente alumna de inglés, su facilidad para aprenderlo era pasmosa, tan solo tenía que estar atenta a las explicaciones de Robert para captar todo lo que el muchacho le enseñaba. Sus progresos habían sorprendido gratamente a Robert, pues superaban con creces los suyos con el portugués y el español.

Él la miró intentando comprender qué era lo que la preocupaba, aunque supuso que se trataba una vez más de su marcha.

—Estoy embarazada —soltó tocándose la barriga, para que a Robert le quedara claro su mensaje.

El chico palideció de repente y por un momento pareció que se iba a derrumbar, pero tomó aire y logró a duras penas guardar la compostura, ante la escrutadora mirada de Carolina.

Su vida acababa de dar un giro completo y sus planes de futuro habían estallado en mil pedazos, pero cuando se recompuso de la sorpresa, no tardó en vislumbrar lo que debía hacer. Sus padres lo habían educado en férreos principios, así que se arrodilló y cogiendo la mano temblorosa de ella, le pidió que se casase con él.

Una semana más tarde, la pareja de prometidos partía hacia Londres. Robert había avisado de la llegada de Carolina mediante un telegrama, quizás fuese mejor así... A sus padres no les quedaría más remedio que hacerse a la idea.

Carolina había conseguido por fin la oportunidad que tantas veces le había pedido a la vida, ahora se había convertido en miss Carolina Severin. Sus suegros la acogieron en el seno familiar con grandes reticencias, pero pronto, ella se hizo un hueco en aquella sociedad que la miraba con recelo. Era tremendamente despierta, aprendió inglés rápidamente y encontró trabajo como dependienta en el centro de Londres, un empleo temporal hasta que Robert concluyera sus estudios.

Se casaron en una ceremonia íntima en la parroquia que frecuentaban los Severin desde hacía décadas y dos semanas después, fingió un aborto. Gracias a la discreción de su ginecólogo, pudo ocultar su incapacidad para ser madre.

No obstante, fueron unos años felices para ambos. Robert terminó la carrera y encontró trabajo como arquitecto en una empresa que se dedicaba a la construcción

de obra pública. Gracias a su esposa, que se encargaba de agasajar a las mujeres de sus compañeros y jefes y organizaba fiestas como nadie, ascendió mucho más rápido que el resto de sus compañeros.

Los padres de Robert que, en un principio, habían acogido a la muchacha con bastante desconfianza, ahora estaban encantados. Carolina era muy cariñosa e inteligente, se había amoldado a ellos de una manera tremendamente natural y veían cómo se esmeraba cada día por hacer feliz a su hijo. Ella tenía todas las aptitudes de las que carecía su hijo para triunfar: era muy despierta, ambiciosa y tenía un don para desenvolverse con soltura ante cualquier situación. Todo ello, unido a su fascinante elegancia, hacía de ella una mujer única, con la que su hijo a buen seguro prosperaría.

En un año, la pareja dejó el pequeño apartamento que habían alquilado en el mismo barrio que los Severin, para trasladarse a un piso mucho más lujoso en el centro de Londres. Se habían hecho un hueco entre un selecto grupo de parejas jóvenes de la ciudad, con una enorme proyección: médicos, abogados, banqueros... Lejos de sentirse cohibida, debido a su falta de formación y sus humildes orígenes, miss Carolina se sentía como pez en el agua junto a ellos. Organizaba cenas, participaba en actos benéficos... Había conseguido por fin lo que había ansiado toda su vida. Su pueblo y su vida en Oporto pronto formaron parte de unos desdibujados recuerdos, que ella se afanaba por desterrar.

Miss Carolina se rodeó de un nutrido grupo de mujeres que la adoraban por su estilo, siempre le pedían ayuda a la hora de ir de compras o para la decoración de sus casas... Las mismas que le dieron la espalda unos años más tarde, cuando empezaron los problemas.

Robert era un erudito, siempre estaba enfrascado en sus libros y planos, para él era muy cómodo dejar en manos de su mujer las relaciones sociales y encerrarse en su despacho a trabajar. Rápidamente, se dejó llevar por la placentera vida que le ofrecía Carolina, ella se ocupaba de la casa, de comprarle la ropa y de cualquier cosa que lo incomodara. Realmente vivía en una burbuja de sosiego.

Carolina no lo vio venir. Normalmente, era ella la que se ocupaba de la economía de la casa. Gracias a ella y su prodigiosa mente, lograban ahorrar algo de dinero todos los meses, aun viviendo sin estrecheces. El día que su marido le anunció que había invertido gran parte de sus ahorros en la nueva empresa de uno de los socios del despacho de arquitectos, tan solo vio una oportunidad para sacarle el mejor partido a su dinero. Conocía al nuevo socio de su marido, era un nombre respetable, que hacía negocios sin parar y que, dado el tren de vida que llevaba, debía irle realmente bien. Al principio, miss Carolina se asombraba del gran rendimiento de su inversión. Su marido estaba henchido de orgullo, prácticamente estaban ganando una fortuna sin hacer nada, lo que lo animó a arriesgarse e invertir mucho más capital... Hasta que aquella burbuja les estalló en las narices y lo perdieron todo.

Robert no logró afrontarlo, Carolina se lo encontró muerto una tarde en el garaje de su casa, asfixiado por el monóxido de carbono que emanaba del tubo de escape de su coche. La había dejado sola, en un país extraño, con numerosas deudas y un vacío

infinito en el corazón. Pero si algo tenía claro, es que de algún modo, ella saldría adelante como siempre lo había hecho.

Pronto, comenzó a ver como sus amistades la rehuían, sus amigas ponían excusas absurdas para no coincidir con ella cada vez que las llamaba. Se dio cuenta de que tenía que reaccionar a tiempo o se hundiría. Todavía tenía numerosos contactos y logró ser invitada a algunos eventos. Ella era consciente de sus encantos y sabía utilizarlos. Así, miss Carolina comenzó a fraguar su negocio. Cuando saldó todas sus deudas, se marchó de Londres y regresó a España, se instaló en Madrid y comenzó a construir su imperio. Primero, ella sola y más tarde reclutando chicas a las que dirigía y transformaba en auténticas meretrices profesionales.

Es curioso, Ingrid, cómo una ve las cosas con una perspectiva diferente con el paso del tiempo. Para mí, la década de los ochenta fue inmejorable. Mi vida era una sucesión de fiestas en los sitios de moda, cenas en los mejores restaurantes, compras en las fabulosas tiendas de lujo de la capital... incluso en ocasiones, me contrataban como acompañante en maravillosos viajes por Europa o Norteamérica... y solo ahora veo con claridad que fue el primer paso en firme hacia mi bajada a los infiernos.

Soportaba el sexo con mis clientes más repugnantes gracias a los barbitúricos, una medicación bendita que miss Carolina me suministraba en dosis industriales todas las semanas. Aguantaba reuniones maratonianas con los clientes más selectos gracias a la cocaína y aplacaba su efecto para poder dormir con Valium, todo regado con una ingente cantidad de alcohol, que, por aquel entonces, hacía aflorar la mejor versión de mí misma. Siempre tenía que enfrentarme con un vacío que se había instalado en mí, creciendo con los años al dejar Potsdam, pero se me daba bien aplacarlo, lo ignoraba llenando mi cabeza con las fantásticas cosas que me rodeaban.

Desde mi desengaño con Dieter, no he tenido otro amor en la vida a excepción del dinero, su poder siempre me ha embriagado. No solo por lo que puedes obtener de él, sino por la supremacía que te otorga. Experimentar esa superioridad sobre la gente que te rodea, sirviéndote y haciéndote la vida más fácil, creo que ése ha sido siempre mi anhelo. Me pone enferma la gente que asevera que el dinero no es importante, será porque nunca han carecido de él. Claro que es imprescindible.

Viví unos años de ensueño, el negocio de miss Carolina no paraba de crecer, dejando una estela cada vez más holgada de beneficios. En 1985, el negocio tuvo que ramificarse. Cada vez teníamos más clientes en la Costa del Sol. Muchos extranjeros, atraídos por el buen tiempo, optaban por fijar su residencia en Marbella y cada vez eran más las solicitudes de clientes que nos llegaban desde aquí.

Tuve que trasladarme. Alquilé una lujosa villa donde vivía y gestionaba la clientela bajo la supervisión de miss Carolina, que dividía su tiempo entre las dos ciudades, Madrid y Marbella. No tuvimos problemas para reclutar a las chicas necesarias, aunque tuvimos que hacer algunos esfuerzos para que aprendieran idiomas. Sobre todo, inglés.

Me acostumbré rápidamente a vivir con los lujos que mi nueva ciudad me reportaba. Tuve que prescindir de las ofertas culturales de la capital, pero a cambio descubrí a gente capaz de derrochar dinero en ingentes cantidades, cosa que me fascinaba. Todo aquí resultaba mucho más desmedido, ostentoso, a veces hasta rayar lo obsceno. Se gastaba dinero a manos llenas y yo me dejé llevar por todo eso, sin cuestionarme nada ni un solo segundo.

Fiestas, alcohol y drogas, esa fue mi vida durante muchos años. Nunca me paré a pensar... vivía desenfadadamente. Tenía la sensación que aquel pequeño universo era el centro del mundo y no se podía encontrar nada mejor. Veía como todas las personas de mi alrededor se dejaban también arrastrar.

Comprar en las mejores boutiques del mundo de Puerto Banús, cenar todos los días en los restaurantes de La Milla de Oro y terminar la jornada en las mejores fiestas del planeta... nunca me cansaba, jamás tuve suficiente, estaba rodeada de gente muy rica, pero yo había conseguido mirarlos de igual a igual. Me convertí en una mujer poderosa, pero insustancial, como todo lo que me rodeaba, pero cada vez que esa idea se pasaba fugaz por mi mente, la ahogaba en champán.

Una noche, debía ir a la Villa del Mar del Marbella Club. Crucé el camino desde el hotel hasta el extremo de la propiedad, enfundada en un fabuloso Versace. El cielo comenzó a oscurecerse y el aire estaba cargado de olor a jazmín. Se podían escuchar las olas susurrando a lo lejos, cuando llegué a la puerta de la casa que estaba entornada, lo que interpreté como una invitación para entrar. Mi cliente estaría aguardando dentro.

Todo estaba en silencio, me dio la bienvenida un majestuoso vestíbulo de mármol, en el que se podía apreciar cómo la arquitectura tradicional andaluza se fundía a la perfección con muebles modernos. Me quedé unos momentos embelesada, estudiando la lámpara de oro que colgaba del techo como observándolo todo, hasta que oí una voz familiar que me llamaba por mi nombre.

—Buenas noches, Ava. No ha sido fácil encontrarte, por suerte el mundo es un pañuelo.

La inconfundible voz de Bruno Colville, llegó hasta mí envuelta en mil recuerdos que me había afanado en desdeñar durante años y de repente me golpeaban dejándome paralizada.

—Siéntate, debemos hablar. No te preocupes, no he venido hasta aquí para ofenderte. Soy demasiado mayor para juzgarte. Hace tiempo, me di cuenta de que cuando una persona descubre cuál es su destino, nadie puede interferir en él, y no seré yo quien deba valorar tu estilo de vida. Quizás, si yo hubiese sido valiente, tu vida sería de otra manera... solo he venido a disculparme.

Estaba atónita. Noté como mis rodillas parecían convertirse en mantequilla, por lo que me senté frente a Bruno, todavía sin poder hablar. Los años habían abierto surcos en su piel y habían manchado su tez, pero seguía siendo un hombre con prestancia.

—Ava, el mundo ha cambiado, no sé si para bien o para mal, pero ya nada es como antes. Me cuesta cada vez más adaptarme y mi final se acerca. Ya solo me queda hacer examen de conciencia y pedirte perdón, hija —se justificó el hombre sin apartar sus ojos de mis reacciones.

Las palabras de Bruno me llenaban de sorpresa, pero mi cerebro me llevó a aquella noche cuando lo había visto hablar con mi madre en el cenador del jardín sobre mi educación. Todo cobraba sentido de repente. Aquella escena siempre había estado ahí, en mi cabeza, como la pieza clave de un puzle que esconde un mapa que te llevará al tesoro y que en ese momento, acababa de encajar.

En cierto modo me sentía aliviada, era algo que siempre me había sobrevolado, toda la vida. Ahora, cualquier atisbo de duda había quedado esclarecido. Hacía mucho tiempo que no pensaba en mi madre, aquella mujer recta e intachable había

tenido un amante, lo que hizo que sintiera una honda punzada de pena por el que había sido para mí mi padre, Francisco, el que me había cuidado y protegido durante toda la vida. No encontré resentimiento entre las emociones que experimentaba en ese momento, tan solo una creciente curiosidad.

— ¿Querías a mi madre? —pregunté clavando mis ojos en los de mi padre.

—Más que a nada en el mundo —logró decir ahogando un sollozo—. Y aún la sigo queriendo.

Nunca hubiese pensado que el señor Colville fuese capaz de derrumbarse ante una pregunta, pero el hombre que estaba conmigo en ese momento, era visiblemente vulnerable.

Los ojos de Bruno se llenaron de lágrimas al mismo tiempo que reflejaban dolor, su sufrimiento era palpable. Cogí una silla y me senté junto a él para cogerle la mano. Era un hombre deshecho, envenenado por los remordimientos.

—Tranquilo, por mí no tienes que preocuparte, lo entiendo.

—Tal vez, el problema ha sido ese, que nunca me he preocupado. Nunca he sido justo contigo, no tomé partido por vosotras, resultaba más fácil así. Ava, antes era todo diferente. En mi mundo había reglas no escritas por las que debías guiarte; si no lo hacías, perdías todo —conforme hablaba Bruno iba recomponiéndose, cada palabra parecía conferirle energía—. Tu madre y yo nos hemos querido siempre y hemos sido felices a nuestra manera, la única forma posible de hacerlo. El mundo entero se hubiese vuelto contra nosotros de no haberlo hecho así. Es una pena que descubras el auténtico significado de la vida, cuando estás a punto de perderla— suspiró Bruno— ahora que me voy, he llegado a la terrible conclusión de que he malgastado mucho esfuerzo en vano, de nada sirve la riqueza o todo lo que he ido acumulando durante toda la vida. Lo que he aprendido es lo único que me llevo, el amor que he cosechado y lo que he hecho por los demás. Esto es algo que no comprenderás hasta dentro de mucho, Ava, tu naturaleza es igual a la mía, te agarras a las cosas para sentirte bien, pero lo único que eso te reportará es una profunda insatisfacción.

Bruno hablaba ahora con voz firme, agarrado a su amor y capaz de defenderlo a capa y espada. Me contó toda la historia que había vivido con tu abuela y cómo había evolucionado su amor, pasional al principio y más sosegado y tranquilo después. Hablaba como si fuesen un matrimonio que ha pasado toda la vida entre rutinas. Bebí cada una de sus palabras, incorporándolas a mi propia historia... a nuestra historia.

Después de varias horas, por fin logré reunir el valor necesario y hacer la pregunta que me había acompañado durante numerosas noches en vela, cuando la soledad se cernía sobre mí y el alcohol no podía aplacarla, el centro del vacío con el que combatía a diario.

— ¿Cómo es ella?, ¿Cómo está?

Él me devolvió una mirada llena de ternura y comprensión, como si me hubiese entendido siempre y fuese capaz de justificar mis terribles actos.

—Ingrid es una mujer formidable, estarías orgullosa de ella.



No sé cuánto tiempo llevo escribiéndote, he perdido totalmente la noción del tiempo, lo mejor será continuar mañana, necesito dormir un poco y aclarar mis ideas...

Tal vez nunca debí empezar a escribirte, el ímpetu con el que empecé se ha ido resquebrajando, golpeado por los recuerdos. Mi vida ha quedado en nada, ya solo me quedas tú, y ni siquiera lo sabes.

Consuelo, esa mujer recta y secretamente ambiciosa, le había ganado una pequeña batalla al mundo establecido, a su jerarquía y su orden. Había sido la amante perpetua de un hombre rico y había engendrado una hija de él. Nunca se hizo público, pero estoy segura de que para ella fue motivo de orgullo, una hazaña secreta que atesoraba como un logro. Zelinda tenía dinero, pero solo eso, era una mujer vacía, incapaz de enfrentarse a la vida sin sus privilegios, un espíritu vacuo que sólo se satisfacía fútilmente con el azúcar. Ella tenía el respeto y el amor incondicional de Bruno, sabía que era capaz de sobrevivir en cualquier circunstancia y eso la llenaba de una sutil satisfacción que hacía que, en su interior, pudiera mirar a Zelinda y a las de su clase con altivez.

La noche en que descubrí mis orígenes también se alzó ante mí el vacío. Por primera vez, los remordimientos me invadieron y ya no tuve justificación alguna para enfrentarme conmigo misma, ni siquiera mipreciado dinero pudo salvarme... mi alma comenzó entonces a sucumbir.

Cuando vives en un mundo tan insustancial y material como el mío, es terrible envejecer, ver como siempre hay alguien detrás más joven, hermosa y preparada, dispuesta a ocupar tu puesto. Así es la vida, te va enseñando cosas que ya no te sirven cuando las has aprendido, pero que te hubiesen sido de gran ayuda al saberlas mucho antes. Nunca me preocupé por el futuro, supongo que siempre tuve la sensación de ser eterna, de que yo permanecería imperturbable en el tiempo.

Miss Carolina fue mucho más inteligente que yo y supo retirarse a tiempo. Nunca lo entendí muy bien hasta ahora. Hizo sus maletas y regresó a Galicia a retirarse. Recuerdo nuestra última conversación:

—Ha llegado la hora Ava —dijo mientras sostenía entre sus delicadas manos una taza de porcelana, mi última adquisición en uno de los numerosos anticuarios de la ciudad.

Estábamos sentadas junto a la piscina de mi casa. En uno de los laterales del jardín, había dispuesto unos sillones con una mesa de mimbre. La climatología era estupenda y raro era el día en que no se podía disfrutar de la brisa del mar, que llegaba hasta allí.

— ¿La hora? —pregunté risueña. Miss Carolina era una incansable trabajadora, siempre estaba organizando fiestas para promocionar a sus chicas, era responsable y tenaz, cualidades de las que yo he carecido toda la vida. Pensé que se trataba de algún evento importante.

—Voy a jubilarme. Estoy cansada, todavía me quedan unos años para viajar y dedicarme a mí. He ganado lo suficiente para retirarme del negocio, ya he visto demasiadas cosas, es hora de descansar.

Aquello me pilló por sorpresa, era la primera vez que me abandonaban. Ella era la que me guiaba, la que organizaba mi vida, se ocupaba de que siempre acudiera puntual a mis citas y de ordenar mis cuentas... No podía irse, sin ella estaría perdida.

—No, no puedes hacerme eso —ahogué en un susurro.

—Ava, esta vez no se trata de ti. Es mi decisión y sabías que llegaría tarde o temprano. Debes madurar, eres una mujer adulta, sabes cómo funciona el negocio. Quédatelo y vive de él, ya no tendrás que acostarte con hombres por dinero, tan solo tomar las riendas y seguir adelante. Es un regalo de despedida.

Cualquiera, en mi situación se hubiese sentido satisfecha, pero lo único que experimenté yo fue pánico. Miss Carolina era la única persona que me cuidaba, sabía que sin ella valía bien poco y enfrentarme a eso me sobrepasaba, no lo soportaría.

Mis quejas fueron en vano, ella partió un mes después, dejándome a cargo del negocio. Tuve que habilitar un despacho en mi villa, para albergar los papeles, contactos, proveedores y la responsabilidad que me legaba. Creo que ella no se dio cuenta de la verdad que yo había arrastrado toda mi vida. Yo era incapaz, aquello no iba a funcionar. Nunca había sido responsable de nada, siempre había huido de cualquier obligación.

No tardé mucho en derrumbar el imperio que me había cedido, comencé perdiendo a nuestros clientes más importantes: los saudíes. No había fiestas, ni casas, ni coches más lujosos que los de los saudíes, ellos controlaban el petróleo en Arabia y habían hecho de la Costa del sol su cuartel general para pasar las vacaciones. Con ellos era todo desmedido, eran capaces de dar desorbitadas propinas cuando estaban contentos, pero dejaban de contar contigo en cuanto algo no alcanzaba sus expectativas. Los defraudé a las primeras de cambio, era incapaz de organizarme, me abrumaba cualquier imprevisto y era incapaz de anticiparme a las demandas de mis clientes.

Para superar la pérdida de miss Carolina en mi vida, incrementé mi consumo diario de ansiolíticos. Tenía la cabeza todo el día embotada y me resultaba muy complicado concentrarme. La primera fiesta a la que fui convocada por los saudíes, fue un completo desastre de organización por mi parte y todas mis excusas fueron en vano, no volvieron a confiar en mí. A ellos se unieron, uno tras otro, todos los clientes que afanosamente había recopilado miss Carolina a lo largo de muchos años... Hasta quedarme sin clientes, sin chicas y arruinada.

Ya ni siquiera puedo mantenerme a mí misma, soy una drogadicta, alcohólica y una vieja a la que nadie quiere ni mirar. Lo peor de todo es que soy plenamente consciente de ello. Antes de verme en la calle, prefiero acabar con todo de la mejor manera que sé: como una cobarde, huyendo, pero esta vez, solo me dejaré atrás a mí misma.

Comencé a ver lo vacía que estaba cuando me di cuenta de mi soledad. Entonces, todos mis miedos, los fantasmas del pasado y mis cientos de errores irrumpieron en mi cabeza para no abandonarme jamás. Por eso, estoy aquí hoy, para deshacerme de ellos. Estoy cansada y ya no tengo fuerzas. He perdido la cuenta de los Valium que llevo y desconozco cuántos serán necesarios para olvidarlo todo y estar por fin en paz. Solo quiero descansar, irme sin mirar atrás, como siempre he hecho. Las pastillas me ayudan, hace mucho tiempo que no sé vivir sin ellas, puedo sentir cómo hacen que todo deje de importarme, cómo me trasladan a un estado mejor, me cobijan, me duermen, me mecen...

Ya solo me queda pedirte perdón, es insensato excusarse en mis circunstancias y nunca he caído en la autocompasión, asumo mis errores. Tomé una decisión errónea, pero quizás fue lo mejor que he podido hacer por ti. Siempre he sido una egoísta y arrastrarte conmigo hubiese sido mucho peor.

Espero que no hayas heredado mi absoluta incapacidad para hacerse responsable de algo, nunca he podido cuidar de nada ni nadie, ni siquiera de mí misma. Siempre he dejado que los demás lucharan por mí y yo los he ido decepcionando uno por uno.

No sé si todo esto llegará algún día a tus manos, lo he dispuesto todo para que sea mi madre la que decida. Al menos, ella se merece eso, ha tenido que sufrir más que nadie mis errores.

Me he cuestionado muchas veces si somos lo que nos marcan nuestros genes o el fruto de la influencia de nuestro entorno. No soy experta en genética ni en psicología, pero en cualquier caso, espero llevarme conmigo mi pernicioso herencia. Tan solo yo soy culpable de mis decisiones.

Espero que mi legado se ciña a la oportunidad que te brindé de vivir sin mí, ahora sé que fue lo mejor. Mi alma, al igual que mi cuerpo, están hechos jirones, imposibles de recomponer.

Por eso, lo mejor es decir adiós...

## SEGUNDA PARTE

### INGRID

#### 2016, Berlín

Esa mañana, Ingrid se levantó con un ligero dolor de cabeza, seguramente provocado por sus problemas de cervicales. Fue a la cocina en busca de algún antiinflamatorio y café, para poder afrontar la dura jornada que le esperaba.

Sus hijos engullían su desayuno sin mirarse el uno al otro, absortos en sus teléfonos móviles casi sin pestañear. Ella les dio los buenos días, pero no obtuvo respuesta. Berta y Derek eran unos auténticos desconocidos, habían dejado de ser unos niños adorables, para convertirse en unos adolescentes independientes e inquietantes, que solo la requerían cuando necesitaban algo, por lo general, dinero.

Sintió un latigazo de remordimiento. No sabía en qué punto había fracasado como madre. Se había esforzado tremendamente cuando eran pequeños. Había sido muy duro compaginar su vida profesional con la crianza, pero se había sentido satisfecha con los resultados. Por más vueltas que le daba, no comprendía cómo aquellos pequeños angelitos se habían convertido en personas hoscas y malhumoradas, que la derrotaban por completo con cada desplante que le hacían. Se había dado por vencida; estaba demasiado cansada para enfrentarse a ellos y eso la hacía sentir desolada. Había aprendido a superar ese sentimiento que la devastaba pensando en la faceta de su vida más satisfactoria: el trabajo. Era consciente de que se escudaba en él para no afrontar su completa inutilidad para establecer límites... Sentía que ya era demasiado tarde. Sus hijos se sublevaban continuamente y ella había perdido el control. Se repetía a sí misma, como si de un mantra tranquilizador se tratase, que la adolescencia es una etapa complicada y todo pasaría tarde o temprano, así que debía centrarse en lo que mejor se le daba y dejar que la vida siguiera su curso. Sí, en el fondo le frustraba darse cuenta de que se había rendido.

Ingrid nunca había sido ambiciosa, pero trabajaba bien y eso le había reportado numerosos ascensos. Era famosa por sacar a la luz numerosos casos de fraude y desenmarañar auténticas obras de ingeniería fiscal, cuyo cometido eran desfalcos al erario público. Era muy tenaz, paciente y laboriosa, cualidades que la hacían muy valiosa en el ministerio de Hacienda. En esos momentos estaba inmersa en la mayor investigación de toda su carrera. Tenía a sus órdenes a ocho funcionarios que la ayudaban a destapar un inmenso entramado de empresas que se dedicaban al blanqueo de capitales. El caso salpicaba de forma directa o indirecta a un buen número de empresarios, políticos y famosos, por lo que había crecido vertiginosamente la expectación mediática en torno a él. Eso, lejos de amedrentarla, la empujaba a comprometerse aún más con la investigación. Era plenamente consciente de que había cientos de ojos posados sobre su trabajo, escrutando todos y cada uno de sus movimientos.

Esa mañana, tenía una reunión con la Fiscalía, con la que trabajaba coordinadamente y más tarde, debía dar una rueda de prensa sobre los nuevos datos

que había recabado. Ésa, sin lugar a dudas, era la parte que más odiaba de su trabajo. Aborrecía tener que exponerse a las cámaras, pero era necesario si quería que sus objetivos se pusieran nerviosos y comenzaran a cometer errores. Ella estaría allí, aguardando, como un halcón esperando pacientemente para caer sobre su presa, implacable.

Sus hijos la hacían sentir una honda frustración y con su trabajo experimentaba un gran orgullo. En el punto medio de esa dicotomía se hallaba su matrimonio. Johann no le daba frío y mucho menos ya calor. Cada vez tenían menos cosas en común y se limitaban a convivir en paz, tratando de esquivar continuamente los conflictos, lo que lograban interactuando lo menos posible.

Se había sentido estafada durante muchos años. Ella era una mujer independiente, que pertenecía a una generación de mujeres trabajadoras, formadas y que siempre se había esforzado igual que sus congéneres masculinos por labrarse un futuro laboral y personal prometedor. Siempre había pensado que las desigualdades eran cosa del pasado, de sociedades retrógradas, que ya no tenían sentido en el presente en el que vivía... Hasta que creció, se independizó y la realidad cayó sobre ella con todo su peso.

Comenzó a entreverlo en el trabajo. Ella debía esforzarse más que los hombres para hacer méritos y destacar. No se la trataba igual, era algo casi imperceptible, sutil, pero ahí estaba. Lo más aterrador, lo que la consumía de frustración, apareció cuando comenzó a compartir su vida con Johann. Al principio, lo tomó como pequeños defectos sin importancias, descuidos nimios de alguien que tiende al desorden. Estaba enamorada y no le importó hacerse cargo de la mayoría de tareas de la casa. Vivían en un precioso ático soleado en el centro de Berlín, era su primer hogar y le gustaba cuidarlo con mimo, mantenerlo ordenado y flamante. Cada vez que entraba, se sentía en casa, protegida y feliz.

Los domingos hacía limpieza poniendo todo su cariño, sintiendo el refuerzo de verlo todo en orden. Pronto descubrió que a Johann tanto le daba, era incapaz de valorar su dedicación, incluso comenzó a comprender atónita, que él era incapaz de distinguir el antes y el después de su trabajo. El desasosiego comenzó a crecer conforme su relación avanzó y llegaron los hijos. Se mudaron a las afueras, para poder vivir en una casa más grande, acorde con sus nuevas necesidades y fue en ese momento, cuando ya no pudo continuar sin reconocer la verdad: por mucho que el mundo se empeñase una y otra vez, en recalcar que vivían en una sociedad moderna e igualitaria, era mentira, la habían engañado.

Ella era la que se encargaba de mantener todo limpio y en orden, la que sabía lo que hacía falta a la hora de ir a la compra, la que organizaba las comidas, la que sabía cuándo había que vacunar a los niños, la que se pasaba las noches en vela cuando estaban enfermos, la que sabía lo que tenían que llevar cada día al colegio en sus mochilas, la que hablaba con sus profesores, la que planificaba las actividades extraescolares... Y así hasta completar una interminable lista de tareas.

Mientras los niños fueron pequeños, hizo un enorme trabajo de organización, donde cada día se enfrentaba con numerosos obstáculos, que lograba superar

magistralmente a costa de su tiempo y numerosos sacrificios, pero era madre, era lo que se esperaba de ella, era lo que más le importaba en la vida y lo que más satisfacciones le reportaba.

Al principio se había enfurecido, había discutido una infinidad de veces con Johann, argumentando que aquello era totalmente inaceptable e injusto. Los dos trabajaban, los dos contribuían económicamente, la casa era de los dos y los niños también, pero ella se tenía que hacer cargo de todo y él podía disfrutar de su tiempo libre sin ninguna preocupación o simplemente quedarse durmiendo muchas más horas los fines de semana, mientras ella tenía que poner una lavadora tras otra, ¿Por qué?

Lejos de arreglar la situación, las peleas solo hacían crecer su desazón y minar su matrimonio. Ingrid miraba a su alrededor y la escena se repetía una y otra vez como si fuese una maligna bacteria que había terminado por invadirlo todo. Sus amigas, sus vecinas, sus compañeras de trabajo se quejaban de lo mismo. Encontraba en ellas los mismos sentimientos que a ella la enervaban de pura frustración, ante aquella clara injusticia, pero ninguna tenía la solución. Llegados a ese punto, parecía que solo había dos direcciones totalmente contrapuestas que tomar: podía aceptarlo y llenarse de resignación o podía divorciarse y romper con todo, pero conforme avanzaba, se daba cuenta de que no era un problema con Johann, era un tremendo dilema con los hombres en general. No sabía si era una cuestión genética, social, de educación o moral, pero algo no funcionaba.

Los viernes por la tarde solía ir a la residencia de ancianos donde vivía su abuela Consuelo. Contaba con noventa y cinco años, pero tenía una lucidez y claridad de pensamiento envidiables. Era consciente de que utilizaba esas visitas como si se tratara de una terapia. Consuelo y ella escogían una de las mesas soleadas que daban al jardín plagado de flores para acomodarse y durante los siguientes minutos, hablaba de todos los problemas que tenía y las inquietudes que la acechaban. Compartir sus avatares con ella era liberador, Consuelo la escuchaba pacientemente y la aconsejaba.

Su abuela siempre había sido un pilar fundamental en su vida, había estado a su lado y la había guiado. Su madre había perdido la vida al darla a luz. Su padre era un buen hombre, pero se había sentido desbordado por la situación y no le había importado que Ingrid fuera criada por sus abuelos.

Alaric había rehecho su vida con otra mujer y había tenido otros hijos. Si bien Ingrid los conocía y en un principio todo el mundo se había esforzado en establecer relaciones fraternales, lo cierto era que apenas tenían contacto. Ni siquiera coincidían en reuniones familiares. La última vez que había visto a sus hermanastros, fue cuando había acudido al hospital a ver a su padre tras un infarto. Nunca había albergado por Alaric los mismos sentimientos que por Francisco, al que consideraba su auténtico padre, al igual que consideraba a Consuelo una madre. Su abuela se había volcado en su educación y en proteger a Ingrid de todos los males del mundo, había volcado más amor en ella que en ningún otro ser del mundo, adoraba a su nieta.

—Mamá, la semana que viene es la graduación, necesito dinero para el vestido—exigió su hija Berta, disipando sus pensamientos, en los que se había quedado absorta.

—Claro, podemos ir el viernes al centro a mirar cielo.

Berta desvió la mirada de la pantalla de su teléfono por primera vez, y clavó una mirada furibunda en su madre.

—Necesito dinero, voy a ir a comprarlo con mis amigas —replicó.

—Entiendo —suspiró Ingrid, mientras sostenía una taza de café entre sus manos, en un vano intento de que su calor la traspasara y logrará aplacar el frío que le transmitía su hija. Sopesó sus opciones: podía dejarlo pasar y darle a su hija lo que reclamaba o enzarzarse con ella en una desagradable disputa, que acabaría con ella igualmente derrotada y malhumorada. Optó por lo primero y se dispuso a buscar su bolso... bastantes preocupaciones tenía ese día.

Johann bajó las escaleras ojeando su tableta. Se cruzó con él, pero ninguno de los dos hizo amago de dar los buenos días. Ingrid le dio cien euros a su hija y se apresuró a recoger los cacharros del desayuno, limpiar la encimera y cargar el lavavajillas. Debía darse prisa si no quería llegar tarde. Justo cuando abría la puerta de la calle, escuchó como su marido la reclamaba:

—Ingrid, necesito mi traje azul para el viernes, vienen los jefes y es la presentación del nuevo fármaco.

Ella arqueó una ceja en señal de asentimiento.

—Lo recogeré de la tintorería cuando regrese a casa, espero que siga abierta a esas horas. Hoy tengo mucho lío.

Johann no terminó de escuchar a su mujer, desvió su mirada hacía las últimas noticias que descansaban en la tableta y regresó con cierta parsimonia a la cocina, sin darse cuenta, de que llenaba toda la encimera que acaba de limpiar Ingrid, con las migajas de la tostada de su desayuno.



Ingrid repasó mentalmente mientras conducía, algunos puntos de especial relevancia, que debía dejar completamente aclarados en su reunión con la fiscal. Había estado preparando minuciosamente el encuentro, no podía permitir que quedaran cabos sueltos. Llovía, por lo que el tráfico era más lento de lo habitual. Se maldijo a sí misma por no haber salido un poco antes de casa, lo que provocó que sus pensamientos se centrasen en Johann. Hacía ya mucho tiempo que él había dejado de interesarse por sus asuntos y ya nunca le comentaba nada, pero para ser totalmente honesta consigo misma, reconocía que a ella los suyos, tampoco le importaban.

Johann era químico y trabajaba en un laboratorio farmacéutico. Antes de que nacieran los niños, Johann solía explicarle los pormenores de sus investigaciones y ella solía esforzarse por mostrar cierto interés, pero en esos momentos, no tenía ni la más remota idea de en qué estaba trabajando. Cuando no estaba encerrado en su laboratorio, podías encontrarlo en el Golf Und Land Club Berlin Wannsee. Ingrid solía afirmar que su marido pasaba allí más horas que en su propia casa. El golf y pasar tiempo en el club con sus amigos, era todo lo que Johann pedía a un fin de semana perfecto.

Por fin, llegó al centro de Berlín y se dirigió al Ministerio. A pesar de llevar consigo su paraguas, notó como el viento y la lluvia arruinaban su pelo.

—*Perfecto* —pensó—. *Justo lo que necesitaba hoy*. Comprobó que aún tenía unos minutos antes de su cita y se dirigió al cuarto de baño de la primera planta para recomponerse. Lo que vio delante del espejo la llenó de desolación, supuso que era por la potente luz, pero delante de ella había una mujer pálida, de rostro cansado y sin vida, en el que unas incipientes arrugas le recordaban que debía decir adiós a su juventud. Su pelo estaba aplastado y no tenía manera de darle algo de forma, suspiró con resignación para sus adentros y reconoció con resignación:

—Es lo que hay.

Al concluir la reunión, fue con su equipo a la sala de prensa. Las anodinas sillas rojas, estaban ocupadas en su totalidad por periodistas, que se removían inquietos en ellas, esperándola con sus portátiles impacientes, aguardando a que sus dueños comenzaran a escribir y centenares de preguntas esperando a ser formuladas. Ingrid notó como el miedo quería apoderarse de ella, pero había hecho aquello ya el número suficiente de veces como para alejarlo y salir airoso. Después del primer deslumbramiento de los focos, agradeció su presencia, gracias a ellos no vería el rostro inquisitivo de los periodistas. Expuso los pormenores del caso y contestó a todas las preguntas una a una, lo que hizo que la comparecencia de prensa se le antojara eterna. Corrió a refugiarse unos minutos a su despacho tan pronto como terminó, agradeciendo que los profesionales de los medios de comunicación aparecieran y desaparecieran con la misma premura.

Necesitaba un descanso, se alegró de que Anna asomase la cabeza detrás de la puerta y le llevara una café y un sándwich.

— ¡Bendita seas!, justo lo que necesitaba.

—No creas que lo traigo de forma desinteresada, necesito hacerte unas preguntas sobre un expediente. He visto la rueda de prensa, parecías la señorita Rottenmeier—dijo la mujer divertida—. Quien no te conozca pensará que eres una estirada.

—Pasa, nos tomamos tranquilamente el café y luego te aclaro lo que necesites, pero dame un minuto. Si no doy una imagen seria, los medios dirán que soy incapaz de llevar la investigación y que el Ministerio ha puesto a una novata inepta al frente del caso. Prefiero que me tomen por una sargenta, además con los periodistas no puedes ser simpática, enseguida comienzan a tomarse confianzas que no les has dado.

—El caso es mucho más gordo de lo que habíamos previsto...

—Y que lo digas, todavía nos queda mucho por investigar —apuntó Ingrid pensativa.

—Cambiamos de tema, este es tu descanso y hoy te lo has ganado con creces, yo no sería capaz de articular palabra delante de tanta gente. Además, tengo que contarte algo.

—Dime.

—He conocido a alguien —expuso Anna con una maquiavélica sonrisa.

Anna era la mejor amiga de Ingrid en el Ministerio. Las dos entraron a trabajar a la vez y durante muchos años estuvieron en el mismo departamento. Ambas tenían hijos de edades similares y habían compartido confidencias desde el primer día, se entendían a la perfección. Hacía un año que Anna había decidido poner fin a su matrimonio y después de pasarlo bastante mal, parecía que iba levantando cabeza

— ¿Por Internet?

—No, ya estoy escarmentada, ni se me ocurre volver a tener una cita cibernética —respondió Anna agitando sus manos con vehemencia—. Es el entrenador de baloncesto de Ernest.

— ¡Venga ya! —exclamó Ingrid sorprendida.

—Lo conozco desde hace años, pero nunca me había fijado en él. Lo cierto es que me sorprendió mucho que me invitara a salir.

Ingrid comprobó cómo los ojos de Anna brillaban por la emoción. Se alegró profundamente por su amiga, era una mujer increíble y se merecía que las cosas le fuesen mejor.

—Me alegro muchísimo, espero que salga bien.

—De momento, no quiero nada serio, pero me vendrá de perlas para distraerme. Será un alivio que alguien me preste atención para variar.

—Sí, debe de ser toda una novedad—repuso Ingrid sarcástica

— ¿Qué tal con Johann?

—No lo sé, supongo que igual, hemos llegado a un punto en el que no creo que nuestra relación vaya a evolucionar mucho. Los dos nos hemos cansado... —suspiró.

—La crisis de los matrimonios llega cuando la relación empieza a ser indiferente. En el amor hay numerosas fases, mientras te esfuerzas por seguir, todavía hay esperanza. Lo malo es cuando llegas un punto en el que te da igual... Te dejas llevar por la inercia, utilizando numerosas excusas para engañarte a ti mismo, la hipoteca, los hijos... cualquier excusa es válida para convencerte a ti misma de que debes seguir ahí, aguantando, porque es lo correcto. Pero, en realidad, lo único que pasa es que es lo más fácil. Seguir ahí, alimentando una rutina que acabará devorándote el corazón, hasta que languideces y te das cuenta de que es lo que te mereces, por no haber reaccionado a tiempo.

—Suenas devastador —repuso Ingrid, intentando poner cierta distancia con las palabras de su amiga. Estaba saturada y no podía pensar con claridad en ese momento.

—No te estoy diciendo que vayas a encontrar la felicidad divorciándote. La felicidad no está ahí afuera. Está en ti y en cómo te enfrentes a la vida. Podrías divorciarte y seguir deprimida o hacer de tripas corazón e intentar arreglarlo todo, luchar por un matrimonio feliz. No sé cuál es tu destino, ni la respuesta, deberás encontrarla por ti misma.

—Estoy segura de que eso lo has leído en alguno de esos libros que devoras últimamente —bromeó Ingrid, intentando restar importancia al asunto. Estaba segura de que si lo pensaba con detenimiento, acabaría deprimiéndose.

Tras la visita de Anna, Ingrid se sumergió en sus números durante el resto de la jornada. Ya estaba recogiendo sus cosas, para regresar a casa, cuando su móvil comenzó a sonar.

Antes de contestar, un mal presentimiento la recorrió al ver en la pantalla el número. Se trataba de la residencia donde vivía Consuelo.

—Ingrid.

—Si

—Soy Henrietta, la enfermera de Consuelo. Deberías venir cuanto antes.

Ingrid no recordaba cómo había llegado hasta la residencia, solo sabía que tenía el corazón compungido y que durante el trayecto no había parado de rezar mientras conducía. Sus tacones resonaron en el vestíbulo del gran edificio y una de las recepcionistas la acompañó hasta la habitación de su abuela. No había llegado a tiempo de despedirse, la muerte la había alcanzado de repente. Un hilo de líquido se había ido acumulando en el pericardio, aumentando la presión: su corazón se había taponado y como consecuencia, Consuelo había sucumbido a su estrangulamiento. Ese corazón fuerte y vigoroso, había dejado de latir con determinación en muy poco tiempo.

Su abuela estaba más pálida de lo habitual, se encontraba postrada en la cama transmitiendo una inquietante paz, pues su rostro era apacible. Ingrid le cogió la mano y no pudo evitar romper a llorar. La gente entraba y salía de la habitación interrumpiendo su dolor con detalles prácticos. Le hubiese gustado gritarles, pero cogió su teléfono y llamó a Johann, él era bueno encargándose de organizar ese tipo de cosas. Por primera vez en mucho tiempo, agradeció tenerlo a su lado.

En dos horas, el cuerpo de su abuela había sido trasladado al cementerio de Friedrichwerdersch. Ingrid estaba sentada en un sofá con las manos entrelazadas en su regazo, flanqueada por sus hijos. Consuelo quería ser incinerada y después de un breve velatorio, todo estaba listo. Para Ingrid todo estaba cubierto de una espesa nebulosa que no la dejaba pensar con claridad. Mucha gente se había acercado a saludarla, pero ella se había limitado a hacer lo que se esperaba de ella automáticamente y dejar su mente en blanco, para evitar romper a llorar. Se había incluso mareado, con las decenas de besos que había tenido que dar.

Ya en su casa, agradeció acurrucarse en la cama y hacerse un ovillo, por fin tendría la tranquilidad que necesitaba para llorar. Experimentó una enorme gratificación, cuando Johann se tumbó a su lado y la abrazó. Le había dado una pastilla para dormir y estaba exhausta, por lo que no tardó en que la invadiera un profundo sueño.

Abrió los ojos y escuchó los cotidianos sonidos del desayuno en la planta de abajo al día siguiente. Dio las gracias a Johann mentalmente por encargarse de todo, había sido él el que había organizado las cosas con la funeraria, elegido la urna donde descansaban las cenizas de Consuelo y llamado al Ministerio, para avisar que Ingrid no iría ese día a trabajar. Y ahora, parecía que también se había encargado del desayuno.

Ingrid no tenía fuerzas para salir de la cama, intentó darse la vuelta y seguir durmiendo, pero debía visitar el cuarto de baño y al final tuvo que ceder y ponerse en pie. Al regresar a la habitación, Johann se estaba vistiendo.

— ¿Estarás bien? —le preguntó mientras le daba un beso en la frente.

—Sí.

—Ya me he encargado de los niños, salen en cinco minutos, yo intentaré regresar a casa temprano.

—Gracias.

—Ingrid...

— ¿Sí?

—Mi hermana vendrá a media tarde a traer los esquís de Berta, se los dejé el mes pasado.

— ¿Cómo?

—Los esquís de Berta, este fin de semana vamos a la nieve, ¿No lo recuerdas? Los niños se mueren por ir a esquiar.

Ingrid estaba pasmada, acababa de perder a su abuela, la mujer que había hecho de madre para ella durante toda la vida, y Johann le estaba hablando de unos malditos esquís.

—No, Johann, no creo que pueda ir a ningún sitio.

Johann interrumpió su tarea y se acercó a ella, se sentó en la cama y le cogió la mano.

—Lo entiendo, supongo que no te apetece venir a la nieve. Me llevaré a los niños y así podrás descansar. Te dejaremos tranquila.

Ingrid pensó por un segundo echarle en cara a su marido su falta de sensibilidad, pero se abstuvo. No lo obligaría a compartir su dolor, después de todo quizá sería lo mejor. A Derek y Berta les encantaba ir a la nieve, desde pequeños era una afición que habían compartido con su padre. De hecho, hacía años que era la única actividad que hacían en familia sin protestar. Probablemente, no tenía sentido privarlos del viaje.

—Está bien.

Se volvió a meter en la cama y hasta ella llegó en forma de murmullos, el ruido que le indicaba que su marido y sus hijos salían de casa, para seguir con la rutina de sus vidas... lo mismo que debería hacer ella al día siguiente. Tenía mucho trabajo y no podía tomarse más tiempo, la vida continuaba... no se paraba por nadie.

El viernes por la mañana, ayudó a Derek con las maletas y se apresuró a meter en el interior del coche algunas cosas que podían necesitar. Para ganar tiempo, Johann los recogería en el instituto y saldrían hacia la estación de esquí de Wurmberg directamente sin pasar por casa.

Ingrid se despidió de todos antes de coger su coche y encaminarse hasta la residencia de Consuelo, la habían llamado para que fuera a recoger sus cosas y como le pillaba de camino al centro, se pasaría antes de ir al trabajo.

Cuando llegó, Henrietta la estaba esperando con una caja. Le había pedido que se encargara de donar las pertenencias de su abuela, ella solo quería conservar las fotografías y algunos libros. Todo lo que tenía Consuelo se lo había legado en vida, sus escasas joyas y algunos cuadros, que había conservado de cierto valor y que los Lenz le habían regalado cuando ella y su marido se jubilaron.

—Esto es todo lo que queda —dijo la muchacha tendiéndole la caja.

—Gracias, has sido muy amable. Ella te apreciaba.

—Lo sé, era una mujer muy sabia —sonrió—. La echaremos de menos.

—Yo también —consiguió articular Ingrid, dándose cuenta de la verdad que encerraba su afirmación.

De camino al coche, mientras portaba la caja, Ingrid sintió curiosidad por un enorme sobre marrón que sobresalía entre todo lo demás. Dejó la caja en el maletero y antes de cerrarlo cogió el sobre. Ya en su asiento, lo abrió y comprobó que se trataba de un abultado fajo de folios. Lo metió en el interior de su enorme bolso, que a menudo tenía que hacer las veces de porta documentos y arrancó.

Su despacho, en el último piso del edificio del Ministerio de Finanzas, más conocido como la Casa Detlev Rohwedder en Berlín, la acogió proporcionándole algo de calor. Estar rodeada de aquellos muebles familiares, que la conectaban con la rutina cotidianeidad de su trabajo, la calmó.

Mientras su cerebro se perdía en un bucle de pensamientos, que cada vez la deprimía más, sus ojos se concentraban en observar a través de la ventana el edificio de la Cámara de Diputados, que se encontraba enfrente, en un intento de agarrarse a la realidad, para no dejarse arrastrar por el dolor y la tristeza. Siempre se le había dado bien posponer las ganas de llorar, llevaba entrenándose para ello toda la vida. Normalmente, había algo que hacer que sustituía el momento de venirse abajo, hasta que el duelo quedaba sepultado bajo numerosas capas de actividad y ya no tenía ningún sentido rescatarlo.

Ingrid optó por lo que se le daba mejor, abrió uno de los expedientes que se amontonaban en la mesa y comenzó a leer. La aflicción desapareció en el instante en que su mente se concentró en los pormenores del caso a inspeccionar. Tenía que ponerse al día: se sumergiría en los datos y dejaría que el duelo por la muerte de Consuelo se diluyera, entre las cientos de páginas con miles de números flotando entre columnas.

Sobre la una, bajó a comer al Centorile café e panini, un sitio cálido donde refugiarse del gris de Berlín, al menos por unos minutos. Sabía que allí no le llevaría mucho tiempo almorzar. Había creado una especie de relación simbiótica con el camarero, tan solo tenía que traspasar el umbral del local, para comprobar que unos minutos más tarde tenía ante ella lo que necesitaba. Era impresionante ver como aquel extraño, la conocía mejor que nadie en el mundo, tomar conciencia de aquello, terminó por afligirla aún más.

Se sentó en su rincón predilecto y al poco tiempo, una infusión de manzanilla humeaba junto a su mano, acompañada de un bocadillo de pavo con lechuga y tomate. Fue a sacar su móvil y se topó con el gran sobre acolchado que ocupaba la mayor parte del gigantesco bolso. Sin saber muy bien porqué, miro a su alrededor para comprobar que no había nadie cerca. Tomó un sorbo de la infusión y se dispuso a sacar las abultadas cuartillas y dejarlas sobre la mesa. Estaban escritas con una caligrafía elegante. No conocía la letra, pero sentía gran curiosidad por saber de qué se trataba, así que comenzó a leer...

*“Es normal que me odies, yo lo hago todos y cada uno de los días de mi existencia, pero debes comprender... cuando llegas al terrible momento en el que la superficie de tu vida, son las profundidades de la existencia que dejaste atrás, ya solo te queda intentar comprender cómo has llegado hasta aquí.*

*Me esforzaré en explicarte mis decisiones, quizás para justificar ante mí misma lo que hice. Será un vacuo intento de exonerar mi culpa, soy consciente. Ingrid, solo te pido que leas esta carta con detenimiento, ya que será nuestro primer y último momento de intimidad...”*

Cuando vio su nombre escrito entre las cientos de palabras de aquellas cuartillas, su mano derecha comenzó a temblar. La carta estaba fechada en 1992. Pasó las hojas frenéticamente hasta darse cuenta de que había sido escrita por su madre, Ava, la mujer a quien había idealizado toda su vida, la que había exhalado su último suspiro justo cuando ella llegaba al mundo. Su cerebro tardó unos segundos en encajar la realidad. El aire dejó de acudir a sus pulmones y todo lo que la rodeaba comenzó a desdibujarse.

No podía aplacar la creciente sensación de angustia, intentó concentrarse en respirar, pero el pánico acudió a ella cuando fue consciente de que ni su nariz, ni su boca eran capaces de tomar el oxígeno que necesitaba... Era incapaz de inhalar aire, lo que la paralizó por completo. El tiempo pasaba y ella estaba petrificada. Su cuerpo no respondía y su mente corría vertiginosamente, tratando de procesar la nueva información que se agolpaba en su cerebro, intentando arrasar todo lo que encontrase a su paso, toda su vida caía, todo se desmoronaba y no había nada firme a lo que agarrarse.

Era demasiado, no podía afrontarlo. Consuelo siempre le había contado que su madre era una mujer increíble, buena, trabajadora e inteligente, que la miraba desde el cielo y se sentía orgullosa de ella... Ingrid siempre se había sentido protegida por

ella, la había percibido a su lado en los peores momentos de su vida, reconfortándola desde el más allá. Había llevado con ella siempre, una elegante y pequeña urna, que transportaba las cenizas de su madre en todas sus mudanzas y siempre que había tenido que tomar alguna decisión difícil, se había encomendado a ella para que la guiase. Desde muy pequeña, se había repetido una y otra vez que debía esforzarse por ser como ella, tenía que hacer que se sintiese orgullosa. Cuando se encontraba en dificultades, se regocijaba en ese pensamiento, que la alentaba a seguir y superarse y ahora... tenía ante sus narices una prueba irrefutable de que su madre había estado viva, cuando ella contaba con dieciocho años. La sangre se agolpaba en su cabeza haciéndole imposible pensar con claridad. Sintió la imperiosa necesidad de salir corriendo. No estaba preparada, en ese momento no, no de aquella manera.

Salió a la calle trastabillando y el gélido frío la golpeó en la cara como si intentase que regresara y se recobrase. Ella se dobló sobre sí misma, arrugando la pila de folios que acurrucaba en su regazo. Todas sus neuronas se habían paralizado al mismo tiempo, su cerebro les ordenó que reaccionaran sin resultado alguno...

Cuando pensó que moriría en aquel instante por no poder respirar, una mano firme la atrajo hacia sí y la abrazó. Ingrid se aferró a ese abrazo que pretendía salvarla y sintió con alivio, que lograba calmarse. Por sí solos, sus pulmones volvían a hacer su trabajo. Ese abrazo duró un tiempo precioso. Ella no se movió ni un milímetro por miedo a que no fuese real, temía que si se apartaba, desaparecería y la angustia regresaría paralizándola de nuevo.

Un instante después, aquel hombre se retiró para que pudiese verlo y entonces supo, que estaba a salvo y que todo iría bien.

—Cogeré tus cosas y te sacaré de aquí.

No fue una pregunta, pero Ingrid se sentía tan aliviada que asintió. Se quedó quieta, esperando que él volviera con sus cosas, hasta que regresó y la cogió suavemente del brazo, conduciéndola hasta un coche aparcado en las inmediaciones.

Parecía como si él nunca la hubiese abandonado, allí estaba, en el momento en que más lo necesitaba. Se acurrucó en el asiento del copiloto en silencio, no era necesario hablar, sabía que a su lado estaría a salvo. El calor y el traqueteo del coche hicieron que se relajara y no pudiese evitar quedarse dormida. Nunca había sufrido un ataque de ansiedad. Había sido agotador, pero sabía que él la cuidaría, estaba a salvo y junto a él se repondría.



Al despertar vio que descansaba en un mullido sofá. No había estado en aquella casa desde hacía más de veinte años, los muebles eran nuevos y se notaba que la habían reformado, pero tenía la certeza de dónde se encontraba. Se incorporó y miró interrogativa al hombre que la observaba impertérrito desde un sillón.

—La compré en una subasta. El dueño era un italiano que estaba totalmente arruinado, igual que la propiedad.

—Has hecho un gran trabajo —contestó Ingrid intentando sonreír, ya no quedaba ni rastro de angustia en su organismo y se sentía mucho mejor. Vio que la pila de folios que habían causado su ataque de ansiedad, se encontraba perfectamente amontonada sobre una mesa de café, que había frente a ella y no pudo ocultar una mueca de desagrado.

—Deberías tomártelo con calma.

— ¿Los has leído? —preguntó señalando los papeles.

—Solo la primera página, mientras los colocaba. No he podido evitarlo —se disculpó.

—No importa... mi madre... mi madre no murió cuando yo nací —repuso Ingrid, tratando de asimilar lo que decía.

—Ahora no deberías pensar en eso —aseveró su anfitrión, mientras se levantaba con aplomo y cogía con cuidado los folios—. Los guardaré aquí y cuando hayas descansado y estés preparada, podrás leerlos. Yo estaré contigo —le garantizó, abriendo el cajón de una enorme consola de madera y depositando los papeles en su interior.

A Ingrid la invadió una cálida sensación de gratitud. Hacía mucho tiempo que se sentía terriblemente sola, por lo que tener a alguien preocupándose por ella era reconfortante. Los últimos acontecimientos en su vida, la habían hecho terriblemente vulnerable, haciendo que el estrés se magnificaba y que perdiera completamente el control. Percibió como sus ojos se anegaron de lágrimas, pero no quería romper a llorar, así que buscó algo en lo que concentrar su atención.

— ¿Huele a cerdo con chucrut? —preguntó al tiempo que notaba cómo su estómago gruñía.

—Sí, la mesa está lista. He pensado que tendrías hambre.

Ingrid comprobó que él también parecía aliviado por aparcar el tema. Se levantó y se dirigió hacia la silla que le señalaba. Tomó asiento y bebió de una copa de vino, que se hallaba dispuesta frente a ella.

—Te agradezco mucho lo que estás haciendo, creo que me hubiese desplomado en la acera, si no llegas a aparecer —dijo alzando la voz, para poder ser escuchada desde el otro lado de la estancia, donde llegaba el ruido inconfundible que le indicaba, que estaban preparando los platos de la comida.

Ingrid se asombró de que ni un atisbo de miedo se albergará en esos momentos en su cabeza, nada, ni sorpresa, ni recelo, ni siquiera su habitual desconfianza afloraba, solo podía sentir gratitud hacia Dan.

Ahora podía ver los grandes cambios que se habían producido en la casa de sus abuelos. Todo el espacio era ahora abierto, tan solo había una pequeña puerta en un rincón que supuso que sería el cuarto de baño, todo lo demás era un espacio diáfano. El salón y la cocina estaban juntos separados por una pequeña isla de madera reciclada y a través de tres escalones, se accedía a una enorme cama que hacía las veces de dormitorio, con una sola mirada se podía abarcar toda la vivienda, que ahora resultaba mucho más moderna y acogedora que cuando sus abuelos la habitaban.

Apoyó los codos en la mesa y sostuvo en su mano la copa de vino, se quedó absorta mirando el líquido granate intentando no ceder a sus pensamientos. Había pasado un momento horrible, todos sus músculos se habían agarrotado y de no ser por aquel abrazo salvador, hubiera jurado que habría terminado ahogada en medio de la calle. Pero ahora, que estaba totalmente relajada y se encontraba en aquella burbuja de paz que él le proporcionaba, las preguntas se cernían sobre ella, amenazando con romper la calma de nuevo.

Hacía muchos años que había desaparecido de su vida, dejándola atrás sin una sola explicación, y ahora, en el preciso instante en el que ella era más frágil, había aparecido a su lado para socorrerla. No solo eso, a aquella inverosímil situación había que unirle el escenario. Estaban en la casa en la que ella se había criado, donde había sido feliz con sus abuelos, rodeada del maravilloso jardín que flanqueaba la mansión Lenz. La misma casa que Consuelo abandonó al morir su abuelo Francisco, para trasladarse a la residencia donde pasaría sus últimos años.

Ingrid sabía que si pronunciaba en voz alta, alguna de aquellas preguntas que se agolpaban en el ambiente, debería ponerse en guardia y no le apetecía. Estaba cansada y quería dejarse llevar por la relajante sensación, de sentirse cuidada y protegida. Si comenzaba a interrogarlo, se exponía a que él le mintiese y entonces, ella lo sabría.

Ingrid llevaba quince años en el Ministerio de Hacienda y había realizado cientos de inspecciones. No podía explicarlo muy bien, pero había desarrollado un sexto sentido. No eran los gestos, ni siquiera las palabras, pero era capaz de ver la energía que transmitían las personas cuando no le decían la verdad o trataban de ocultarle algo. Esta habilidad, que constituía una fabulosa herramienta para su trabajo, le había granjeado numerosos problemas en su vida personal. Sabía cuándo su marido le mentía, podía leer en él como en un libro abierto. Lo mismo ocurría con sus hijos... Con los años había construido una especie de capa protectora, obligándose a obviar y pasar por alto algunas cosas, para no entrar en un conflicto permanente. Había convertido en todo un arte mirar hacia otro lado. Pero por alguna extraña razón, no se sentía con fuerzas para soportar que él también le mintiera.

Dan se acercó hasta ella llevando dos humeantes platos, se sentó y bebió de su copa, miró a su alrededor y comenzó a hablar:

—La compré hace cuatro años en una subasta. Un empresario italiano estaba totalmente arruinado y necesitaba liquidez desesperadamente. Al principio, no sabía qué hacer con ella, pero me recordaba a ti, así que poco a poco, he ido reformándola. He invertido aquí mucho dinero y muchas horas de trabajo, pero me gusta. Cuando traspaso el umbral de la propiedad, me evado de todo y trabajar con mis manos me hace sentir bien. La mansión está hecha un desastre, pero el jardín, aunque necesita unos arreglos, sigue siendo una maravilla. Ahora, estoy arreglando la despensa que hay junto a la cocina de la casa grande. He descubierto que me apasiona trabajar con madera.

—Es una formidable casualidad —logró decir Ingrid, intentando no parecer vehemente.

—No, no lo es. En esta casa tomé la decisión más terrible de mi vida, la que en cierto modo me ha hecho profundamente infeliz. Supongo que trabajar en su reconstrucción es una especie de penitencia autoimpuesta.

Ingrid guardó silencio, no tenía muy claro si quería seguir ahondando en ese tema. Estaba cansada y ya había tenido muchas más revelaciones aquel día de las que podía soportar. El pasado se abría paso ante sus ojos sin mostrar piedad alguna. Optó por dejarse llevar por la burbuja de paz que Dan había construido, apuró su copa de vino y se sirvió más.

La cena transcurrió con los dos procurando esquivar cualquier tema personal que surgiese, incluso Ingrid comprobó con alivio que Dan seguía teniendo la habilidad de hacerla reír en los peores momentos. A la hora del postre, se sentaron frente a la chimenea con unas tazas de chocolate caliente entre ambos.

—Mi abuela siempre me preparaba un chocolate antes de dormir, decía que hacía que tus sueños fuesen mucho mejores.

—Lo recuerdo —sonrió él desde el otro lado del sofá—. Es muy tarde, deberías descansar, hoy ha sido un día muy duro. Me gustaría que te quedaras, puedes dormir en la cama y yo lo haré en el sofá. Mañana, verás todo de otra manera —dijo, señalando el cajón donde aguardaba la carta de Ava.

—Te lo agradezco, los niños y mi marido se han ido a esquiar —apuntó excusándose e intentando dejar clara su situación actual. Le alegraba comprobar que Dan se hacía cargo de sus sentimientos, no quería estar sola en aquellos momentos. No sabía qué pensaría Johann de aquella situación, a buen seguro pondría el grito en el cielo, pero no se lo había pensado dos veces y, a pesar de la muerte de Consuelo, había huido a esquiar abandonándola. No sentía remordimiento alguno por refugiarse allí.

—Tienes familia —repuso Dan, intentando desterrar cualquier atisbo de acritud en su tono de voz.

—Sí, ¿Tú estás casado?

—Sí, mi mujer se llama Gerda —contestó, mirando cómo las llamas crepitaban frente a él, para no tener que estudiar la reacción de Ingrid.

—Me alegro de que al final encontrarás a alguien con quien compartir tu vida.

—Yo también, aunque yo nunca te dejaría sola.

—No seas injusto, tú también me abandonaste.

## DAN

### Una semana antes

Ya estaba ahí otra vez con su exasperante tono de voz, reprochándole de nuevo alguna estupidez. No podía estar más harto, pero así era Gerda. Un tornado constante de recriminaciones, que salían disparadas como proyectiles cada vez que tenía delante a su marido. Esta vez, era la ropa en el suelo, que había dejado la noche anterior tirada en el cuarto de baño. Había llegado a casa agotado, después de una dura jornada de trabajo y lo había dejado todo revuelto tras ducharse.

Su voz martilleaba su cabeza, provocando que las jaquecas se hicieran patentes nada más traspasar el umbral de su hogar y oírlo. Aquella casa cada vez le resultaba más inhóspita. Salió al pasillo intentando no cruzarse con ella y marcharse sin que percibiera su presencia. Cogió su portátil y su maletín a toda prisa, mientras ella seguía vociferando en la cocina y se dirigió al garaje a coger su Volvo, que descansaba ajeno a todo, junto al Audi de ella, desafiantes, como si ellos también le gritaran que el fracaso era suyo. Era cierto, nunca se había esforzado para que su matrimonio funcionara y en el fondo sabía que era porque le daba igual.

Mientras conducía, lo volvieron a asaltar los mismos pensamientos recurrentes de siempre. Mucha gente no entendía por qué se había casado con Gerda, y mucho menos, por qué seguía junto a ella. Eran un matrimonio distante, hacían vida por separado y rara vez compartían algún interés. Él se había casado por inercia, porque era lo que se espera cuando llegas a cierta edad y estaba cansado de que a su alrededor todo el mundo lo hiciera. De alguna forma, todas las miradas se dirigían insistentes, esperando que diese un paso al frente. Había cumplido treinta y cinco años y no se le había conocido nunca ni una novia desde el instituto, sabía que la gente hablaba e incluso comentaba maliciosamente hacia donde tendía su sexualidad.

Gerda había llegado a su vida sin hacer ruido. Era amiga de su hermana mayor, una chica guapa, cuyo novio de toda la vida le había sido infiel unos meses antes de contraer matrimonio. Ella había puesto una enorme ilusión y esfuerzo en los preparativos, se había sumergido durante casi un año en las decenas de cosas que tiene que tener en cuenta una buena novia, que se ha propuesto tener una boda de ensueño. Se hallaba tan inmersa en el universo de pruebas, flores y menús que había creado a su alrededor, que no lo vio venir... Nunca llegó a superar aquella decepción, todavía podía escuchar las palabras llenas de condescendencia de sus padres y familiares, que desde entonces, la trataban como si fuese un cachorro desvalido.

Empezaron a salir cuatro meses después del percance, fue casi un alivio que ella llevara las riendas de todo, le hacía la vida más fácil: se ocupaba de las cosas que a él le daban más pereza y cuidaba que todo estuviese en orden. Era guapa, pero completamente anodina, lo que le aburría atrocemente. A él solo le importaba su empresa y había decidido hacía muchos años, que jamás volvería a enamorarse. Un día, ella pensó que debían casarse y Dan no puso ninguna objeción.

Ahora lo asfixiaba. Eran incapaces de hablar sin discutir, todo entre ellos era hostilidad... pero no podía divorciarse, si lo hacía, Gerda se quedaría con la mitad de todo, tendría que regalarle el fruto de todos sus esfuerzos y no estaba dispuesto a ello.

Ella no lo merecía, o tal vez sí... puede que ella se comportara así porque él nunca la había amado. Él jamás hizo nada para que las cosas funcionaran, era solo alguien que cuidaba de todo mientras él trabajaba y triunfaba. Era duro admitirlo, porque hacerlo lo convertía en un monstruo cruel e insensible.

Él tenía su empresa y Gerda sus compras y sus amigas, que eran igual que ella. Si alguna vez llegó a quererlo, con el tiempo se había desencantado, pero había llenado ese vacío con una vida completamente superficial. Mientras su tarjeta de crédito siguiera pareciendo inagotable, ella seguiría aguantando, había llegado a la conclusión de que merecía la pena.

Una vez en el polígono, giró la tercera rotonda a la derecha y como de costumbre, el mayor momento de satisfacción de la jornada lo invadió: allí estaba su nave, su empresa, el foco de todo su trabajo y empeño. Había superado la crisis económica de los últimos años y seguía allí, creciendo poco a poco, pero imparable.

Dan era proveedor de material de oficina, había empezado de la nada, con un diminuto local y una furgoneta, pero ahora contaba con una plantilla de más de trescientos trabajadores. Desde su centro neurálgico, enviaba sus productos a toda Alemania y al resto de Europa. Su trabajo le llenaba de orgullo, había dedicado muchos años y se había volcado en él completamente. Al principio, pasaba días trabajando sin descanso y más tarde, cuando el negocio creció y pudo contratar a gente, seguía supervisando todo concienzudamente. En un día, podía comenzar reuniéndose con los responsables de publicidad y acabar descargando impresoras en un camión.

Aquel viernes terminó su jornada a las tres de la tarde, pero no tenía la más mínima intención de regresar a casa con Gerda. Seguramente, ella iría al gimnasio y luego a tomar algo con sus amigas. Ella prefería que estuviese alejado y hacía mucho que había dejado de preguntarle dónde se encontraba, por lo que él había podido dejar de mentir. Cogió el coche, sintonizó una emisora informativa en la radio y se encaminó hacia Potsdam. El gris y el asfalto se fueron tornando progresivamente en verde y el agua comenzó a hacer acto de presencia a ambos lados de su vehículo, cruzó puente Glienicke e inmediatamente, sus músculos se relajaron... ya estaba cerca de su auténtico hogar.

Dos años atrás, en una reunión con su gestor, el hombre le había instado a invertir en propiedades inmobiliarias. Su empresa cada vez obtenía más beneficios, estaba creciendo y en algún sitio tenía que meter el dinero. Debía comenzar a construir su patrimonio. La crisis económica europea, había provocado que mucha gente con propiedades, se quedaría sin la solvencia necesaria para poder mantenerlas, viéndose obligada a vender rápido con el fin de obtener liquidez. Los bancos habían tenido que ejecutar múltiples órdenes de embargo por impagos y querían quitarse de en medio propiedades que no les rentaban nada, era el momento propicio para invertir en ellas.

Su gestor le preparó un dossier con algunas opciones de compra y le animó a estudiarlas. Dan llevó la carpeta a su despacho y quedó sepultada entre otras, cuya atención era más urgente. Tardó dos semanas en volver a tener la carpeta entre sus manos: se reclinó en su silla y comenzó a estudiar uno a uno los inmuebles. Edificios con apartamentos para alquilar, adosados que las constructoras habían sido incapaces de vender y languidecían con sus carteles de se vende... De repente, apareció la mansión Lenz ante sus ojos. La foto era de baja calidad y en blanco y negro, pero sabía que se trataba de la misma casa en la que había cambiado su suerte, o tal vez mirándolo desde una perspectiva más sentimental, su desgracia.

Un mes después, era dueño de una mansión abandonada, que se mantenía en pie en un estado deplorable. Su gestor le entregó una carpeta con las escrituras de compra y un enorme manojó de llaves. El hombre le había advertido que era la peor inversión de todas las posibles, pero con el tiempo se podría reformar y convertirla en un hotel o algo similar. Dan asentía, pero no escuchaba al hombre. No tenía ni la más mínima intención de convertir la propiedad en un activo, le daba igual la mansión, solo estaba interesado en la pequeña edificación que se levantaba en el jardín. Aquella casa completamente cubierta de yedra que permanecía oculta, impasible al paso de los años, casi imperceptible...

Nada más salir del despacho de su gestor fue a ver la casa. Consiguió abrir la gran puerta de hierro, que se encontraba totalmente oxidada y aparcó el coche junto a ella. El jardín seguía teniendo sus impresionantes árboles, pero la maleza crecía por todas partes. Conforme avanzó unos pasos, apareció ante él la mansión como un espíritu surgido del pasado. La mayoría de las ventanas estaban rotas, había pintadas en la fachada y la puerta principal había sido forzada. Giró sobre sus talones y buscó lo que realmente le interesaba. Al llegar a la puerta de la pequeña construcción, buscó entre el manojó de llaves la que encajara con la cerradura en vano, ninguna era la adecuada. Pero ya había tomado una decisión.

Durante los meses siguientes, convirtió aquella pequeña casa en su pasión. La reconstruyó completamente. Mandó rehacer la instalación eléctrica y cambiar todas las tuberías, pero él se encargó del resto. Adoraba trabajar con la madera, siempre se le había dado bien, pero nunca había tenido tiempo de desarrollar sus habilidades. Ahora, se le presentaba la oportunidad.

Se descubrió a sí mismo con la ilusión de un niño comprando materiales. Se hizo con una ingente cantidad de herramientas y gracias a tutoriales que halló en Youtube y a su constancia, aprendió a instalar suelos, ventanas... Con una paciencia infinita, diseñó cada una de las piezas de los muebles que compondrían la casa, tiró paredes y convirtió la vivienda carente de atractivo, en una estancia agradable, moderna y acogedora. Pasaba allí mucho más tiempo que en ningún otro sitio, era el único lugar en el mundo donde se sentía en paz y tranquilo.

El primer día que pasó la noche en su refugio, preparó chocolate caliente. Su aroma inundó toda la estancia. Ese olor le había acompañado siempre impregnando sus pesadillas, así olía la casa el día que se despidió de Consuelo. Al coger su taza y mirar por la ventana, tuvo la sensación de que la mansión le requería. Estuvo unos minutos estudiándola y decidió que su tarea no había terminado, le llevaría el resto de su vida, pero también reformaría la gran casa.

Sabía que Gerda creía que tenía una amante, a fin de cuentas puede que tuviese razón. La propiedad se había convertido en su gran pasión, se había enamorado de ella, era lo que ocupaba sus pensamientos y energías constantemente. Seguramente, ella también tendría algún amigo con el que entretenerse.

Dan había cubierto el camino principal con grava, dejó el coche debajo del fresno donde lo solía aparcar y entró a ponerse su mono de trabajo. En la entrada de la mansión, todas sus herramientas estaban esparcidas en un orden que solo él entendía y su mesa de trabajo, permanecía cubierta de serrín. Cuando las finas partículas de madera se filtraban en su organismo, se sumergía en el trabajo, perdiendo por completo la noción del tiempo y entrando en un estado de desconexión con el mundo total.

Tenía pensado pasar todo el fin de semana allí, rehaciendo la despensa que había junto a la cocina. Le había dicho a Gerda que no regresaría a casa hasta el domingo por la noche, pues debía viajar a Bonn, para negociar con un fabricante de grupos electrógenos. Ella no había puesto objeciones, incluso le pareció percibir a través del teléfono cierta alegría por tenerlo lejos.

El cansancio y el hambre le avisaron de que ya anochecía, dejó todo tal y como estaba y se encaminó a su refugio. Se duchó y se puso ropa limpia, se preparó un bocadillo y cogió una cerveza fría, antes de apalancarse en el mullido sofá que había frente al televisor. Quería ver los resultados de las Elecciones Estatales de Berlín, por lo que puso las noticias de las nueve. La Unión Cristianodemócrata (CDU) de la Canciller, Ángela Merkel, estaba perdida frente a la derecha radical. A Dan le preocupaba el ascenso de las políticas anti-inmigrantes. Cerrar las fronteras nunca le había parecido la solución a ningún problema, no comprendía la insensibilidad que mostraban algunos ante el enorme problema que suponía la crisis de refugiados que



estaban viviendo. Sin darse cuenta, se quedó completamente absorto en sus propios pensamientos... hasta que una imagen hizo que de repente, todo el aire de la habitación se esfumara.

En un primer momento, no dio crédito a lo que veían sus ojos. Ingrid invadía la pantalla de su televisión, como cualquier otro ser carente de alma. Pero sin lugar a dudas, se trataba de ella, eran los ojos que tantos días le había quitado el sueño. Dan miró estupefacto la pantalla una vez más. Ingrid estaba frente a él, después de tantos años.

## INGRID Y DAN

Hacía mucho tiempo que no dormía tan profundamente. Normalmente, se despertaba en medio de la noche y le costaba un gran esfuerzo volver a conciliar el sueño. Un tenue repiqueteo la sacó de sus ensoñaciones y al abrir los ojos, recordó dónde se encontraba. Los acontecimientos del día anterior, acudieron a ella haciendo que sintiera cierta desazón... Su madre... Dan.

—Te he preparado el desayuno —saludó Dan mientras terminaba de hacer una tortilla—. Tienes toallas limpias en el cuarto de baño.

Ingrid se incorporó y pudo comprobar lo bonita que era la estancia restaurada por Dan, con la claridad del día. Había transformado la casa de sus abuelos en un increíble hogar. La luz entraba por todas partes, en ese momento se podía apreciar mucho mejor que la noche anterior el exquisito trabajo realizado.

—Buenos días, huele estupendamente, creo que desayunaré primero.

Ingrid se sentó a la mesa y Dan le sirvió café, una tostada y una succulenta tortilla.

— ¿Qué tal has dormido?

—Muy bien, siento que tú hayas tenido que pasar la noche en el sofá.

—Tranquila, muchas veces duermo ahí. Normalmente no mido mis fuerzas y me quedo traspuesto viendo alguna película.

Ingrid siempre se había sentido cómoda estando junto a Dan y le agradaba comprobar como con los años, esa sensación no había desaparecido. Tenía la certeza que, de no haberse marchado, hubiese sido muy feliz junto a él. Después de tantos años, todavía le dolía. Sobre todo, le molestaba que no hubiese tenido la valentía de enfrentarse a ella y ofrecerle una explicación, por lo que no pudo reprimirse y preguntó:

— ¿Por qué te marchaste? Desapareciste como un cobarde.

—No creo que debamos hablar de eso ahora —repuso Dan, extinguiendo una gran sonrisa y sustituyéndola por un gesto sombrío.

—Necesito saberlo, me lo he preguntado cientos de veces a lo largo de toda mi vida y creo que me merezco una explicación.

Dan tomó asiento a su lado y exhaló un suspiro con el que pretendía reunir el valor necesario.

—Yo no era nadie —comenzó—. Tú eras una chica lista, con unas notas brillantes, que llegaría muy lejos en la vida y yo un pobre desgraciado que probablemente, acabaría en la cárcel. Al principio, era reacio a reconocerlo, pero era la verdad. Consuelo me ayudó a comprenderlo.

— ¡¿Mi abuela, qué demonios tiene ella que ver con *nosotros*?!

—Ella me ayudó a darme cuenta de que si te quería, tenía que dejar que siguieras tu camino y no interferir, yo no era una buena influencia para ti.

— ¿Estás loco?, ¿De verdad ocurrió eso?, ¿A nadie se le ocurrió pensar que yo tenía algo que decir sobre el asunto?

Ingrid notó como sus manos comenzaban a temblar, nunca había pensado que Consuelo había tenido algo que ver en la desaparición de Dan. Recordaba como ella la había consolado cuando ocurrió todo.

Aquel verano ella se sumió en un pozo inagotable de tristeza y su abuela había aguardado pacientemente a su lado, ayudándola a superarlo. Era ultrajante, se sentía profundamente engañada. Era la segunda vez en apenas unas horas, que se sentía desfallecer, quería aclarar sus ideas y mirarlo todo en perspectiva, pero era incapaz. Su madre, su abuela, Dan... Ahora, se daba cuenta que ella no había sido parte activa en los momentos críticos de su vida. Encajar todas las piezas la sumía en una profunda amargura. No había tenido poder de decisión en nada, se sentía como una marioneta a la que todos habían zarandeado contra su voluntad.

—Fue lo mejor, tenías diecisiete años. No podías saber qué era lo realmente importante.

Ingrid recibió cada una de las palabras de Dan como si le asestaran una dolorosa bofetada.

—Toda la vida me he maldecido por hacer que te marcharas, siempre pensé que había hecho algo que te empujó a dejarme. Me devané los sesos intentando comprender... Y ahora me dices esto —replicó intentando contener la furia que anegaba su alma.

—Tu abuela habló conmigo y me abrió los ojos. Me ofreció dinero suficiente como para hacer con mi vida algo de provecho.

Ingrid sintió cómo todas las células de su cuerpo se desplomaban a la vez y la angustia comenzó a azotarla.

—Me abandonaste por dinero...

—Ingrid, puedes verlo de muchas maneras, pero Consuelo fue la única que me dio una oportunidad. Mi familia malvivía gracias a las ayudas sociales, mi madre limpiaba casas por horas y mi padre era un borracho que gastaba mucho más de lo que ganaba. Mi hermano mayor se dedicó desde el instituto al menudeo de drogas y se ha pasado la vida entrando y saliendo de la cárcel. Sabes muy bien qué era lo que a mí me esperaba.

—Te quería y te fuiste sin darme ni una explicación... ¿Tienes idea de lo que pasé? Fue como vivir un duelo. Al no hallar ninguna razón lógica, mi cabeza comenzó a echarme la culpa de tu marcha. De algún modo, siempre pensé que algo malo debía de haber en mí, para que te ausentases de aquella manera de mi vida. Desde entonces, la inseguridad siempre me ha acompañado. Con los años, he aprendido a disimularla, pero siempre me asalta en los momentos en los que soy vulnerable, amenazando con devorarme. Aquello minó mi autoestima.

Dan sintió un impulso irrefrenable de abrazarla, pero era consciente de lo furiosa que en aquel instante estaba con él y se reprimió.

—Lo siento, puedo repetírtelo las veces que necesites, pero eso no va a cambiar el pasado. Necesito que me perdones y que entiendas los motivos por los que lo hice. En aquel momento, fue lo correcto y mirándolo en perspectiva, sigo convencido de que tomé la decisión correcta. Juntos, en esas circunstancias, no hubiésemos tenido ningún futuro.

—Creo que me subestimás —le recriminó Ingrid casi gritando de rabia, visiblemente herida. Podía notar agolpándose en su garganta, la aversión que la actitud de Dan le generaba.

—Éramos unos críos, tal vez ya no lo recuerdes, pero yo era una mala influencia.

—Hubiésemos salido adelante.

—No, es muy complicado salir de un círculo vicioso. Te acaba engullendo, lo he vivido desde que nací. Con el dinero que me dio tu abuela pude alejarme de todo y empezar de cero. Compré una furgoneta, alquilé un local y comencé a trabajar. Al principio, le dediqué todas las horas de las que disponía, no tenía días de descanso ni vacaciones, tan solo me afanaba en construir un futuro. Debes creerme cuando te digo que pensaba continuamente en ti. Fantaseaba con el día en el que me presentaría aquí, pudiendo ofrecerte algo más que calamidades.

—Nunca lo hiciste, no me buscaste —le reprochó Ingrid, tratando de salir de la consternación que la golpeaba.

Los dos callaron mirándose a los ojos con un profundo pesar, de nada valía revivir el pasado, pero dolía tanto...era tan triste.

—Cuando la empresa comenzó a crecer, siempre había cientos de cosas de las que ocuparse —logró articular—. Con cada ampliación, me acercaba más al éxito y quería más. Cuando estuve satisfecho conmigo mismo y fui capaz de ofrecerte una vida mejor, un futuro como el que te merecías, ya era demasiado tarde —mintió Dan: cientos de veces había querido ir en su busca, en multitud de ocasiones se había subido decidido a su coche para ofrecerle su corazón, pero sabía muy bien que el miedo lo había paralizado en todas y cada una de esas veces. Era mucho mejor seguir enamorado de un recuerdo, que sufrir un rechazo del que no podría recuperarse. Nadie sabía mejor que él que era un cobarde.

—Da igual cómo quieras justificarlo, no confiaste en mí. No me conoces, prefiero enfrentarme con la verdad por dolorosa que sea, que ser una ignorante, pero parece ser que no he tenido opción —se lamentó ella, dándose por vencida.

Él no pudo con el último reproche, de nada servía volver a pasar por aquel dolor. Ingrid lo miró hastiada y él le dio la espalda y salió en busca de algo de aire que le despejara la cabeza.

—Gallina —susurró Ingrid para sus adentros, cuando el golpe de la puerta cerrándose llegó a sus oídos.

Ingrid estaba furiosa, la ira la emponzoñaba. Quería evitarlo, pero el resentimiento la azotaba violentamente. Consuelo, la mujer a la que más había querido en el mundo, no solo le había escondido que su madre seguía viva, la había apartado de Dan. Le

había ocultado tantas cosas imperdonables... Y ya no estaba allí para ofrecerle alguna explicación. El dolor por su pérdida se abría de nuevo en su corazón, ahora acompañado por otra clase de dolor, más intenso y afilado, el que acompaña al que se hace consciente de que no ha intervenido en su destino como imaginaba.

Dan se odiaba a sí mismo, había albergado ese rencor en lo más recóndito de su alma, desde aquel día en que fue consciente de que no era merecedor de su amor. Jamás habría sido feliz sabiendo que la arrastrada hacia su precario mundo, ella no lo merecía. Era una decepción como persona, se daba cuenta al tener a Ingrid de nuevo frente a él. Ella le recriminaba su proceder, no podía culparla, aquella decisión le había dolido toda la vida. Ahora, podía rememorar cómo le habían ardido las yemas de los dedos al abrazarla después de tantos años y sabía que sus sentimientos por ella no habían cambiado ni un ápice.

Después de verla en la pantalla de la televisión, había entrado en un estado de perturbación total. Todos los sentimientos que se había obstinado en desterrar de su cuerpo, afloraron convulsivamente, consumiéndolo e invadiendo su mente sin remedio.

No había sido difícil encontrarla en el directorio del Ministerio de Hacienda. Pasó toda la semana debatiendo consigo mismo, pero el viernes decidió posponer todas sus reuniones y el trabajo pendiente, e ir en su búsqueda. No pensó que la abordaría, su plan era observar de lejos. Quizás así se daría cuenta que sus sentimientos hacía ella habían cambiado y podría seguir adelante con su vida... Nada más lejos de la realidad.

Pasó gran parte de la mañana sentado en su coche, observando el edificio donde ella trabajaba como si estuviese delante de una obra de arte, quieto, concentrado en los mil detalles y pensando que ella estaba en su interior. Cuando la vio salir hacia el café, tardó unos minutos en sobreponerse y decidirse a seguirla. Lo hizo a bastante distancia y se quedó pasmado delante de la cafetería, barajando sus opciones. Podía entrar y hacerse el enconradizo. El factor sorpresa jugaba a su favor, pero no sabía si estaba preparado, demasiados recuerdos, un torrente de emociones lo acechaban. No estaba listo para oír sus reproches... Tal vez no los hubiera, después de todo, seguramente ella era feliz y lo habría olvidado.

Allí estaba, en mitad de la calle, luchando contra todos sus sentimientos, cuando Ingrid salió fortuitamente, completamente pálida y apunto de desmayarse. Dan no tuvo que pensar, la cogió entre sus brazos y la apretó fuerte contra su pecho. Para su sorpresa, ella se agarró a él como a un salvavidas. Pudo sentir cómo ella se desmoronaba, paradójicamente, todo el caos y la desolación que cubrían a Ingrid se convirtieron en un momento de profunda dicha para él, abrazarla así después de tanto tiempo, era un deseo cumplido. Se sentía como un monstruo al pensarlo detenidamente.

Cruzó con paso firme el patio y entró en el vestíbulo de la mansión. El olor a madera recién cortada consiguió relajarlo y se concentró en el trabajo para alejar sus pensamientos. Así podría vivir para siempre, dedicado a su empresa y a la reconstrucción de la gran casa. Trabajar lo anesthesiaba, lo evadía de todo. Principalmente, de sí mismo.

A Ingrid le daban ganas de salir corriendo y regresar a casa, cogió su bolso y rescató su móvil. Tras estudiarlo, comprobó con cierto enojo que ni Johann ni sus hijos la habían llamado. Por lo visto, la nieve y el esquí los mantenían ocupados, no tenían tiempo de preguntarse cómo llevaba su duelo, no se habían planteado ni siquiera un segundo acompañarla en su dolor. Odiaba compadecerse de sí misma, pero aquello era demasiado. Todos la abandonaban, su madre, Dan, su familia... Se sentó en el sofá y se cubrió el rostro con las manos, hasta llorar derrotada.

Era inútil, si quería regresar a casa tendría que pedirselo a Dan, su coche estaba en el garaje del Ministerio y no podría cogerlo hasta el lunes. Sopesó hacerlo, pero allí estaría sola. Le aterraba enfrentarse a la carta de Ava y sabía que no podría hacerlo sin alguien a su lado. Optó por olvidarse de todo el mundo y centrarse en tratar de encontrarse mejor. Fue al cuarto de baño y sonrió al ver la enorme bañera en la que seguramente, estaría comodísima cuando la llenara de agua caliente. Preparó todo y se sumergió, tratando de que su cuerpo y su mente se relajaran y dejaran todo a un lado.

Después de una hora en remojo se sintió mucho mejor. Se vistió y salió a buscar a Dan. Se entretuvo unos minutos deambulando por el jardín, era lo que menos había cambiado. Cuando estuvo lista para enfrentarse a él, cruzó la gran puerta de entrada y traspasó el enorme vestíbulo, donde las herramientas de Dan permanecían tiradas. Al entrar en la cocina, numerosos recuerdos la invadieron, podía recordar a su abuela dirigiendo a todo el mundo o verla ensimismada cocinando. A pesar de todo, la echaba profundamente de menos.

Dan se encontraba intentando encajar uno de los estantes de la pared.

—Espera, te ayudo —se ofreció Ingrid.

—Gracias.

Ingrid lo ayudó a colocar el resto de tablones que ocupaban casi la totalidad de la pared, haciendo que la tensión que se había instalado entre ellos unas horas antes se diluyera.

—Muchas veces, es más fácil decir la verdad y asumir las consecuencias, que enfrentarse con el miedo a la incertidumbre. Ha sido un alivio —le dijo Dan, cuando casi habían terminado.

—Ha sido duro, pero te lo agradezco. De algún modo, para mí también ha sido liberador saber la verdad.

Dan le sonrió en señal de asentimiento.

—Ven, ya que hemos abierto la puerta del pasado, tengo algo para ti que quiero enseñarte.

Como un gesto totalmente natural, que hizo a Ingrid estremecerse, Dan le cogió la mano y la llevó de regreso a la pequeña casa. Allí, cogió una preciosa caja de madera que aguardaba en lo alto de una estantería.

—Hice esta caja para ti. Cuando cambié el suelo, encontré un fardo de cartas escondidas detrás de unos tablones y las guardé en su interior.

—Entonces, querías volverme a ver... —susurró Ingrid—. Es una caja preciosa —se apresuró a subrayar, mientras la tomaba y se alejaba unos pasos para estudiarla.

Dentro había más de una decena de cartas anudadas con un lazo violeta. Dan la miraba sin decir nada

—¿Las has leído?

—No, creo que debes hacerlo tú. Son de tu madre.

Ingrid cogió una carta y comprobó que estaba dirigida a un tal Dieter.

—Primero debo enfrentarme con la carta que Ava me escribió —dijo dejando la carta con las demás y suspirando—. Había pensado leerla esta tarde, si no te importa tenerme como huésped gorrón un poco más.

—Ingrid, esta es tu casa, siempre lo ha sido. Si hay algún huésped aquí, soy yo —explicó como si se tratara de algo tan obvio que le pareciera mentira que Ingrid no lo hubiese tenido en cuenta.

—La verdad es que se está convirtiendo en un refugio para mí. No sé qué hubiese pasado si no llegas a estar ayer en la puerta del café.

—No fue casualidad, quería verte. Te vi en la rueda de prensa, en las noticias.

Las últimas palabras de Dan implicaban muchas más cosas de las que Ingrid podía asumir en ese momento. Se sentía halagada, pero estaba librando una cruenta lucha con su pasado y tenía que apartar cualquier sentimiento hacia él, para pensar con claridad.

—Me gustaría agradecerte tu hospitalidad, de todos modos. Si te parece, te invito a comer y esta tarde abrimos la Caja de Pandora.

—Trato hecho —contestó Dan aliviado. Ya no tenía más secretos para ella. Había exonerado su culpa después de tantos años arrastrándola y podía percibir como su peso se había mitigado considerablemente. Incluso se sentía más ligero.



El restaurante Juliette, en el centro de Potsdam, era un sitio muy acogedor. Dan quedó maravillado con las enormes vigas de madera que presidían la estancia principal, nada más entrar.

—Sabía que te iban a gustar —sonrió Ingrid a su lado, mientras miraba como se le iluminaba la cara al estudiarlas—. Creo que datan del siglo diecisiete. Además, aquí tienen una comida francesa fabulosa.

Dan no pudo evitar pensar en lo fácil que era estar con Ingrid, ella lo conocía mejor que nadie. La imagen de Gerda, con rostro adusto, se cruzó por su cabeza, pero si tenía que ser sincero, no encontró remordimientos acompañándola.

—Es fantástico, gracias, nunca había estado aquí —dijo mientras tomaba asiento junto a la chimenea.

Un camarero les trajo la carta y les sirvió una botella de Pinot Gris Tradition de 2012, que era el favorito de Ingrid.

—Mi abuela nos trajo aquí cuando me licencié en Económicas. Recuerdo lo orgullosa que estaba. Nunca había salido a comer con mis abuelos, por lo general no tenían muchos días libres en la mansión Lenz, siempre tenían mucho trabajo. Ese día se pusieron su ropa elegante y tiraron la casa por la ventana, fue muy especial. Vinimos a cenar y aquí nos encontramos casualmente con el señor Colville, que fue increíblemente amable y se unió a nosotros en los postres, invitándonos a una botella de champán.

Dan se sintió completamente feliz al observar a Ingrid hablando, con los ojos brillantes por los recuerdos de un momento maravilloso. Le hacía sentirse dichoso, ya no quedaba ni rastro de su dolor. Le hubiese gustado poder protegerla de todo y hacer que se sintiese así para siempre.

—El señor Colville era francés, ¿Verdad?

—Sí, era el marido de Zelinda, la hija mayor de los Lenz. El pobre murió poco después de aquella noche, tenía un terrible cáncer de pulmón. Era un hombre muy agradable, recuerdo que siempre me traía algún regalo cuando venía de Nantes. Pasaba mucho tiempo en Francia por sus negocios. De hecho, vivía allí. Tenía que ser duro para él estar siempre lejos de Zelinda y de su hijo... ¿Tú tienes hijos? —preguntó Ingrid.

—No, Gerda no ha querido nunca ser madre. Para ella supondría renunciar a su tren de vida. Al principio de nuestro matrimonio, yo quería tener una gran familia, pero con el paso de los años me di cuenta de que era mejor así. Eso simplifica mucho las cosas.

—Sí, los niños vuelven tu vida del revés, Pero te llenan de satisfacciones, aunque luego se convierten en adolescentes y se alejan de ti...

—Eso es ley de vida, pero estoy seguro de que cuando maduren tendrás una relación fantástica con ellos.

—Eso espero, a veces es muy complicado ser madre... —reflexionó Ingrid recordando a Ava.

Dan se percató de cómo los ojos de Ingrid se ensombrecieron de repente.

—No te preocupes, cualquier cosa que se esconda en esa carta, no podrá herirte. Es algo que pertenece al pasado.

—Siempre me contaron que mi madre era una mujer maravillosa. Todo el mundo, incluso en las ocasiones en que pude hablar con mi padre sobre ella. Me parece increíble que se pusieran de acuerdo para ocultarme la verdad, estaba viva y yo lo ignoraba por completo.

—Siento curiosidad por saber qué pudo pasar. Debió de ser muy doloroso para todos. Supongo que esta tarde descubrirás toda la verdad.

—Tengo miedo.

—No debes preocuparte, yo estaré a tu lado —la tranquilizó Dan cogiéndole la mano.

Ingrid cambió radicalmente de tema y alargó la sobremesa todo lo que pudo. De una manera casi infantil, evitaba regresar a la casa, allí la esperaban las respuestas. Cuando terminaron sus cafés dieron un pequeño paseo por los alrededores. Después de unos minutos andando, Ingrid resolvió que estaba preparada y regresaron.

Había llegado el momento de la verdad, Ingrid debía enfrentarse con su madre. Una vez acomodada frente a la chimenea de la pequeña casa, cogió la gran pila de folios y les echó un vistazo general. Había cuartillas escritas con una excelente caligrafía, otras en las que la letra era caótica y costaba descifrar las palabras, algunas páginas estaban atestadas de palabras y en otras, apenas si había alguna frase flotando en medio del vacío.

Dan encendió el fuego y se sentó a su lado, ella le había pedido que compartiera la historia y se preparaba para leer cada hoja cuando Ingrid hubiese terminado.

## CONSUELO

Había sido un día agotador, ya no tenía la misma energía que hacía veinte años y sus huesos le imploraban un descanso, pero todavía le quedaba algo importante que hacer. Aquel chico era un demonio, con lo bueno que era su padre... a Alain nunca se le habrían ocurrido esas cosas... El nieto de Zelinda y Bruno estaba pasando una temporada con sus abuelos, ya que sus padres habían ido a Londres a visitar universidades para matricularlo. Consuelo no creía que alejarlo de la familia fuera una buena idea, un muchacho así, con dinero en el bolsillo y lejos, haría cualquier cosa menos estudiar.

Herman se había pasado dos días fuera de casa sin llamar ni mediar explicación, sus abuelos habían llamado a la policía y todos los habitantes y sirvientes de la mansión Lenz, habían puesto todo su empeño en buscarlo. Había sido completamente agotador, ella se había encargado de ir por todo Potsdam preguntando. Ya se encontraba a salvo, había aparecido borracho, drogado y tremendamente cansado en una discoteca que no cerraba durante todo el fin de semana en Berlín, por lo que ahora dormía plácidamente en su habitación.

— *¡Habrase visto!* —murmuraba para sus adentros Consuelo mientras trajinaba—. *No sé dónde vamos a llegar con una juventud así.*

Pero enseguida, su mente la corrigió al focalizar sus pensamientos en su nieta.

Ingrid no tardaría en llegar del conservatorio. Daba gracias a Dios, ella era su fuente de satisfacción y alegría en la vida. Era buena, responsable, estudiosa y diligente... nada que ver con su madre... ni con aquel demonio de Herman.

Consuelo todavía recordaba el día en que Ava los abandonó, habían pasado diecisiete años ya, fue el peor día de toda su vida. Ella y Francisco lloraron hasta que no pudieron derramar más lágrimas, pero tuvieron que sobreponerse y seguir luchando... Ingrid dependía de ellos y esta vez debían hacerlo mejor.

Por fortuna, Ingrid era diferente. Aquella niña había colmado de alegrías sus vidas y los había ayudado, sin saberlo, a superar el dolor por el duelo de su hija. Sí, fue lo mejor, ahora se alegraba de haber tomado aquella decisión. Desde aquel día, Ava estaba muerta, para ellos y para el mundo entero, era lo mejor para Ingrid. Decirle a la niña que su madre no había sobrevivido al parto, era mucho mejor que hacerla crecer pensando que Ava se había desentendido de ella. Hacérselo comprender a Alaric no fue difícil, mucho más complicado fue que Francisco lo interiorizara. Pero no había otra opción, y con el tiempo había acabado comprendiéndolo.

Preparó un delicioso bizcocho con canela y una gran jarra de chocolate caliente y se sentó a aguardar a Francisco. Esperaba que llegase antes que Ingrid, de lo contrario, arruinaría la sorpresa. Poco después, oyó unos pasos que anunciaban su presencia.

Consuelo estudió con detenimiento los movimientos de Francisco al entrar a la casa. Resultaba evidente que la cadera cada día le dolía más y el reuma lo consumía, pero él nunca se quejaba. Ya no trabajaba conduciendo para los Lenz, tan solo se

encargaba del jardín, algo que le gustaba y con lo que disfrutaba, pero Consuelo sabía que cada día le costaba realizar sus tareas un poco más.

— ¿La tienes?

—Sí —contestó su marido con los ojos brillantes de satisfacción.

—Bien —dijo Consuelo complacida—. Siéntate cerca de la lumbre, te serviré un poco de chocolate. No tardará en llegar.

El matrimonio se sentó a la mesa a rumiar sus propios pensamientos. Había transcurrido mucho tiempo desde que aquellos jóvenes enamorados salieron de Utrera en busca de un futuro mejor y, pese a las dificultades que habían tenido que superar, estaban juntos y se profesaban un enorme cariño.

—Ya llega —anunció Consuelo de repente, justo cuando la puerta se abría.

— ¡Hola, ya estoy aquí! —saludó Ingrid, acercándose a dar un beso a sus abuelos.

— ¿Qué tal todo? —preguntó su abuelo, señalando la silla que había a su lado para que tomase asiento.

—Bien, de hecho muy bien, he aprobado todos los exámenes y paso de curso.

—No sabes lo que nos alegramos —acertó a decir Consuelo, mientras corría a darle una taza de chocolate caliente a su nieta y se limpiaba disimuladamente unas lágrimas de puro orgullo que asomaban a sus ojos.

—Gracias, estoy muy contenta, aunque el año que viene no sé cómo me las voy a arreglar, no será fácil compaginar el conservatorio con mis estudios... Mi profesora me ha dicho que va a ayudarme a buscar niños para dar clases particulares de piano y así podré costear la matrícula —explicó Ingrid entusiasmada.

—Bueno, cariño, tu abuelo y yo tenemos algo para ti, que quizás te ayude.

Francisco sacó una cartilla del bolsillo interior de su chaqueta y se la tendió a su nieta.

—Toma, esto es para ti. Estamos muy orgullosos—dijo el hombre sin poder ocultar su emoción.

Ingrid tomó entre sus manos la cartilla del Deutsche Bank y al abrirla casi se desmaya.

—Pero esto es mucho dinero, no puedo aceptarlo, debe ser para vuestra jubilación... Abuelo, tú siempre has querido regresar a España cuando dejaras a los Lenz y comprar una casa en Utrera... ya te queda muy poco.

—Esos son sueños de viejo tonto, tu abuela y yo ya no tenemos a nadie en España. Nuestro dinero es para ti, tú eres lo mejor que hemos hecho nunca, eres nuestra mejor inversión. Este dinero es para pagar la universidad y el conservatorio, los libros... y en fin, para que te des algún capricho. Te has esforzado mucho y estamos seguros de que tienes un futuro brillante.

—No sé qué decir. Muchísimas gracias.

—Solo tienes que seguir como hasta ahora, ya te quedan tan solo unos meses para terminar el instituto, después irás a la universidad y te convertirás en una mujer independiente. Es el mejor premio que tu abuelo y yo podíamos tener —aseveró Consuelo mientras notaba el corazón encogido de gratitud, su nieta era especial.

— ¿Ha aparecido ya el muchacho? —preguntó el abuelo cambiando de tema. Si su nieta seguía hablando rompería a llorar.

—Sí, ese malcriado estaba de juerga, menudo susto le ha dado a todo el mundo —terció Consuelo endureciendo su rostro.

—Abuela, no seas así, seguramente no ha sido para tanto.

—Entiendo que cuando uno es joven tiene que divertirse, pero hasta un límite. Hermann se ha pasado de la raya... ese chico no va a terminar bien, te lo digo yo.

—No exageres abuela, es un poco inmaduro, solo eso, pero no es mala persona —apuntó Ingrid conciliadora—. Luego pasaré a saludarlo.

—No —repuso Consuelo—. Es mejor que no lo hagas, tiene que dormir la mona y descansar o cuando regresen sus padres no estará presentable.

—Bien, entonces me pondré a estudiar, la semana que viene tengo examen de estadística.

Cada vez que Hermann traspasaba la verja de la mansión Lenz, Consuelo se ponía en guardia. Era unos años mayor que Ingrid, guapo y con dinero. Tenía que estar atenta para que su nieta estuviese lo más alejada posible de él, no podía dejar que nada se interpusiera en el prometedor futuro de su nieta, y mucho menos, un vividor. Hasta que no vio como Hermann partía y regresaba con sus padres, no descansó tranquila, le daban escalofríos solo de pensar en el muchacho.

Una semana después, Consuelo se dirigió muy temprano hacia la mansión antes de que nadie se despertase. Subió a la buhardilla, donde Bruno había instalado un pequeño despacho, se asomó a la puerta y al ver que se encontraba en su mesa, cerró la puerta tras de sí.

—Buenos días —la saludó el hombre con una sonrisa.

—Buenos días —contestó ella, acercándose para darle un cariñoso beso en los labios.

Consuelo se retiró y tomó asiento en la silla que había frente a Bruno.

— ¿Todo bien?

—Sí, Ingrid sigue sacando buenas notas y pronto hará las pruebas de acceso a la universidad, no creo que tenga problemas.

— ¿Necesitáis dinero? —preguntó Bruno solícito.

—No, Francisco y yo nos hemos encargado de eso —aseveró dolida. No importaba el tiempo que pasase, a Consuelo le molestaba soberanamente, la suficiencia que mostraba hacia ella la gente con dinero, incluso Bruno.

—No seas orgullosa —dijo el hombre divertido, siempre le sorprendía la actitud que mostraba Consuelo ante el dinero—. Si necesitáis algo, házmelo saber. Me alegro mucho por Ingrid, de mis dos nietos, está claro quién es más inteligente —admitió el señor Colville, rememorando la última estancia de Herman en la casa.

—Puedes estar seguro de eso —dijo Consuelo desafiante—. Espero que ese nieto tuyo no se meta en más líos, no pinta bien.

—Lo sé, creo que iré a hacerle una visita a Londres y hablaré de hombre a hombre con él.

— ¿Te vas a marchar ya? —se lamentó—. Hace tan solo una semana que regresaste.

—Lo sé, pero no puedo soportar ni un día más aguantando a esa arpía. Zelinda absorbe toda mi energía.

—Pero estoy yo.

—Lo sé, pero tú estás demasiado ocupada para hacerme caso.

—Bruno, yo tengo que trabajar para ganarme la vida.

—Perdona, no quería reprocharte nada, bastante haces con mantener todo esto en pie. Pero debo irme, tengo unos asuntos que arreglar en España.

— ¿España?

—Sí, tengo que ir a Marbella.

Consuelo abrió mucho los ojos, siempre se había prometido a sí misma regresar algún día a su tierra, aunque sólo fuese de vacaciones...

—Me encantaría ir contigo...

Bruno le dedicó una mirada entrañable. Cuando habían sido dos jóvenes amantes apasionados, había querido llevar a Consuelo con él en infinidad de ocasiones. Había estado dispuesto mil veces, a dejar a su mujer y empezar una nueva vida con ella, pero siempre había chocado con un muro inquebrantable: su lealtad a Francisco era más fuerte que nada, ni siquiera el inmenso amor que se profesaban podía resquebrajarla. Cuando nació Ava, las esperanzas de que algún día Consuelo abandonase todo para vivir junto a él, se evaporaron para siempre. Con los años, había aprendido a amarla en la distancia y ajustar su vida a las circunstancias.

—Sabes que si quieres, puedes acompañarme. Nunca te has cogido vacaciones, aunque Zelinda ponga el grito en el cielo, te lo debe.

—Te lo agradezco, pero ahora no es posible. Ingrid tiene que estudiar y yo he de cuidarla.

—Como quieras, pero sabes que te echaré de menos.

—Yo a ti también.

Al día siguiente, Consuelo notó como Ingrid regresaba del instituto inquieta, no podía parar de moverse. La ayudó con el pastel de carne que estaba haciendo, pero se le caían todos los utensilios y no lograba concentrarse en ninguna tarea.

—Creo que deberías descansar un rato, estás algo alterada —dijo Consuelo, temiendo que su nieta fuera a romper algo.

—Debería ir a dar un paseo —apuntó Ingrid—. ¿El abuelo está en el jardín?

—Sí, es la época de podar los rosales, búscalos cerca del cenador.

Durante la cena, Ingrid y Francisco estuvieron más callados de lo habitual. Consuelo era un apersona muy observadora y con los años, había adquirido un sexto sentido que la ponía en guardia, cada vez que sospechaba que se la trataba de ocultar algo. Había visto cómo su nieta, lanzaba tenues miradas de complicidad a su abuelo y este le respondía con una sonrisa.

Después de recoger los platos, se sentó un rato a ver la televisión con su marido y vio como Ingrid se retiraba a leer a su cuarto. Una hora después, pasó a verla y comprobó que estaba totalmente dormida.

— ¿Qué ocurre? —inquirió, plantándose delante de un sorprendido Francisco.

— ¿Qué ocurre con qué?

Consuelo señaló el cuarto de Ingrid, que permanecía con la puerta cerrada.

—Nada —repuso el hombre—. ¿Qué va a pasar?

Consuelo arqueó una ceja, Francisco no sabía mentir y mucho menos a ella.

—Sé que me estáis ocultando algo. No soy un monstruo, puedes contarme lo que sea.

Consuelo tomó asiento rápidamente junto a su marido.

— ¿Estás segura? No te va a hacer ninguna gracia—titubeó ante la insistente mirada de su mujer—. Me tienes que prometer que no dirás nada. La niña ha confiado en mí, no puede pensar jamás que he traicionado su confianza —confesó el hombre, dándose por vencido, era imposible ocultarle algo a Consuelo durante mucho tiempo.

La mirada apremiante de su mujer obligó al hombre a explicarse y no dejar de hablar:

—Esta tarde ha venido a verme y me ha contado que le gusta un chico de su instituto.

Consuelo apretó los labios, Ingrid tenía diecisiete años. A su edad Ava ya estaba embarazada, pero Ingrid le parecía todavía una niña y no iba a consentir que cometiera algún error que destrozaría su vida.

—Cuéntamelo todo —apremió la mujer.

—Verás, se ve que hace cosa de un mes, su profesora de Matemáticas le pidió un favor: había un chico en su clase que iba a suspender y necesitaba ayuda. No te



agobies, pero el chico en cuestión, ha repetido varias veces y si no aprueba, lo echarán del instituto y no podrá obtener el título. No pongas esa cara mujer.

Consuelo se había quedado pálida, notaba como la boca se le empezaba a secar y el corazón le palpitaba.

—Continúa.

—El caso es que al principio tenía muchos reparos, porque el chico no le caía muy bien, pero resulta que han terminado congeniando.

Consuelo apretó los puños tan fuerte que, por un momento, pareció que sus uñas traspasarían las palmas de sus manos.

—No me lo puedo creer, ¡Un gamberro!

—Consuelo, no debes darle más importancia que la que tiene, Ingrid es una chica responsable, tienes que darle un voto de confianza. Que el muchacho no saque buenas notas, no quiere decir que sea un vándalo.

—Francisco, tenemos que protegerla, cuando tú y yo faltemos de este mundo estará sola. Tiene que ser una mujer independiente, que sepa ganarse la vida por sí misma y que encuentre un buen hombre que la cuide, no un cualquiera que no sea capaz ni tan quiera de sacar buenas notas en el instituto —expuso ahogadamente.

—Ella sabe muy bien cuidarse sola.

— ¡No, no es cierto! —Gritó Consuelo con la voz resquebrajada de desesperación—. No consentiré que nos ocurra otra vez.

— ¡Por el amor de Dios, Consuelo! Ingrid no es Ava.

—Lo sé y doy gracias cada segundo de mi vida por ello, pero no puedo consentir que eche su vida a perder.

—Estas sacando las cosas de quicio, es una joven que se ha enamorado, déjala disfrutarlo, se lo merece.

—No —respondió categórica.

—No te das cuenta, pero con esa actitud sólo conseguirás alejarla... como a nuestra hija.

Aquellas palabras dolieron tanto, que en el alma de Consuelo, se abrió una brecha en la herida que ya pensaba cicatrizada.

—Eso no es justo.

—Piénsalo bien, ¿Por qué crees que me lo ha contado a mí? Sabe que no lo aprobarás, que tus prejuicios te cegarán y no serás capaz de apreciarlo, por bueno que sea.

—Francisco, no podemos consentirlo y punto.

—No, Consuelo, debes aceptarlo, es su decisión, no la nuestra. Seguramente, si no le das importancia será un amor fugaz. Cuando Ingrid vaya a la universidad, conocerá chicos más interesantes y se olvidará de él, pero déjala equivocarse... es su vida.

Consuelo se levantó y se fue directa a la cama. No pudo dormir en toda la noche. Francisco estaba muy equivocado, si pensaba que ella consentiría semejante relación, pero debía ser más astuta que él. Sabía por experiencia que oponerse a una adolescente solo provocaba que su obstinación creciera. Después de darle muchas vueltas, su cabeza había tejido un plan, que a todas luces debía ser eficaz. No podía enfrentarse a Ingrid, pero debía hacerle ver que con un chico así no iba a ninguna parte.

Cuando terminó de preparar el desayuno de Ingrid, Consuelo se fue a organizar todo en la casa grande. Pasó toda mañana dando instrucciones y haciendo pasteles para la merienda de la tarde, Zelinda había invitado a un nutrido grupo de cotorras a tomar café. Cuando hubo concluido, se dirigió a la parte trasera del jardín, donde sabía que encontraría a Francisco. Como esperaba, su marido estaba absorto terminando de colocar unos injertos y no la oyó llegar.

—Hola —saludó, sorprendiéndolo adrede.

Francisco dio un respingo y se giró hacia ella:

—Vaya susto. No te esperaba.

—Lo sé, he venido a hablar contigo de Ingrid.

—No empieces Consuelo, no tengo ganas de discutir —aseveró el hombre con desgana.

—Solo vengo a decirte que tienes razón.

A Francisco se le cayeron las tijeras que llevaba en la mano, no daba crédito a lo que estaba oyendo. Su mujer no era precisamente de esas personas que dan su brazo a torcer tan fácilmente.

— ¿En serio?

—Sí, lo he estado pensando detenidamente y creo que lo más sensato será apoyarla y conocer al chico.

Consuelo notó como Francisco se quedaba sin palabras, aturdido por su cambio de actitud. Ella haría de tripas corazón. Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la mansión, todavía tenía una dura jornada por delante.

Dos días después, seguramente animada por Francisco, Ingrid fue a buscar a su abuela a la cocina de la gran casa.

—Abuela, ¿Tienes un momento?

—Claro hija, ¿Qué necesitas?

—Quería hablarte de algo.

Consuelo se limpió las manos con un paño y se sentó, dispuesta a escuchar lo que tuviera que decirle su nieta.

—Tú dirás.

Ingrid tomó asiento junto a su abuela, incapaz de sostenerle la mirada

—Verás... he conocido a un chico —vaciló.

—Oh... eso es maravilloso cielo — alabó Consuelo haciendo un gran esfuerzo por fingir sorpresa y comprensión.

Ingrid estaba tan ocupada en encontrar las palabras adecuadas para exponerle el asunto a su abuela, que solo sentía un gran alivio al comprobar su reacción, sin poder cuestionarse nada más.

—Es un chico fabuloso abuela... guapo, listo, divertido... Me gustaría que lo conocieras...

—Claro cariño, puedes traerlo a casa cuando quieras.

—Había pensado enseñarle el lago el viernes. Quizás, cuando venga por la tarde, podrás conocerlo.

—Estaré encantada.

— ¡Gracias abuela! —exclamó la muchacha, mientras besaba efusivamente a su abuela y se marchaba.

Consuelo observó cómo su nieta abandonaba la cocina dando pequeños saltos de alegría. *Los jóvenes son tan inocentes* —reflexionó—. *No tienen ni idea de lo dura que es la vida y lo importante que puede llegar a ser para tu futuro una mala decisión...*

El viernes, después de servir la comida en la mansión Lenz, Consuelo se retiró a su cocina, para preparar unas galletas. Prefería mantener la mente ocupada. Ingrid iba de un lado para otro de la pequeña casa peinándose, probándose ropa y sin parar de parlotear. Nunca la había visto en semejante estado. Normalmente, era una chica sosegada, que pasaba casi todo su tiempo estudiando, practicando con el pequeño piano o leyendo... pero ahora, parecía un torbellino.

Un ruido, que a ella le resultó ensordecedor, la sacó de sus pensamientos. Por el camino de grava se acercaba una moto. *¡Por Dios bendito!* —Dijo para sus adentros—. *Lo que faltaba: una moto.*

— ¡Ahí viene! —gritó Ingrid. Mientras salía fuera a recibir a su invitado.

Consuelo se tomó unos segundos para observarlos a través del cristal de la ventana, los dos sonreían y se miraban embelesados visiblemente emocionados. Ingrid le cogió la mano al muchacho y lo arrastró hacia el interior de la casa.

—Abuela, este es Dan. Dan, ésta es mi abuela.

—Encantado —dijo el muchacho algo azorado

—Igualmente —respondió Consuelo, procurando exhibir la mejor de sus sonrisas—. Es un placer. Espero que no hayas tenido problemas para encontrar esto.

—No, lo cierto es que Ingrid me lo ha explicado muy bien, es precioso.

—Sí, tenemos mucha suerte de vivir rodeados de naturaleza...¿De qué parte de Berlín vienes?

—Vivo en Friedrichshain

Consuelo no pudo evitar que una mueca de desagrado se dibujara en su rostro, pero enseguida se recompuso y reaccionó.

—Qué bien, aunque con esa moto no tendrás problemas para moverte por donde te plazca.

—Sí, es una maravilla. La he construido yo mismo con piezas que he ido recopilando, mi padre trabaja en un taller y me ha ayudado un poco.

— ¡Oh! Así que te gustaría ser mecánico —repuso Consuelo suspicaz. Se le helaba la sangre al acordarse de Alaric.

—Lo cierto es que todavía no sé qué haré después del instituto, me gustaría ponerme a trabajar enseguida.

—Bien. Sabes que Ingrid el año que viene empezará la universidad...

—Sí, ella es muy lista, si no fuera por ella, no creo que me diesen el título —replicó el chico, mirando con admiración a su novia y guiñándole un ojo.

Ingrid empezaba a encontrarse algo incómoda, podía ver cómo, sutilmente, su abuela desplegaba todas sus armas y sometía a Dan a un férreo interrogatorio.

—Creo que es mejor que nos vayamos a dar una vuelta, pronto anochecerá y quiero enseñarte los alrededores —se excusó, lanzándole una mirada apremiante a su novio—. ¿Sabes, abuela?, Dan nunca ha estado en Potsdam.

—Ya veo —contestó la mujer—, pero creía que ibais a quedaros un rato más, he hecho galletas.

—En otra ocasión abuela, volveremos antes de que sea demasiado tarde.

Ingrid empujó levemente a Dan hacia el exterior y los dos se fueron cogidos de la mano hasta perderse de vista.

Consuelo se quedó sola y abatida, estrujando entre sus manos el delantal que llevaba puesto. En ese momento entraba Francisco, que se dirigía hacia el fregadero, para lavarse las manos cubiertas de tierra.

— ¿Me lo he perdido? —preguntó el hombre.

—Sí, se acaban de marchar.

— ¿Y qué tal es?

—Muy educado.

— ¿Y...?

—Parece que tiene aptitudes para la mecánica, él mismo se ha construido su moto —apuntó Consuelo, impregnando sus palabras con una ironía patente, mientras pensaba—. *Otro mecánico...*

—Lo importante es que la haga feliz

Consuelo se mordió la lengua, no quería volver a discutir con su marido.

—Sí, supongo que eso es lo importante.

Consuelo veía con desolación como el amor que profesaba su nieta por Dan crecía día a día. La veía descentrada, ya no dedicaba tanto tiempo a estudiar y andaba casi siempre alborotada. La gota que colmó el vaso e hizo la situación insostenible, fue una llamada de teléfono.

El sonido del timbre la asustó, Consuelo se encontraba remendando unos pantalones de Francisco y siempre que cosía se concentraba de tal modo, que dejaba de percibir las cosas que se encontraban a su alrededor.

—Diga —contestó extrañada, nadie solía llamar por teléfono a esas horas. Por lo general, solo llamaban las amigas de Ingrid, pero en ese momento estaba en el instituto, por lo que no podía tratarse de ninguna de ellas.

—Buenos días, soy Cecania Kast, la tutora de Ingrid.

—Buenos días, ¿Le ha ocurrido algo?

—Usted es su abuela, ¿Verdad?

—Sí, Ingrid está a mi cargo.

—Verá, de un tiempo a esta parte, la actitud de Ingrid en el instituto ha cambiado bastante y me gustaría comentarlo con usted. Esta mañana no ha asistido a clase.

— ¡Cielo santo! Pero si ha salido de casa como todos los días...

Consuelo tuvo que acercar una silla al teléfono y tomar asiento, comenzó a notar cómo le temblaba todo el cuerpo.

—Ya, no quisiera preocuparla, pero sus notas han bajado y es una pena, es mi alumna más brillante...

—No, no se preocupe... yo lo arreglaré.

—No sea usted muy dura con ella, a estas edades los chicos suelen hacer muchas tonterías... es lo normal.

—Le agradezco mucho que nos haya avisado.

—No hay de qué, hasta luego.

—Adiós.

No podía ser cierto, era impropio de Ingrid saltarse las clases. No eran paranoias tuyas, aquel chico la estaba trastornando. Consuelo tardó unos minutos en recomponerse, pero cogió de nuevo el auricular del teléfono y marcó un número larguísimo, rezando para tener suerte.

—Diga —contestaron al otro lado.

—Bruno, soy yo, necesito dinero.

Por la mañana, Consuelo recorrió lo veinte minutos que la separaban de la charcutería, donde habitualmente hacía los pedidos de la casa, en apenas diez. Notaba como la determinación crecía en ella a cada paso. Conocía a la carnicera desde poco después de su llegada a Potsdam, con lo que no tendría ningún problema en que la ayudara. De regreso, preparó la comida favorita de Ingrid, cerdo con chucrut, y se sentó a esperarla pacientemente.

Cuando la muchacha llegó, se sentaron a comer.

—¿Qué tal las cosas en el instituto? — preguntó Consuelo como por casualidad.

—Estupendamente —resolvió Ingrid sin darle importancia—. Abuela, está delicioso.

—Me alegra que te guste, ¿Tienes mucho para estudiar esta tarde?

—No, dentro de una hora, Dan me recogerá e iremos a dar una vuelta.

—Me parece bien, pero antes necesito que me hagas un favor.

—Lo que necesites.

—Debes ir a la carnicería a por un pedido, normalmente lo trae el carnicero, pero me ha llamado su mujer y dice que tienen la furgoneta está en el taller.

—No puedo abuela, Dan vendrá a recogerme enseguida.

—No te lo pediría si no fuese importante, yo no puedo con el peso.

—Iré mañana.

—Lo necesito para esta noche, hay invitados, sabes que de no ser urgente no te lo pediría. No te preocupes, le diré que aguarde aquí. Si quieres, le puedo preparar algo para que la espera le sea más leve. De todos modos, no creo que vaya a llevarte mucho tiempo.

—Está bien, ahora mismo voy.

—Tendrás que esperar un poco, no abren hasta dentro de un buen rato.

Ingrid terminó su plato algo enfurruñada, pero obedeció sin rechistar. Cuando se perdió de su vista, Consuelo se cercioró de mandar a Francisco una ardua tarea, lejos de allí, no quería que nadie la molestase. Poco después, oyó el estridente ruido de la moto de Dan acercándose.

—Pasa —le ordenó al muchacho, que la miraba asombrado por el brusco cambio de actitud de la mujer. En esos momentos, no era la mujer amable que había conocido, se veía a la legua.

—Buenas tardes, vengo a por Ingrid.

—Siéntate, tenemos que hablar.

Dan obedeció y se sentó frente a la mujer, que sostenía un abultado sobre entre sus manos.

—Ingrid ha bajado sus notas desde que estáis juntos.



—Lo siento, intentaré no distraerla.

—No lo entiendes, no se trata de eso.

—Ingrid tiene un futuro prometedor, es una alumna brillante. Es lista y se esfuerza, será lo que quiera.

—Lo sé.

—Pero tú, no.

Los ojos del muchacho reflejaron en un primer momento sorpresa, luego Consuelo comprobó cómo manifestaban dolor y por último, un fuego de indignación, que hizo que brillaran.

—Yo la quiero —dijo el muchacho con toda la determinación que pudo reunir.

—Precisamente. Estoy convencida de que es así. Por eso, voy a pedirte que la dejes. Si tanto la quieres, querrás lo mejor para ella y lo mejor es que te marches y no la vuelvas a ver.

—No, ella jamás me perdonaría algo así.

—No estamos hablando de ti, sino de ella y su porvenir.

— ¡No voy a dejarla, está usted loca! —gritó Dan, levantándose violentamente de la silla.

—Eres joven y espero que trabajador. Toma, en este sobre hay suficiente dinero como para empezar una nueva vida. Cógelo, constrúyete un futuro que sea digno de ella y vuelve.

Consuelo puso el sobre en las manos del muchacho, que la miraba con incredulidad. Tardó unos segundos en reaccionar. No había visto tanto dinero junto en la vida, ni había soñado jamás con que se le presentara una oportunidad así. Pasó más de un minuto antes de que pudiera hablar, distintas versiones de su futuro se alternaban en su cabeza vertiginosamente.

— ¿Le diré que la quiero y que volveré a por ella?— preguntó compungido, a sabiendas de que había tomado una decisión, que le dolería eternamente.

—Descuida.

Consuelo oyó el terrible sonido del motor aliviada. Cuando la reverberación desapareció, entró en la casa y comenzó a trajinar, ajena a lo que acababa de acontecer.

Unos cuarenta minutos después, Ingrid irrumpía en la casa con las mejillas arboladas y las bolsas de la charcutería.

— ¿Ha llegado ya? —preguntó la muchacha, con la última luz que desprenderían sus ojos en mucho tiempo.

—No, todavía no —le contestó Consuelo, poniéndole una taza de chocolate caliente delante.

## INGRID Y DAN

*Dieter se despedía despreocupadamente de sus abuelos, mientras bromeaba con sus hermanos. Yo me deshacía frente al frío cristal sintiéndome perdida. Me agarré a sus promesas para no caer, me hice una coraza que me protegiera, llena de los momentos que pasé con él para poder seguir con mi monotonía. Continué adelante, aguardando una carta que nunca llegaba y excusando el retraso, engañándome a mí misma, justificándolo con cientos de pretextos inverosímiles... No hay mayor ciego que el que no quiere ver y el amor es capaz de arrancarte los ojos.*

Ingrid puso cuidadosamente la hoja al alcance de Dan, se acurrucó en el sofá y dejó que los recuerdos la invadieran. Ella se había sentido igual que Ava, podía rememorar el dolor agolpándose en su espíritu, cuando se había dado cuenta de que él jamás regresaría a su lado.

No podía proseguir, debía asumir toda la información que Ava le proporcionaba. Su auténtico abuelo era Bruno Colville. Una gruesa lágrima resbaló por su mejilla al rememorar a Francisco, él había sido siempre bueno y generoso con ella. Se preguntó si sabría la verdad.

Francisco había muerto unos meses después de jubilarse. Él y Consuelo habían alquilado un pequeño apartamento cerca de su casa, para ayudarla con los niños. Eran muy pequeños y requerían mucho trabajo, a él le encantaba meterlos en el carro y darles largos paseos. Su cara rebosaba de orgullo cuando portaba a los pequeños, sonreía satisfecho a cada paso como si llevase un trofeo entre sus manos. Un día, Consuelo no logró despertarle. Su muerte había sido plácida, como su carácter a lo largo de la vida.

El sonido del móvil interrumpió sus pensamientos, devolviéndola a la realidad. Una realidad que le costaba también asumir. Junto a ella, Dan leía el último folio que le había pasado y una mirada llena de ternura y complicidad se cruzó entre ellos.

Ingrid desbloqueó automáticamente su móvil y vio que Johann le mandaba un video de los niños bajando una pista a gran velocidad. Berta esquiando y Derek con su tabla de snowboard. Se maravilló con la destreza que demostraban, al tiempo que su corazón de madre seguía la escena con temor a que se cayeran y se hiciesen daño. Contestó con emoticonos de corazones, caras sonrientes y suspiró.

—Me gustaría ir hasta el lago —anunció, mientras se ponía en pie. Creo que por hoy ya he tenido suficiente.

— ¿Quieres que te acompañe? Si prefieres ir sola, puedo quedarme a preparar la cena.

—No sé si debería quedarme. Me siento un poco culpable, quizás deberías llevarme a Berlín.

A Dan le envolvió el pánico, no quería que aquello terminara nunca, no podía consentir despedirse de ella, al menos no por el momento.

—No creo que debas pasar por todo esto sola. Quédate hasta que termines de leerlas y luego te llevaré a casa —repuso señalando la pila de folios—. Después de todo, eres la heredera Colville, debes permanecer en la mansión Lenz —intentó bromear, mientras hacía una reverencia.

—Está bien, me quedaré, pero iré sola a dar un paseo antes de cenar. Lo necesito.

Ingrid se dejó convencer fácilmente y accedió a quedarse a pasar otra noche en la casa, pero ahora los remordimientos se añadían a su ya alterada lista de emociones. Sabía que no estaba bien, no quería irse. En aquella casa, junto a Dan se sentía a salvo, protegida, la estaba mimando como hacía muchos años no lo hacía nadie y le gustaba. Además, aunque trataba de engañarse a sí misma, sabía que todavía sentía algo por él. Nunca había logrado olvidarlo y ahora lo tenía de nuevo delante. Le daba miedo ser incapaz de controlarse.

La parte íntegra y honesta, que había heredado de su abuela, la empujaba a reconsiderar la situación y marcharse, alejarse de Dan y evitar tentaciones, pero por lo que había visto, su madre era una mujer pasional, que se dejaba arrastrar por sus deseos. Los suyos, en ese momento, eran permanecer junto a él. Además, Consuelo había sido leal a Francisco y nunca lo había dejado, pero también había sido la amante del señor Colville durante muchísimos años...Se reprendió a sí misma por intentar justificar sus sentimientos, de sobra sabía ella que no estaban bien.

Anduvo hasta el lago Templiner y se adentró en él, sobre un pequeño muelle de madera. El agua en movimiento siempre le reportaba paz, aquello era justo lo que más necesitaba en esos momentos, debía aplacar su agitada alma y reflexionar. Allí, podía sumergirse en sus pensamientos y dejarse arrastrar. Perdió totalmente la noción del tiempo y no se dio cuenta de que a su alrededor comenzaba a difuminarse la luz.

Una embarcación llena de turistas pasó cerca de ella y algunos niños la saludaron, ella les devolvió el saludo y eso la ayudó a regresar al mundo físico y real donde debía avanzar. Regresó a casa de Dan con el firme propósito de continuar descubriendo el pasado.

Al abrir la puerta, el olor a spätzle gratinados le hizo darse cuenta del hambre que tenía. Se tomó unos segundos para estudiar a Dan mientras cocinaba, estaba concentrado cortando unos tomates para una ensalada y no se había percatado de su presencia. No había cambiado mucho en aquel tiempo, tan solo unas incipientes canas y algunas arrugas, que ahora surcaban su rostro, delataban el paso del tiempo, pero en esencia, estaba igual. Su forma de mirarla, de desenvolverse, era la misma después de tantos años. Sus movimientos y gestos despertaban en ella una reconfortante familiaridad, porque su cabeza los había rememorado mil veces. La primavera en que se marchó, había dado paso al verano más negro de su existencia.

Cuando terminó el instituto, ya no tenía nada con lo que distraer su cabeza y se quedó sola consigo misma y sus terribles pensamientos, la inseguridad y el miedo hicieron presa en ella hasta casi asfixiarla.

Sabía que gracias a Consuelo, no sucumbió. Ella la mantenía siempre ocupada y había empezado a enseñarle a cocinar, con el pretexto de que ella era cada vez más mayor y todas sus recetas no podían perderse. Ingrid se sentía desolada y culpable, algo terrible había tenido que hacer para alejar toda la luz que había en su vida de forma tan abrupta. Consuelo la mimaba como a una niña pequeña, la consolaba entre sus brazos cuando notaba que estaba a punto de desfallecer y le hablaba de su prometedor futuro, ahora que ya estaba matriculada en la universidad. Incluso la dejó asistir con Hermann, el díscolo nieto de los Lenz, a una fiesta, cuando vino una semana de visita.

Ver a su abuela esforzándose por hacerla feliz, la obligó a sobreponerse. No quería ver a Consuelo sufrir por su culpa, así que dejó que el dolor se instalará en un rincón oculto de su alma y aprendió a vivir con él, sin que nadie lo notase. A los pocos meses, entraba en la universidad y tenía una vida nueva, se concentró en su futuro, como anhelaba su abuela y cerró el pasado para siempre, pero paradojas del destino, ahora lo tenía enfrente, preparándole la cena.

—Hola —saludó al tiempo que comenzaba a poner la mesa para la cena.

— ¿Qué tal el paseo? —preguntó Dan distraídamente, mientras servía unas copas de vino.

—Bien. Por aquí las cosas no han cambiado mucho, me alegra, el lago está igual.

—Sí, aunque lleno de turistas por todas partes.

—No me extraña, esto es precioso. Es increíble que esté tan cerca de Berlín.

Dan sonrió con cierto halo de misterio y dijo:

—No te lo vas a creer, pero esta noche ponen “Casablanca” en la televisión.

— ¡Venga ya! —exclamó Ingrid mientras tomaba asiento para la cena.

—He puesto un momento las noticias y lo he visto anunciado.

— ¿Te acuerdas? Ese día me llevaste al centro de Berlín a verla, era una matiné y me obligaste a saltarme las clases.

— ¿Ves? —apuntó con tono sombrío—. Yo no era una buena influencia.

—No exageres, recuerdo aquella mañana como una de las mejores de mi vida. Cada vez que voy al cine Zoo Palast me acuerdo. Fue increíble, nunca había hecho algo así, me lo pasé genial gracias a ti.

Aquella mañana, viendo “Casablanca”, había sido la primera vez que besaban a Ingrid. Recordarlo la hizo sonrojarse y le dio un sorbo a su copa, para disimular su turbación.

—Ese día fue especial, sí —repuso Dan con una mirada profunda, que daba a entender que él también recordaba aquel momento—. “*Presiento que éste es el comienzo de una hermosa amistad*” —apuntó parafraseando la película.

—Entonces, está claro que deberíamos verla —zanjó Ingrid—. Tú has cocinado, yo recojo y lavo los platos.

—Vale, tengo que ir a la casa grande a colocar unos tablones, pero no tardo nada, me da tiempo de sobra.

Ingrid asintió por toda respuesta. Al terminar la cena, recogió todo y observó cómo Dan se alejaba a través de la ventana. Después de lavar los platos y colocarlos, se acercó hasta la gran caja de madera que albergaba las cartas de su madre a Dieter. La sostuvo un momento y comprobó que pesaba bastante. Dan la había hecho con madera maciza y estaba muy bien acabada, debía haberle llevado bastante tiempo terminarla. Ahora, sabía quién era Dieter, el primer amor de su madre y también conocía cómo se siente una joven a la que le rompen el corazón. Abrió la caja y sostuvo entre sus manos la primera carta del fardo.

*Enero, 1970, Potsdam*

*Querido Dieter,*

*Espero que hayas tenido un buen viaje de regreso a Roma. Aquí todo es muy aburrido desde que te has ido, te echo mucho de menos.*

*El frío es insufrible, no para de nevar, supongo que en Italia todo es diferente, allí lucirá el sol. Seguro que tu país es maravilloso, me gustaría poder ir alguna vez, he oído que es precioso y que la comida es fantástica.*

*Espero que pronto podamos vernos. Arnold tenía razón, Alain se casará esta primavera con Alicia, su novia. Me encantan las bodas, son días preciosos, estaría bien poder ir juntos.*

*No te entretengo más.*

*Un beso,*

*Ava.*

Ingrid guardó la carta cuidadosamente en el sobre y la dejó en la caja de madera con las demás. Sentía pena por aquella chica, le había dado todo a Dieter y él a todas luces, había terminado ignorándola. *Cabrón* —pensó—. Se disponía a abrir la siguiente, cuando oyó como Dan abría la puerta.

—Creo que tengo palomitas para hacer en el microondas —dijo a modo de saludo—. ¿Estás preparada?

Ingrid devolvió la carta a la caja y la guardó, se hizo un ovillo con una manta en el sofá y encendió el televisor.

— ¡Lista!

A los pocos segundos, el inconfundible olor a palomitas inundaba la habitación. Dan puso sobre la mesa un enorme bol y dos cervezas muy frías.

— ¡Listo!

Ingrid se quedó un momento sin respiración, desde que Dan la abrazara, no se habían rozado. Él se había sentado a su lado, demasiado cerca, y ella volvía a sentirse como una adolescente. Intentó calmarse recordando lo absurdo de todo aquello y no pudo evitar que la inundaran cientos de reflexiones frustrantes: *era una mujer felizmente casada, con dos hijos maravillosos, una carrera profesional intachable... ¿Pero a qué demonios se creía que estaba jugando? En serio, ¿Felizmente? ¿Con quién creía que estaba hablando?* Agradeció que la película comenzara, para concentrar toda su atención en ella y esquivar la cadena de pensamientos que, de sobra sabía, dónde la terminarían llevando. No, no podía justificarse.

Los títulos de crédito aparecieron en la pantalla y las escenas se fueron sucediendo una a tras otra en la televisión. Ingrid y Dan miraban la película, ambos conocían el desenlace y no podían negar algo evidente. Su historia sin terminar, había originado que entre ellos hubiese una tensión permanente. En ese instante, sus pensamientos iban acompasados, el eterno dilema de Rick traspasaba la pantalla y se instalaba entre ellos como un tercer espectador. ¿Era mejor ser un hombre honesto pero infeliz o un cabrón feliz? La cuestión más profunda y aterradora era si un hombre honesto podría llegar a ser feliz sabiendo que se ha comportado como un canalla. Ingrid se sentía como Bergman y comprendía a Bogart con todo su corazón.

Sin darse cuenta ambos se transportaron a ese día. A la mañana en que los dos habían visto “Casablanca” por primera vez, con los corazones en un puño por el mero hecho de estar juntos, como si toda la energía del mundo se pudiera condensar en sus manos rozándose en las butacas de aquel cine. Cuando Bogart besó a Bergman en el flashback de París, Ingrid supo que Dan la miraba. Se giró hacia él y ocurrió. Su primer beso, rebosante de miedo y expectación, ese beso que la perseguiría muchas más veces de las que estaba dispuesta a admitir. Desde ese momento, no pudo volver a concentrarse en la película. Sabía que estaba ocurriendo otra vez. Cuando Bergman había entrado en el café de Rick, Ingrid sabía que Dan la miraba, casi podía oír cómo su mente le gritaba, pero algo en su interior le impedía ladear la cabeza. Sentía la frustración de Dan creciendo, que se mezclaba con la suya propia.

—Siempre nos quedará París —susurró él apesadumbrado, al concluir la película.

En la pantalla rezaba el consabido *The End*, ahogando sus corazones todavía más, ante el final nada feliz, pero más ético. El sacrificio de los amantes.

Ingrid lo miró un segundo sin querer escucharlo, era tremendamente doloroso. Aquellos recuerdos habían permanecido en su mente sepultados por vivencias nuevas que los pintaban con otros matices y significados, pero ahora se desempolvaban mientras tenía que batallar con sus sentimientos

—Es muy tarde, mañana regresaré a casa, pero antes quisiera terminar de leerlo todo. Lo mejor será que me vaya a dormir —apuntó Ingrid señalando la pila de folios y la caja de madera, mientras notaba como una bola de fuego se le iba acumulando en la garganta.

Se metió en la cama y se acurrucó todo lo que pudo de espaldas al salón. En esos momentos le hubiese gustado tener algo de intimidad, porque no podía reprimir más las ganas de llorar. No podía evitarlo, no estaba preparada para ese torrente de emociones que estaba viviendo y que la arrastraban a sentimientos que creía desaparecidos... su madre, su abuela, Dan... De nuevo Dan, tan cerca de ella que era difícil no rozarse, no aguantar su mirada y hablar con él. Y su vida, esa que parecía estar años luz de ella, pero que se encontraba a tan solo un puñado de kilómetros, su realidad, las circunstancias que la mantenían paralizada. No pudo reprimir las lágrimas y comenzó a llorar.

El domingo amaneció descargando un chaparrón sobre ellos. Ingrid se despertó, sobrecogida por el estruendo de un trueno, que hacía presagiar que la lluvia no cesaría en un buen rato. Se levantó y preparó café. Intentó hacer el menor ruido posible para no despertar a Dan, que dormía plácidamente entre un batiburrillo de mantas desordenadas. Procuró taparlo mejor, para que no se enfriara, y encendió la chimenea.

Con su café en la mano, se sentó en una mecedora de madera y comenzó a leer:

*Arnold fue más tierno que su hermano, no tan impetuoso y vacilante. Todo fue mucho más calmado. Habíamos apurado la botella, lo que hizo que nada me importase. Él sabía lo que hacía y convirtió uno de los días más melancólicos de mi vida, en uno de los más excitantes.*

*Regresamos a la fiesta por separado, nunca más volví a verlo... y a Dieter tampoco.*

Ingrid se llevó la mano a la boca mientras leía como su madre se había acostado con el hermano de Dieter, en la boda de Alain. Entendía su dolor por no ser correspondida con el mismo amor que ella le profesaba, se había portado como un sinvergüenza con ella. Una mezcla de pena y aversión la recorrió. Sentía lástima por aquella chica, pero al mismo tiempo su actitud comenzaba a merecer su reprobación. Que se sintiera desolada no justificaba en modo alguno que tuviera que abrirse de piernas al primero que se cruzara en su camino... La imagen impoluta de la madre que le habían vendido todos aquellos años, comenzaba a fracturarse.

*Mi boda se celebró discretamente en el juzgado. Evidentemente, no fue nada fastuosa. Vinieron los padres de Alaric y su hermano, mis padres y algunos de nuestros amigos, que fueron los únicos que nos felicitaron y pusieron un poco de alegría a aquel día. Tu abuela se mostró rígida durante toda la celebración, mirando a su alrededor como si se encontrara atrapada en un mal sueño, mientras mi padre se esforzaba para que cambiara de actitud sin conseguirlo, por lo que procuré ignorarla. Yo estaba feliz, por fin había encontrado mi sitio y ella no era capaz de comprenderlo.*

—Buenos días —saludó Dan estudiando el rostro de Ingrid—. Parecía sorprendida y enfadada al mismo tiempo.

—Mi madre era un desastre —se lamentó Ingrid bebiendo distraídamente su café. Era una inconsciente sin amor propio.

Dan la miró meditando qué decir, era una situación complicada y no sabía cómo debía ayudarla.



—Era muy joven, ¿Qué te apetece desayunar?

—Joven, estúpida y egoísta. Una tostada estaría bien.

Ingrid se levantó y recorrió la estancia como si estuviese atrapada, se sentía frustrada. Respiró hondo para calmarse, era inútil anidar aquella rabia por algo que había pasado hacía mucho tiempo y ya no tenía solución, pero le resultaba injustificable.

Se puso delante del fregadero y se obligó a limpiar los cacharros que Dan iba utilizando, para no dejarse llevar por la cólera que le producía conocer a su madre, una mujer a todas luces irresponsable. La frialdad con la que había descrito su encuentro sexual con el hermano de Dieter la aterraba.

No sabía qué podría encontrarse en las siguientes páginas, por lo que se cuestionó si debía continuar leyendo. Podía coger todas aquellas páginas, que no habían parado de atormentarla y arrojarlas al fuego, nadie se enteraría y seguiría con su vida como si nada hubiese pasado, pero estaba Dan... Si tomaba esa decisión, ya no tendría un pretexto para seguir junto a él, al menos durante unas horas más. Todavía le quedaba ese domingo. Los niños y Johann no regresarían a Berlín hasta tarde, les gustaba aprovechar hasta el último suspiro de sus gélidos alientos, para deslizarse por las pistas cubiertas de nieve. Un día más para ordenar su pasado, su presente y su futuro...en su cabeza, un triple mortal que amenazaba con sacarla de quicio.

Después de desayunar, Dan se acercó a la chimenea y comenzó a leer. Ingrid le había sacado ventaja aquella mañana y sentía curiosidad por conocer qué le molestaba tanto de su madre. Ella entró en el cuarto de baño y se tomó su tiempo para ducharse y arreglarse, se peinó cuidadosamente y hasta se maquilló un poco con algunas cosas que llevaba en el bolso. Perdía tiempo conscientemente, sabía que en el fondo no quería enfrentarse a Ava, no estaba muy segura de querer saber por qué la abandonó. Tras invertir más de cinco minutos en lavarse los dientes, se puso ante el espejo y se ordenó:

—Basta. Eres una mujer adulta, ya no eres una niña, debes enfrentarte a esto y superarlo.

Salió del baño con la firme determinación de terminar de leer la carta de Ava. Se sentó frente a Dan, que parecía totalmente abstraído en la historia de su madre y se convenció a sí misma de que no debía interrumpir más la tarea.

Veinte minutos después estalló. Acritud, desesperación y una profunda pesadumbre se fundieron en una amalgama de calor que surgía en el centro de su cuerpo y se extendía por todo su ser devastándola.

Dan saltó de su asiento y se colocó a su lado, intentando cubrirla con un abrazo que la protegiera del dolor, sin éxito alguno.

*Por fin me di cuenta del poder del dinero. Lo había subestimado. Odiaba el frío, odiaba tener que contar el dinero una y otra vez para poder llegar a fin de mes, odiaba la existencia que yo misma me había buscado, odiaba a mi marido, odiaba*

*esa casa deslucida, odiaba no tener ninguna esperanza, odiaba el trabajo que dabas... Y el dinero quemaba en mi mano y yo estaba tan harta y desesperada... Me ahogaba, me asfixiaba, vivía oprimida y agobiada... No sé si realmente llegué a pensarlo detenidamente. Entré de nuevo en la habitación de mis padres y te di un beso. Con ellos estarías mucho mejor de lo que nunca estarías conmigo y sabía que para Alaric sería una liberación verse exento de mantenernos a las dos.*

*Salí al jardín y me tomé unos segundos para observar la mansión Lenz por última vez. Después puse rumbo al centro de Potsdam, debía encontrar un taxi.*

*Te abandoné Ingrid, porque conmigo estabas sentenciada. Yo estaba ya condenada a ser una mala persona para siempre. El egoísmo que ha formado parte de mí desde el día en que nací, te habría privado de cualquier oportunidad.*

—Me abandonó, nunca regresó, jamás llamó para preguntar, ella no volvió a verme —lloró Ingrid desconsoladamente—. Yo le arruiné la vida —se lamentó.

—Tu madre es de esas personas que terminan mal inevitablemente, tú no hiciste nada —la consoló él, mientras le acariciaba la cabeza en un vano intento por apartar su desazón.

Sentía una tristeza insondable. La pena, la congoja que la invadía era por aquella niña. Ese bebé indefenso, que solo había sido culpable de nacer. Levantó la mirada y lo vio, allí estaba, en el peor momento de su vida: Dan.

Ingrid levantó la cara y lo besó, sus manos comenzaron a acariciar el rostro de Dan como queriendo cerciorarse de su presencia. Besarle era la única forma de alejar a Ava de su mente, quería llenarla de él, de su amor, de todo lo que había hecho por ella, porque sabía que la quería tanto como ella a él. Fue el beso más intenso que había dado jamás. Dan la acariciaba sin poder creer todavía lo que estaba sucediendo, la atmósfera, que un segundo antes había estado teñida de angustia, ahora alojaba una potente pasión desatada.

Ingrid y Dan se miraron un segundo tan vehementemente, que pensaron que sus cuerpos se iban a deshacer, cuando todo volvió a cambiar bruscamente: la canción “Lost on you” de LP, sonaba desafiante desde el móvil de Ingrid interrumpiéndolo todo.

La música invadió toda la estancia como si quisiera despertarlos, la imagen de su hija Berta irrumpió en la mente de Ingrid y la hizo levantarse con un respingo para buscar su teléfono. Nada más ver la pantalla y comprobar que era ella, la culpabilidad hizo presa en ella.

—Hola, hija —saludó, colocándose el aparato junto al oído.

—Hola, mamá. ¿Cómo estás?

—Bien...

—Pareces alterada ¿Estás bien de verdad?

—Sí, estaba limpiando las ventanas... será el esfuerzo.

—Mamá, deja de limpiar y descansa, te lo mereces. Mañana, si quieres, yo te ayudo y lo hacemos juntas.

—Gracias, hija —sollozó Ingrid buscando donde sentarse...lejos de Dan.

—Dice papá que te salude de su parte.

—Está bien...

—Derek te manda muchos besos, ya lo conoces, no para de subir y bajar de la pista más complicada, es un loco, tendrías que ver las acrobacias que es capaz de hacer. Ahora te mando unos videos para que lo veas. Bueno, mamá, te dejo, tenemos que aprovechar lo que nos queda de día. Un abrazo de parte de todos, nos vemos esta noche.

—Adiós hija, disfrutad.

Dan había salido de la casa y sus pies lo conducían en dirección al lago sin contar con su voluntad. La llamada de Berta lo había cambiado todo en un segundo y era consciente de que jamás podría luchar contra aquello.

No había tenido tiempo de asimilar el beso de Ingrid, su mente se mostraba incapaz de reaccionar, lo había hecho su cuerpo, pero su cabeza todavía estaba colapsada por los acontecimientos, conmocionada por la brusquedad y la rapidez con la que había sucedido todo. Necesitaba moverse, recuperar el control y la compostura. Para conseguirlo, debía alejarse de la mansión Lenz... y de ella.

Deseaba encerrarla en la casa y tirar la llave para siempre. Él sería feliz, ella sería feliz, lo sabía... Y el resto del mundo podía desintegrarse, que tanto le daba. Su mente fantaseó con esa posibilidad unos minutos mientras se aproximaba al lago. Ellos serían completamente dichosos, si nada más existiera, lo había supuesto durante todos aquellos años, pero ahora tenía la más absoluta de las certezas: Ingrid era la mujer de su vida y después del reencuentro, dudaba de su capacidad para poder renunciar a ella.

Ella lo había besado, él había reprimido su necesidad de tocarla una y otra vez estando a su lado, pero había sido ella. Ingrid lo había besado cuando estaba rota por el dolor. En ese momento lo necesitaba. Se irguió y apretó el paso por la orilla del lago, tenía ganas de gritar, pensar lo estaba alterando en lugar de tranquilizarlo. Ingrid, su beso, Ingrid, hundida por el abandono de su madre, Ingrid en su casa, Ingrid en el mismo espacio donde él tomó la determinación de abandonarla... Igual que Ava, en la pequeña casa cubierta de enredadera...

Él había reconstruido aquella casa como un penitente, poniendo toda su voluntad en cada minuto que había trabajado en ella, diseñando los rincones, tirando las paredes que la dividían, cortando tablones, lijando, pintando... todo para exonerar su culpa y que su alma se liberara del peso que suponía recordarla. Su trabajo se vio recompensado, el destino la había puesto de nuevo en su camino. Su corazón había despertado de un interminable letargo de aflicción, era feliz con solo verla a su lado. Su cuerpo la necesitaba, quería sumergirse en ella, rodearla y no alejarse jamás y su alma medía cada instante, preocupada por un futuro lejos de ella.

Después de deambular una hora sin rumbo fijo, regresó. Para bien o para mal, la cuenta atrás había comenzado y ya solo tendrían unas horas juntos. Esa noche Ingrid regresaría con su familia y él se quedaría solo. No pensaba volver con Gerda, no podría soportarlo. Permanecería en la casa un tiempo, recordando cada uno de los momentos que ella había estado allí. Tal vez se quedaría para siempre, no podía ni imaginar estar en ningún otro lugar.

Al traspasar el umbral, vio a Ingrid cocinando. Era la hora de comer, solo quedaba una tarde. Arrojó un tronco al interior de la chimenea y se dispuso a poner la mesa. No podía mirarla. Se sentó y leyó la carta de Ava hasta el momento en que abandonó a su hija. Estaba furioso con aquella mujer que abandonaba al ser que más le importaba en el mundo. Ingrid se dispuso a poner la comida en la mesa, por lo que se levantó y se colocó frente a ella.

—Ingrid... —consiguió articular.

—No, no es culpa tuya. Lo siento, no sé lo que me ha pasado. No volverá a suceder. No sé cómo encajar todo esto, estoy abrumada.

—Tranquila, no tienes por qué disculparte —dijo conciliador.

Se estaba comportando como debía, lo sabía, pero no como quería. Luchó contra el deseo de abrazarla y besarla que crecía dentro de él, pero se contuvo. Se sentó y comenzó a comer como si nada hubiese pasado, dándole espacio, tiempo y viendo como el lazo invisible que los había mantenido unidos durante todo el fin de semana, se iba deshaciendo poco a poco. El frío empezaba a cubrirlos, dispersando su calor.

Ingrid estaba resuelta a terminar con la carta aquella tarde, guardase lo que guardase, no la llevaría consigo a su casa. Se quedaría allí para siempre, con Dan. Notó como el corazón le ardía al pensar en él. Intentó alejarlo de su mente y concentrarse en la letra de su madre, que se había hecho menos elegante conforme avanzaba el relato. Tenía que concluir, no podía pensar en él, ni en sus hijos, ni en Johann, la necesidad apremiante de terminar se hacía patente, mientras constaba el paso acuciante del tiempo a través del reloj.

No pudo evitar mascullar mientras seguía el relato de su madre, que se volvía más truculento por momentos. Intentó tomar distancia y no implicarse emocionalmente, pero era tremendamente duro, las emociones la acosaban a cada página sin permitirle un momento de sosiego.

— ¡Era puta! Mi madre era una puta... —dijo, atenazada por una mezcla de repulsión y dolor.

Dan seguía la lectura, con tan solo una página de retraso con respecto a Ingrid, y en esos momentos no sabía qué decir para hacer que se sintiese mejor.

—Ocurrió hace mucho tiempo... —fue lo mejor que se le ocurrió expresar a Dan en voz alta. No podía justificar el comportamiento de Ava y entendía que Ingrid se sintiese dolida. Comenzó a preguntarse por qué Ava había escrito aquella carta. Al principio, había supuesto que se trataba de un intento de disipar la culpa que la atormentaba, pero poco a poco, se había dado cuenta de que debía existir otro motivo. Sus palabras solo causaban mucho más dolor, un daño irreparable. Hubiese sido mejor que aquella carta nunca hubiese llegado a manos de Ingrid, Ava no debió de escribirla nunca y Consuelo tenía que haberla destruido antes de morir.

—Terminemos —ordenó Ingrid entonces, recobrando la compostura e intentando alejar todos los sentimientos que se agolpaban dentro de ella.

—De acuerdo.

Ambos se zambulleron de nuevo en el relato de Ava. Pensar en ella hacía mucho más fácil no atender a los sentimientos que había entre ellos, su relación quedaba por momentos más aparcada conforme avanzaban en la lectura y era más fácil crear un muro que los distanciara.

*Ya solo me queda pedirte perdón, es insensato excusarme en mis circunstancias y nunca he caído en la autocompasión, asumo mis errores. Tomé una decisión errónea, pero quizás fue lo mejor que he podido hacer por ti. Siempre he sido una egoísta y arrastrarte conmigo hubiese sido mucho peor.*

*Espero que no hayas heredado mi absoluta incapacidad para hacerme responsable de algo, nunca he podido cuidar de nada ni nadie, ni siquiera de mi misma. Siempre he dejado que los demás lucharan por mí y yo los he ido decepcionando uno por uno.*

*No sé si todo esto llegará algún día a tus manos, lo he dispuesto todo para que sea mi madre la que decida. Al menos, ella se merece eso, ha tenido que sufrir más que nadie mis errores.*

*Me he cuestionado muchas veces si somos lo que nos marcan nuestros genes o el fruto de la influencia de nuestro entorno. No soy experta en genética ni en psicología, pero en cualquier caso, espero llevarme conmigo mi pernicioso herencia. Tan solo yo soy culpable de mis decisiones.*

*Espero que mi legado se ciña a la oportunidad que te brindé de vivir sin mí, ahora sé que fue lo mejor. Mi alma, al igual que mi cuerpo, están hechos jirones, imposibles de recomponer. Por eso, lo mejor es decir adiós.*

La montaña rusa emocional de los últimos días la había dejado sin capacidad de sorprenderse. Le costaba reaccionar al suicidio de Ava, la madre que había creído muerta muchos años antes. No tenía fuerzas, estaba noqueada.

— ¿Puedes llevarme a casa? —preguntó Ingrid, cuando comprobó que Dan terminaba de leer.

Dan contempló como ella recogía sus cosas y se dirigía a la puerta, los folios de Ava seguían en la mesa, junto a la caja que contenía las cartas que le había escrito a Dieter.

—Claro, ¿Qué quieres que haga con todo esto? —dijo señalando los papeles.

—Quémalo todo, no quiero nada de ella, no quiero que mis hijos sepan que tuvieron una abuela así.

Dicho esto, se acercó a la mesa, abrió la caja y sacó las cartas, para colocarlas encima del montón de papeles, ahora completamente desordenados. Cogió la caja y la metió en su bolso.

—Vamos —ordenó apremiante como si la propia casa estuviese en llamas.

El viaje hasta Berlín transcurrió en un sepulcral silencio, Dan se esforzaba en concentrarse en la carretera, para no ceder ante sus propios sentimientos, no quería separarse de ella, pero entendía que no era el mejor momento para discutirlo. Aun así, necesitaba hablar con ella, explicarle que no estaba sola en aquel momento. Siguió sus indicaciones y aparcó frente a su casa.

—Ingrid, tu madre te abandonó y fue un acto horrible, pero si lo miras en perspectiva, tenía razón, estaba haciendo lo mejor para ti. Ella hizo con su vida lo que quiso, optó por un camino que la llevó a la soledad y a su destrucción. Tomó sus decisiones y pagó las consecuencias. No podemos sentarnos a juzgar las elecciones de los demás, la vida es un cúmulo de circunstancias y en ocasiones, es complicado elegir entre lo que está bien y lo que realmente quieres hacer. Yo me fui, me dejé guiar por mi cabeza y abandoné contigo mi corazón. Siempre he especulado sobre lo que habría pasado si me hubiese quedado contigo. Puede que ahora estuviésemos juntos y felices o puede que no funcionase, o algo peor, que fuese consciente de que te robé las oportunidades que tenías por una decisión egoísta... no lo sé. En la vida nunca se sabe, no puedes dar nada por hecho, a veces hay que arriesgar. Ingrid, sé que estás casada, que tienes una familia y que te rompí el corazón. Siempre voy a pagar por ello, pero quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que necesites, yo te sigo queriendo.

Ingrid se hundió. Sentada en aquel coche junto a Dan, sintió como si un torrente de energía atacara su alma y quisiera arrastrarla.

—No puedo, ahora no puedo con esto. Lo siento, pero tienes que entenderlo.

Salió aturdida del coche y se encaminó hacia la puerta de su casa. Era incapaz de mirar atrás, no quería ver sus ojos mirándola de nuevo, ni pensar. No podía seguir albergando en su cabeza toda aquella amalgama de sensaciones y sentimientos, estaba desbordada. Necesitaba un tiempo para reflexionar, ordenarlo todo, asimilarlo... pero ese día no, emocionalmente estaba exhausta, no podía más.



## INGRID

Nada más entrar en su casa, Ingrid se dio cuenta de lo fría que estaba. Una vez frente al termostato, comprobó que se habían agotado las pilas. No era frecuente en ella, pero maldijo el aparato recurriendo a todos los improperios que se le ocurrieron. Se sintió un poco mejor al volcar su rabia en el artefacto, pero solo un instante, la angustia parecía haberse instalado plácidamente en su estómago y no daba signos de querer marcharse. Se acercó a la cocina en busca de pilas de repuesto y conforme avanzaba, cayó en la cuenta de todo el trabajo que tenía por delante.

Puso una lavadora mientras guardaba las cosas del lavavajillas e intentaba poner un poco de orden en el salón. Le sentó bien poner su mente en piloto automático y relegar sus pensamientos a un segundo plano. Notó como todos los nudos que se habían formado en su cuerpo y en su alma durante los últimos días, comenzaban a aflojarse. Pasó la siguiente hora sin parar de moverse de un lado para otro, solapando una tarea con otra. Comenzó a anochecer. Pronto sería la hora de cenar y su familia no tardaría en llegar. Cortó unas verduras y preparó pollo asado en el horno. Con toda seguridad, Derek vendría con mucha hambre. Se sirvió una copa de vino mientras aguardaba a que todo estuviese listo y se dispuso a poner la mesa, cuando oyó un inconfundible jaleo proveniente del garaje.

— ¡Qué bien huele!, ¡Hola mamá!, ¿Qué cenamos? —saludó Derek acercándose a su madre atropelladamente, para darle un beso en la mejilla.

—Asado, ¿Qué tal la nieve?

—Brutal mamá, ha sido una pasada. Berta y yo no hemos parado de subir y bajar de las pistas.

— ¿Y tu padre?

—Papá aguantó nuestro ritmo el primer día, pero luego pasó más tiempo en la cafetería leyendo que con nosotros.

Ingrid sonrió, Johann era un entusiasta esquiador, pero se negaba a admitir que el tiempo y sus estragos pasaban por él. Le costaba interiorizar que ya no tenía veinte años y no podía hacer las mismas cosas que a esa edad.

—Hola mamá —la saludó Berta abrazándola. Ingrid se sintió reconfortada al comprobar que todos parecían contentos y de buen humor—. ¿Me da tiempo a ducharme antes de cenar? Llevo el pelo hecho un asco.

—Sí, cariño, tienes veinte minutos —respondió mientras su hija salía corriendo escaleras arriba.

Al darse la vuelta vio como Johann entraba cargado de maletas.

— ¡Hola!, ¿Lo habéis pasado bien? —Se interesó, mientras él le daba un fugaz beso.

—Sí, la nieve estaba estupenda y no había mucha gente. ¿Y tú, has descansado?

Ingrid sintió una leve punzada de remordimiento, tenía que vaciar su mente de lo acontecido ese fin de semana, de Consuelo, de su madre...de Dan...

—Sí, lo necesitaba.

—Ves, ha sido una idea estupenda que me haya llevado a los niños, te ha venido bien. La vida sigue, es una pena lo de tu abuela, pero era ya muy mayor, ha tenido una buena vida, quedémonos con eso.

Esa era una de esas veces en que el pragmatismo y la frialdad de Johannn la sacaban de quicio, pero para su sorpresa, no le importó ni lo más mínimo su comentario carente de toda sensibilidad.

—Ya, cenamos en quince minutos —contestó dándole la espalda, para comprobar cómo marchaba la cena.

La semana comenzó con mucho trabajo y un listado de tareas pendientes que no parecía menguar. Mantenerse ocupada la tranquilizaba y la ayudaba a tomar distancia con la carta de Ava. Le estaba resultando mucho más fácil de lo que había supuesto en un principio, acoplarla a su vida sin que le afectase. Era como si durante el fin de semana hubiese leído un libro, que la había consternado, pero que tras su impactante efecto, las emociones que le había despertado se pudiesen ir borrando con cada minuto.

En su vida, no había ni un solo recuerdo con Ava, no tenía nada que le recordase a ella, ni fotografías, ni momentos compartidos, ningún objeto que la evocara... nada que la trajera a su mente. Se estaba transformando poco a poco en un personaje ficticio, que nada tenía que ver con ella.

A Consuelo ya la había perdonado. Una vez superada la furia inicial con la que recibió el relato de Dan, sobre el día en que ella lo chantajeó, pudo comprender las motivaciones que la llevaron a hacerlo... y no podía culparla. Sí, era duro admitirlo, pero era un chantaje en toda regla. No es que pretendiera justificar a Dan. No sería justo, él fue también responsable, pero conocía a su abuela. No tuvo que resultarle difícil, manipular a un joven de origen humilde ofreciéndole dinero. Consuelo era sumamente perspicaz, seguramente habría apelado a su amor por ella y lo habría convencido de lo poco que le convenía en esos momentos. Probablemente, lo alentó a coger el dinero y convertirse en alguien más digno... Era horrible tan solo pensarlo.

El problema era Dan... Cada vez que cerraba los ojos o tenía un minuto para descansar, aparecía envolviendo su cabeza. Le parecía verlo cada vez que doblaba una esquina, en el interior de los coches que se cruzaba por la calle, incluso se sorprendió escudriñando la cafetería en la que se reencontraron cada vez que entraba, buscando con celo su silueta entre los clientes.

Se sentía como cuando lo conoció, se acordaba perfectamente del día en que su tutora le pidió que le diera clases de apoyo. Aquel chico guapo que la miraba con descaro, le gustaba y al mismo tiempo le daba miedo. Exactamente como ahora. Sus sentimientos hacia él la atormentaban, su lado pragmático le recriminaba sentirse así. No, definitivamente en esos momentos, tampoco le convenía estar enamorada.

Su mente se tomó unos segundos, para retroceder a aquella tarde en que habló con él por primera vez: estaba sentada en uno de los claustros del instituto, una habitación pequeña con una mesa demasiado grande, que hacía la estancia sumamente incómoda, cuando su tutora apareció con él.

Era el primer año que iban a clase juntos, él había repetido curso y no habían cruzado ni una sola palabra. Dan siempre llegaba el último y se iba el primero, como si tuviese algo mucho más importante que hacer que compartir su tiempo con los demás alumnos. Ingrid se había formado una opinión sobre él alentada por los comentarios de sus amigas, que siempre chismorreaban sobre él. Era el chico más guapo de la clase con diferencia, pero las ignoraba completamente y eso las hería, provocando que intentaran disminuir su frustración criticándolo y dirigiéndole comentarios malintencionados: un gamberro, un pasota, un maleducado que a buen seguro, no titularía porque era incapaz de esforzarse. Eso pensaba ella. No tenía

ninguna esperanza de poder ayudarlo, de hecho, había estado a punto de no acudir, pero su tutora había insistido en que era importante y quizás tendría en cuenta su buena disposición para la nota final. Con un poco de suerte, él desaparecería a los diez minutos y ella quedaría bien.

—Ingrid, qué puntual, muchas gracias por venir —saludó la mujer, que entraba con una pila de libros entre sus brazos—. Te presento a Dan, espero que os llevéis bien. Aunque se esfuerza constantemente por demostrar lo contrario, creo que tiene mucho potencial y pienso que no será tan tonto como para desaprovechar esta oportunidad —dijo señalando al muchacho que la miraba con una sonrisa despreocupada y la saludaba con la mano.

—Hola —saludó Ingrid.

—Te lo advierto Dan, ésta es la última ocasión que tienes para demostrarme que eres capaz de obtener el título, puede que ahora no te importe lo más mínimo, pero algún día me lo agradecerás. Ingrid va a ayudarte, pero me pondré furiosa si haces que pierda el tiempo —amenazó la mujer sin apartar sus ojos del muchacho, que no parecía amilanarse con sus palabras.

El muchacho asintió y se sentó junto a Ingrid, que ya había desplegado sobre la mesa un arsenal de libros.

—Os dejo, tengo mucho trabajo. Espero que seas capaz de aprovechar el tiempo Dan —advirtió una vez más la mujer—. Ingrid, tendré muy en cuenta el sacrificio que estás haciendo a la hora de poner tu nota media.

—Gracias —se despidió Ingrid satisfecha—. Comencemos, he visto tus notas, son mejores de lo que esperaba. Las Matemáticas, la Física y la Química se te dan bien, pero fallas en los exámenes en los que tienes que dedicar tiempo a estudiar. ¿Me equivoco? —preguntó dirigiéndose al muchacho que la miraba intensamente, lo que originó que un súbito rubor aflorara en sus mejillas.

—No —respondió él escuetamente.

— ¿Cuánto tiempo de media dedicas a preparar un examen?

—Nada.

—Mira —dijo la muchacha molesta—. A mí me gusta estar aquí tan poco como a ti, pero ya que no tenemos más remedio, vamos a intentar que sea algo productivo. Si no me dices la verdad, no voy a poder ayudarte.

—Después de clase tengo que ayudar a mi padre y hacer algunos recados para mi madre, fuera del instituto no abro un libro.

Ingrid tuvo que hacer un gran esfuerzo para cerrar la boca, que se había abierto contra su voluntad, impulsada por la sorpresa.

— ¿En serio me estás diciendo que has llegado hasta el último curso sin abrir un libro? —preguntó reacia a creerlo.

—Bueno... —titubeó el muchacho, sin ocultar su satisfacción por haber impresionado a Ingrid—. Todo lo que preguntan en los exámenes lo explican en clase.

—Ya, pero... eso es imposible. Yo tengo que dedicar muchas horas para sacar buenas notas...

—Yo no saco buenas notas, Ingrid.

Era la primera vez que pronunciaban su nombre de esa manera. Unas mariposas comenzaron a volar en su estómago, aplacando la incipiente indignación que le causaban el resto de sus palabras.

—Es cierto, son unas notas muy mediocres, pero no están nada mal si no estudias.

—Además, lo de este año ya lo he oído dos veces. Tampoco tiene tanto merito, soy repetidor —bromeó el muchacho.

Ingrid estaba descolocada. El muchacho parecía sincero, todos sus prejuicios sobre él se habían derrumbado y para su propia consternación, solo podía sentir una creciente simpatía por él.

—Creo que no me necesitas, solo te hace falta un espacio y tiempo para estudiar. Esto va a ser más fácil de lo que suponía. Te propongo lo siguiente: vendremos aquí todas las tardes, haremos los deberes juntos y estudiaremos. Estoy segura de que tus notas van a mejorar mucho.

Ingrid no se equivocaba, Dan era muy inteligente, pero sus circunstancias le impedían ser un alumno brillante. Sus notas no tardaron en mejorar sustancialmente y su tutora la felicitó por ello, aunque las suyas bajaran ya que junto a él, le costaba mucho concentrarse.

A partir de esa tarde, entre ambos se creó una complicidad que no se había diluido con el paso de los años. Ahora que se habían reencontrado lo sabía, él la hacía sentir cómoda y satisfecha consigo misma, cosa que no le ocurría con muchas personas.

El granizo golpeando la ventana la sacó de su ensimismamiento, despejó su cabeza y continuó trabajando. A media mañana, fue a buscar a Anna, para que la acompañase a la cafetería. La encontró en su despacho rodeada de papeles, Ingrid esbozó una sonrisa de complicidad, cuando sus miradas se cruzaron.

—Hay pocas mujeres tan brillantes como tú, pero dudo mucho que alguna sea tan desorganizada. Nunca entenderé cómo eres capaz de trabajar así —la saludó, mientras abarcaba con la mirada las montañas de carpetas dispersas por todo el espacio.

—Esto no es desorden, yo sé dónde está todo lo que necesito... aunque solo tenga sentido en mi cabeza —se justificó Anna

—Lo sé, pero jamás seré capaz de entender cómo lo haces. ¿Te apetece que bajemos ya a tomar algo?

—Claro, desde hace un rato me ruge el estómago.

En el interior de la cafetería, a través de los enormes ventanales, se filtraba una tenue luz cubierta de gris. Fuera llovía con insistencia. Las dos mujeres se acomodaron en la mesa que solían utilizar y pidieron unas tostadas con café y zumo de naranja.

— ¿Cómo estás? Siento mucho lo de Consuelo, si necesitas cualquier cosa, sabes que puedes contar conmigo —dijo Anna, apretando la mano de Ingrid por unos instantes.

—Gracias, estoy bien. No te preocupes, pero no quiero hablar de eso... todavía estoy tratando de asimilarlo ¿Qué tal el fin de semana con tu monitor de baloncesto? —preguntó en un claro intento de cambiar de tema y dar un giro a la conversación.

—Pues bien y mal, la verdad. Este fin de semana, como los niños estaban con su padre, salí con él. El viernes, después de ir a cenar al Bieberbau, se quedó en casa. Al principio fenomenal, ya sabes, todo besos y buenas palabras, una cena muy romántica y luego sexo, como cabía esperar. El problema vino al día siguiente. Se despertó a medio día, aunque me esforcé todo lo que pude en hacer mucho ruido con la aspiradora y con todo lo que se me ocurrió, pero nada, el tío duerme como una marmota... cuando por fin se levanta, me dice que le prepare el desayuno, ¿Te lo puedes creer?

Ingrid rió de buena gana, mientras la indignación de Anna iba en aumento.

—Sí, claro que me lo puedo creer, ¿Y tú se lo preparaste?

—No, por supuesto que no, otra vez no me engañan. Le dije que tenía un compromiso y debía marcharse.

—Hiciste bien ¿Cómo se lo tomó?

—Pues con cara de fastidio, pero se fue. No me falta nada más ahora, otro que quiere una sirvienta en su vida. De eso nada, me niego rotundamente. Ese no vuelve a pisar mi casa en una buena temporada.

—Pero entonces, ¿Seguirás con él?

—Sí, me lo paso bien, pero no quiero nada serio, mejor cada uno desayuna en su casa —rió Anna divertida haciendo aspavientos.

Ingrid se quedó callada un segundo, mirando como la cucharilla que sostenía en su mano dibujaba círculos en su café.

—Anna, tengo que contarte algo —se sorprendió diciendo. Anna paró de comer y le dedicó toda su atención, consciente de que su amiga tenía algo importante que compartir—. A raíz de la muerte de Consuelo me he reencontrado con un viejo amigo.

Anna aguardó a que su amiga continuara, pero Ingrid parecía debatir consigo misma, como si no supiera qué palabras utilizar.

— ¿Un viejo amigo especial? —dijo intentando desposeer a su pregunta de cualquier atisbo de ironía, pues percibía como a Ingrid le estaba costando sincerarse con ella.

—Bueno, salimos un tiempo en el instituto...

—Y cuando lo has vuelto a ver se te ha encogido el corazón.

—Sí, algo así.

La situación con Dan era demasiado complicada para contársela a Anna, pero necesitaba hablar con alguien o se volvería loca, no podía aguantar por más tiempo.

— ¿Cómo se llama?

—Dan

— ¿Y Dan es guapo? —preguntó Anna como una niña traviesa, intentando quitar hierro al asunto.

—Bastante —rio Ingrid, logrando relajarse. Y está casado también.

—Uhm, esto se pone interesante. ¿Hablasteis?

—Sí, mucho tiempo.

— ¿Y tuviste la sensación de que estaba muy contento de verte? —preguntó Anna con un mordaz doble sentido.

—Sí, puedo afirmarlo —dijo Ingrid sin poder evitar una carcajada.

— ¿Y qué vas a hacer?

—Pues olvidarlo, evidentemente, ¿Qué quieres que haga?

—No, no lo vas a olvidar o no me lo hubieses contado. No has parado de pensar en él, ¿Me equivoco?

—No, eres muy avispada —aseveró Ingrid rindiéndose—. ¿Pero qué otra cosa puedo hacer? Ahora mismo, ya tengo bastantes complicaciones.

Anna iba a protestar en ese momento, pero un hombre del departamento de Ingrid, se acercó hasta ellas reclamando su atención sobre un asunto de la investigación y tuvieron que dar por finalizada la conversación.

Después del trabajo, Ingrid cogió su coche y se dirigió a la autovía. Tan solo tenía que permanecer en ella dos salidas para ir a casa. Si continuaba, la carretera la llevaría a Potsdam, a la mansión Lenz, a casa de Dan. Puso el intermitente y se colocó en el carril derecho para tomar la salida, pero no lo hizo, permaneció ajena a todo, hasta que con un suspiró retornó a la realidad y se reprendió a sí misma. Cuando pudo, hizo un cambio de sentido y se fue a casa.

Mientras conducía, su cabeza bullía. No se reconocía, su madre y su abuela acudían a ella sin que pudiera frenarlas... Consuelo se habría convertido en la amante de Dan y seguiría con Johann. No haría sufrir a nadie, pero viviría una perpetua mentira. Su madre... Ava no se lo pensaría dos veces y desaparecería con él. Ingrid sonrió, su madre había demostrado con creces no ser una buena persona, pero en el fondo, era eso lo que ella anhelaba, seguir por la carretera a Potsdam y vivir eternamente en la pequeña casa de la propiedad Lenz... Ninguna de las opciones estaba bien. Se conocía, su conciencia no le permitiría ser feliz tanto si se decantaba por una elección, o sí lo hacía por la otra, pero, desde luego, al lado de Johann tampoco lo era.



Los días pasaban y las horas se hacían insufriblemente tediosas, sobre todo, cuando se metía en la cama y no podía apartar a Dan de su mente. Tan solo tenía que cerrar los ojos para que apareciese una y otra vez, en un bucle infinito de anhelo por estar con él y sentir su presencia en la misma habitación, de percibir cómo la miraba con un amor que traspasaba sus ojos... Lo echaba de menos y se volvería loca de continuar así. Después se quedaba dormida y un nuevo día lleno de trabajo y cosas por hacer la esperaba. Su cabeza se desbordaba con cosas prácticas y entonces era mucho más fácil no recordarlo. Así un día tras otro, sin freno, sin remedio... se había sumido en una dinámica de rutina imparable.

Eran las cuatro de la tarde de un lunes. Acababa de terminar de organizar unos papeles de su mesa y se disponía a marcharse a casa, cuando sonó su móvil. Estaba cansada. Últimamente, las jornadas de trabajo eran maratónicas. El tiempo apremiaba y tenían que actuar deprisa, los acusados se habían puesto nerviosos e intentaban ocultar pruebas, aunque de forma apresurada y chapucera.

—Hola cielo, sé que debía de pasar por el supermercado a hacer la compra, pero me va a ser imposible, se me había olvidado que había quedado con unos compañeros del laboratorio a tomar algo y ahora no puedo decir que no —se justificó Johann al otro lado de la línea.

Ingrid se mordió la lengua, poniendo todo su empeño en no estallar. Había que comprar urgentemente, era algo que no podían posponer hasta el día siguiente: la imagen del frigorífico languideciendo por no tener nada en su interior le vino a la cabeza.

—Yo pasaré a comprar, no te preocupes —resolvió, tratando de alejar el mal humor que comenzaba a adueñarse de su estado de ánimo.

—También le prometí a Berta que iría a recogerla, ¿Puedes hacerte cargo?

—Claro... —soltó con un sarcasmo evidente y se tragó la hiriente replica que venía a continuación. En una fracción de segundo, decidió que era mucho mejor acabar con la conversación antes de frustrarse más.

Calculó que tenía el tiempo justo para ir al supermercado antes de recoger a Berta, así que se puso en marcha. Tuvo suerte y había poca gente comprando, por lo que pudo recoger a su hija a tiempo.

Aparcó su coche y vio pasmada a lo lejos, como Berta iba colgada del brazo de un chico y a continuación, éste la atraía hacia sí y le daba un impetuoso beso en la boca.

No sabía cómo reaccionar, su primer impulso fue bajar del coche y gritarle al chico que se apartara de su pequeña, pero por suerte, recapacitó y se quedó inmóvil contemplando la escena desde el interior del vehículo. Berta era ajena a todo lo que pasaba en el mundo, solo prestaba atención al chico que tenía enfrente, sin importarle los transeúntes que se apartaban de ellos, esquivándolos para seguir su camino.

Debía asumir que su hija ya no era una niña y que ella era cada vez mayor. Era un duro golpe digerirlo todo de una vez. El comportamiento de Berta era vergonzoso,

estaba dando un espectáculo lamentable en medio de la calle. No estaba muy segura de la reacción de Johann de haber sido él el que la hubiese visto.

Pensó en la pelea que tendría con ella a continuación, pero cayó en la cuenta de cómo se sentía ella con la edad de Berta. Esos años donde todo gira a tú alrededor y no puedes ver más allá del momento que estás viviendo, cuando tus responsabilidades no van mucho más allá de sacar buenas notas y el mundo es un lugar por explorar, exento de maldad y del que inocentemente, crees saberlo todo.

Pasaron unos minutos antes de que Berta advirtiera la presencia del coche de su madre. Ingrid vio cómo se despedía del chico de una forma mucho más recatada y se metía en el coche algo perturbada.

—Buenas tardes hija.

—Hola mamá, pensaba que estabas ocupada y me recogería papá. Él siempre llega tarde —se excusó.

—Le ha surgido algo a última hora. ¿Quién es tu amigo? —preguntó, esforzándose por mostrarse despreocupada.

—Mamá, si vas a empezar un interrogatorio prefiero ir andando. Te lo advierto —amenazó su hija visiblemente ofendida.

—Hija, no quiero que te molestes, pero entiende que quiera saber quién es tu novio.

— ¡¿Mi novio, estás loca?! —replicó enfadada—. Yo no tengo novio, ni lo tendré nunca.

—Tampoco es para ponerse así, solo te he hecho una pregunta, como lo has besado pensaba que estabais saliendo o algo...

—No, ni hablar, ni de coña. Yo jamás tendré novio y mucho menos me casaré, no pienso acabar como papá y tú.

Las palabras de su hija la abofetearon y tuvo que esforzarse para concentrarse en la carretera y no perder el control del coche.

—Berta no puedes pensar así, el amor no es cómo crees.

— ¿Ah, no? Tú y papá no os soportáis y aun así parecéis condenados a estar juntos y no solo sois vosotros, el patrón se repite con los padres de todos mis amigos... Estás loca si piensas que yo voy a terminar así.

Ingrid no sabía cómo la conversación había desembocado en ese punto. Intentaba recabar a toda prisa argumentos para rebatir la opinión de Berta, pero era inútil. Por muy doloroso que le resultara, en el fondo, sabía que tenía razón y darse cuenta del daño que le estaba haciendo a su hija la dejó helada. Ella era el espejo en que se miraba su hija. Berta había deducido que todos los matrimonios eran como el de sus padres y no era de extrañar que sintiera rechazo... El resto del trayecto lo pasaron en silencio.

Al llegar a casa, se dispuso a colocar la compra que la aguardaba en el maletero del coche y Berta se fue a toda prisa a su cuarto ofuscada. Con demasiada frecuencia, los comentarios de Berta resultaban tremendamente hirientes, pero aquella vez, Ingrid se dio cuenta de que el dolor era mucho más lacerante, porque sus palabras no estaban exentas de verdad. Cuando estuvo más calmada, subió a hablar con ella de nuevo.

La habitación de Berta había sufrido numerosos cambios en los últimos años, ya no había ni un ápice de color rosa, que había predominado en el pasado. Había sido ella misma, tras una visita a Ikea, la que había transformado la estancia, erradicando cualquier vestigio de la niña que un día fue. Cientos de fotografías se amontonaban en una de las paredes del cuarto, rodeadas de unas luces que había colocado con esmero, dos estanterías llenas de libros flanqueaban la cama que se vestía con un edredón verde a juego con las cortinas de la misma tela y que Consuelo le había cosido.

—Berta, tenemos que hablar —dijo, entrando y sentándose junto a ella, que estudiaba su móvil, sin apartar la vista de la pantalla.

—Mamá, no hagas un drama de esto.

—Verás, ser adulto no es fácil. Para tu padre y para mí, lo más importante sois tu hermano y tú.

—Eso es una excusa mamá. No te das cuenta, pero papá y tú sois mucho mejor cuando no estáis juntos. Por separado, sois mucho más enrollados.

Ver su matrimonio desde los ojos de su hija la llenaba de estupor.

—Berta, eres muy joven para no creer en el amor.

—Eso vuestro ya no es amor, y no te equivoques, yo sí creo en el amor, lo que no creo es que sea para *toda* la vida.

Ingrid tuvo que salir de la habitación a coger aire. Súbitamente, permanecer en la habitación de su hija se le antojaba insoportable.

## DAN

Vacía... Durante todo el fin de semana la casa había estado colmada de emociones, sentimientos, olores, miradas y contención. Pero ahora, no había nada, su alrededor acompañaba al vacío que crecía en su interior. Había sido todo muy intenso... el reencuentro, el abrazo, el beso y la despedida. Si cerraba los ojos, todavía podía sentirla en el sofá, con el ceño fruncido, intentando no sucumbir al dolor que le provocaban aquellas palabras que se esforzaba por leer con cierta distancia.

Odiaba a Ava por provocarle a Ingrid tanto sufrimiento, pero también le despertaba una infinita gratitud. Sin esa carta, Ingrid no lo hubiese necesitado, él no se hubiese atrevido a ponerse delante de ella. Habría buscado mil pretextos en su cabeza para engañarse a sí mismo y no tener que enfrentarse a su mirada. Ingrid le había reprochado su marcha y él había reunido el valor necesario para contarle toda la verdad. Todavía le costaba creer que hubiera sido capaz, pero la recompensa se había manifestado en forma de un profundo sentimiento de liberación.

Sostuvo unos minutos el fajo de papeles que Ingrid había dejado sobre la mesa para que los quemara, pensando, devanándose los sesos para encontrar el modo en que ella regresara... Hasta que llegó a la conclusión que él ya no podía hacer nada. Ella debía elegir, sabía que él la estaría esperando. Quemó las hojas una a una, recordando cada uno de los momentos que habían pasado juntos y rogó para que no fuese un adiós para siempre.

El teléfono sonó sobre la encimera de la cocina. Tardó unos segundos en reaccionar, no estaba preparado para dar por concluida su solemne despedida.

El nombre de su mujer apareció en la pantalla:

— ¿Sí?

— ¿Cuándo tienes pensado regresar a casa?

—Gerda, no creo que vuelva.

Silencio.

— ¿Quién te crees que eres? —Gritó una voz ofuscada al otro lado—. ¿Te piensas que puedes hacer lo que te venga en gana? Yo no voy a estar aquí, esperando a que te decidas a aparecer. Estoy harta.

—Tienes razón —suspiró hastiado.

—No me lo merezco, me ocupo todo el día de que la casa esté bien, tu ropa, los recados... siempre a expensas de ti para hacer mis planes. Eres un egoísta, no tienes ninguna consideración conmigo, llevo *años* cuidando de todo... —replicó furiosa, elevando aún más el tono de su voz para subrayar la palabra “años”.

—No, tienes razón, se terminó.

Silencio, un asfixiante silencio le llegaba desde el teléfono de Gerda, que se mezclaba con el vacío que lo envolvía a él.

— ¿No vas a volver?

—No.

—Como tú quieras, tendrás noticias de mi abogado. He sido una buena esposa y no voy a parar hasta tener todo lo que me merezco.

—Como quieras.

Otra liberación. Podía sentirse más ligero cuando colgó el teléfono, incluso sonrió. Era tarde, pero sabía que no podría dormir. Salió de la casa, encaminándose hacia la mansión. Llegó a la despensa, donde todavía quedaba mucho por hacer y sin darse cuenta, pasó trabajando en ella toda la noche, como si gozase de una energía inagotable.

Ya estaba amaneciendo, cuando lo dejó todo conforme se encontraba y fue a prepararse el desayuno. Mientras se terminaba de hacer el café, llamó a su asesor financiero:

—Hola, buenos días, necesito que me ayudes con algo.

—Buenos días Dan, tú dirás.

—Quiero vender la empresa.

— ¿Estás seguro? Ahora no es un buen momento. Si esperas unos años, podrás obtener mucho más dinero.

—No me importa, busca un precio justo y hazlo...

Había logrado deshacerse de todos y cada uno de los lastres que cargaba a sus espaldas. Ahora, era libre. No regresaría con Gerda y no volvería a trabajar, se quedaría allí y restauraría la mansión. Aquella noche, sus manos habían trabajado con una diligencia y rapidez inusitadas, al igual que su cabeza.

Puede que convirtiese la mansión en un hotel o algo parecido. Lo haría poco a poco, sin prisas, disfrutando de cada momento, igual que lo había hecho con la pequeña casa cubierta de enredadera... mientras tanto esperaría... Tenía numerosos recuerdos nuevos para evocarla y rogaría para que algún día regresara con él.

# EPÍLOGO

**Un mes más tarde...**

**Berlín 2016**

El vuelo desde Libia había sido terrible, aun así, no podía evitar sentirse inmensamente feliz. Ya desde el avión, podían apreciarse los diferentes tonos de verde componiendo una acuarela perfecta para su corazón, echaba muchísimo de menos ese color.

Estaba en casa, sabía que solo de paso, pero era suficiente. Llevaba más de cuarenta años sin poner un pie en suelo alemán y hacerlo, provocaba que se agolpasen una amalgama de recuerdos de otra existencia, de aquella persona que un día fue, pero que murió en la habitación de un hotel de lujo en Marbella. La hermana Pilar acudió con ímpetu a su memoria.

No recordaba nada de aquel fatídico día, ni siquiera, esforzándose, de los que le habían precedido aquella semana. Solo sabía que se había despertado en un hospital aséptico y sin nada, después de dos días en coma y con un lavado de estómago, pero viva. La hermana Pilar la había mirado con ternura. Ella también fue la responsable de atenderla día y noche sin apartarse de su lado. No la conocía de nada, y aun así, había hecho un acto de amor incondicional hacia ella, sobre el que pudo apuntalar su nueva vida.

—Hola Ava, bienvenida a tu segunda oportunidad —le había dicho con extrema calidez—. ¿Quieres que avisemos a alguien de que estás aquí?

—No, a nadie —respondió aturdida sin entender todavía donde estaba.

—Estás en el Hospital Virgen de la Victoria, te encontraron en el hotel Don Carlos inconsciente... No debes preocuparte, ya te encuentras bien, los del hotel no quieren ningún tipo de escándalo, son muy discretos... Tu cuenta con ellos está saldada, con la condición de que no vuelvas por allí —dijo la mujer como si aquello fuese una buena noticia.

Ava se incorporó en la cama y comenzó a llorar. Estaba sola, su vida era un infierno, se sentía muy cansada y no sabía qué iba a ser de ella.

—Hubiese sido mejor que nadie me hubiese encontrado —se quejó.

De pronto, el rostro afable de la hermana Pilar se transfiguró, adoptando un rictus de dureza.

—Yo no te conozco ni sé cómo es tu vida, pero uno puede empezar tantas veces como quiera y cambiarla. Solo tienes que tener la voluntad de hacerlo: debes abrir tu corazón y empezar por quererte a ti misma. Ese es el mejor comienzo de todos. Todo el mundo tiene derecho a hundirse, pero también el deber de levantarse. La vida es un

regalo, efímero e intenso, solo cuando empiezas a comprenderlo eres capaz de vivirla como se merece.

Ava pasó los meses siguientes dejándose arrastrar por el entusiasmo de la mujer. La hermana Pilar era un espíritu bondadoso, puro y transparente: su antítesis. Se sumergió en su filosofía hasta hacerla propia.

Fue un proceso lento, pero del que renació. Tenía que luchar contra numerosos fantasmas, el peor: ella misma. Las palabras de la hermana Pilar sonaban todos los días como un mantra en su mente, en ellas había cimentado su nueva existencia, eran la única verdad en la que debía creer para seguir adelante y no sucumbir a su pasado.

**No es más feliz el que más tiene, sino el que más da.**

**Cuanto más das, más recibes.**

Ella siempre había hecho todo lo contrario, vivía para sí misma, preocupada por su bienestar sin importarle lo que le pasara a los demás, por mucho aprecio que les tuviese. Debía deshacerse de aquel egoísmo que la había conducido al caos. Por suerte, había encontrado a la mejor maestra, una mujer cuya vida se basaba en ayudar al prójimo por encima de cualquier otra cosa.

La hermana Pilar era enfermera, además de monja, solo le faltaba un mes para ser trasladada y cumplir su sueño: ser misionera en África. Ava vio en ella algo a lo que agarrarse y volver a empezar. Viajó con ella a Libia y allí, en el corazón de la extrema pobreza, fue capaz de encontrarse a sí misma y ser feliz, sin saber cómo se había transformado radicalmente.

Ava, aquella mujer egoísta incapaz de responsabilizarse de nada que no fuera su propia comodidad, había consagrado sus últimos años a cuidar a los demás, hasta convertirse en una de las activistas más influyentes en la lucha por los derechos de los refugiados africanos. Las penurias acuciantes de la gente de la que se rodeaba ahora, habían facilitado que superara su limitación para pensar solo en sí misma y en las necesidades materiales que habían abotargado su alma, encadenándola. Era libre y sí, la hermana Pilar tenía razón, ella había entregado su tiempo y sus energías a ayudar a los demás, pero a cambio había recibido algo mucho más valioso: la paz consigo misma, que le había permitido avanzar y evolucionar como persona.

Ahora, cumplidos ya los sesenta años, trabajaba para la ONG proactiva “Open Arms”. Había viajado a Alemania, porque tenía programadas varias reuniones en Berlín con miembros de la oposición al Gobierno, para intentar frenar una propuesta del Ministerio del Interior, que pretendía devolver a los refugiados rescatados en el Mediterráneo inmediatamente a África, con el fin de generar un efecto disuasorio.

Al día siguiente, se reuniría con Katrin Göring-Eckardt, presidenta del Grupo Parlamentario de Los Verdes en el Bundestag y que se había ofrecido a ayudarla en todo lo que fuera posible. Ava comprendía los motivos que empujaban a los hombres

y mujeres que ponían sus vidas en riesgo, en un viaje que pocas veces terminaba bien. Europa, para ellos, representaba la esperanza de la que carecían, un futuro al que agarrarse con todas las fuerzas, *una segunda oportunidad*. Ella había tardado años en interiorizarlo, más de la mitad de su vida, pero estaba dispuesta a defender con toda su determinación y energías ese derecho.

Durante el trayecto al hotel, observó los profundos cambios que se habían producido en la capital, le costaba reconocer aquella ciudad, se sentía una extraña. Paseó su mirada expectante y un poco asustada, la vida de la antigua Ava regresaba a ella para atormentarla muchas veces y allí no podía frenar aquellos recuerdos, incluso Alaric, que apenas ocupaba ya una ínfima fracción de espacio en su memoria, regresaba a ella con fuerza y no podía evitar preguntarse en qué se había convertido y cómo le habría tratado la vida.

Se arrepentía de todo lo que había pasado, pero se repetía una y otra vez que aquella mujer ya no era ella, aunque era plenamente consciente de que el sentimiento de culpa por lo que hizo, siempre la acompañaría como un tatuaje imborrable en su piel.

No tenía nada que hacer hasta el día siguiente, por lo que podía descansar del agotador viaje, sus huesos y sus músculos se lo pedían a gritos. Pero no era una opción, sabía que antes de cualquier otra cosa, debía viajar a Potsdam.



El taxi la dejó en la entrada de la propiedad de los Lenz. Para su sorpresa, la gran puerta de hierro se encontraba entreabierta. Cogió el camino de grava y se presentó frente a la gran mansión. Una punzada de tristeza traspasó su corazón, la gran casa parecía abandonada. Inmediatamente, giró la cabeza buscando la pequeña casa cubierta de enredadera y su sorpresa fue mayúscula cuando vio una ventana abierta y unos macizos de flores colocados en la puerta, indicando que se encontraba habitada.

Se acercó para mirar el interior de la casa desde la ventana. Ahora, era una sola estancia, radicalmente diferente a la que ella había dejado atrás. Habían hecho un trabajo estupendo con ella, un espacio más acogedor y funcional. No había ni rastro de sus habitantes y en el fondo lo prefería así, no quería dar explicaciones.

Dio una vuelta por el jardín y a cada paso, podía ver a Francisco trabajando afanosamente en él. Suspiró al recordarlo y al pensar en su madre. Sabía que hacía poco que Consuelo había muerto. La había buscado y la había encontrado en una residencia. No quería causarle ningún dolor, por lo que no había hablado con ella. No estaba preparada para enfrentarse con su madre y todo lo que tendría que recriminarle. Todavía era una cobarde, pero llamaba todas las semanas para interesarse por su estado. La antigua Ava le había causado un tremendo daño, con el que tendría que vivir.

Se sentó en el cenador un rato a descansar, padecía de reuma y el clima de Berlín comenzaba a pasarle factura, cuando oyó unos rítmicos golpes procedentes de la cocina de la gran casa. Una tremenda curiosidad la condujo hasta el origen del ruido. Al entrar en la estancia, vio como un hombre ensamblaba unas bisagras en un mueble. Estaba totalmente concentrado en su trabajo y no advirtió su presencia. Ella lo estudió con calma y se maravilló con el trabajo de reforma que estaba llevando a cabo en la gran cocina, aquella en la que tantas veces había visto a su madre organizarlo todo.

—Buenas tardes —saludó consciente de que a continuación debía explicar su presencia allí.

—Buenas tardes —la saludó el hombre, visiblemente sorprendido por su presencia, mientras se quitaba los guantes con los que había estado trabajando para atenderla—. ¿Puedo ayudarla en algo?

—No, siento haberlo importunado, veo que está usted muy ocupado. Mi madre era una vieja amiga de la señora Colville, la hija de los propietarios, los Lenz. Cuando era pequeña, solía acompañarla cuando venía a tomar el té y al ver la puerta abierta no he podido resistirme a entrar. Esta casa me trae muchos recuerdos —suspiró perdiéndose en el pasado.

—No se preocupe, a mí no me molesta, puede mirar donde quiera, aunque le advierto que hay partes muy deterioradas. La casa ha estado vacía muchos años.

—Se lo agradezco, veo que está usted arreglándola.

—Sí, últimamente he descubierto que me gusta trabajar con las manos y la madera se me da bien —rió el hombre.

— ¿Vive en la casa pequeña? —preguntó Ava sin poder ocultar su curiosidad.

Dan miró a la mujer con detenimiento, parecía una mujer de los alrededores, que había ido a husmear, para luego compartir la información con sus amigas. Sabía que había mucha gente en los alrededores, que especulaban con su presencia allí. Probablemente, lo mejor era mostrarse amable y hablar con ella, para que cesaran las habladurías.

—Sí, de hecho me iba a tomar un descanso en estos momentos. Si me acompaña puedo ofrecerle un café.

La cara de la mujer se iluminó por la alegría que le provocaba la invitación y sonrió en señal afirmativa.

Entró en la pequeña casa con cautela, con la misma precaución que emplearía para adentrarse en las fauces de un monstruo dispuesto a devorarla. La habitación era preciosa, moderna pero acogedora, había muebles de madera reciclada por todas partes y estaba decorada en tonos neutros. Le sorprendió lo espacioso que parecía todo.

—Siéntese donde quiera, el café estará listo en unos minutos.

Ava se acomodó en el sofá frente a la chimenea. Desde ese ángulo podía ver como el hombre preparaba todo en la cocina y estudiar el resto de la construcción. En ese momento, la cubrió una sensación cálida y reconfortante, estaba en casa.

Dan no tardó mucho en posar frente a ella una bandeja con dos tazas de café y un plato con unas pastas. Cada uno tomó su taza, Ava no tardó en comenzar a preguntar:

— ¿Vive usted aquí solo?

A él la pregunta le pilló por sorpresa, la mujer era muy directa y cayó en la cuenta de que ni tan siquiera se lo había planteado. Sí, efectivamente vivía allí solo. En ese momento, fue plenamente consciente de lo que implicaban sus últimas decisiones: aquel era su hogar, el lugar en el mundo donde se encontraba en paz. Ese pensamiento lo animó e hizo que sonriera.

—Sí, me gusta mucho, compré hace un tiempo la propiedad y la he ido arreglando poco a poco.

— ¿Sabe qué fue de los antiguos propietarios?

—El señor Lenz, el patriarca, dejó un gran imperio a su muerte, pero sus herederos no supieron gestionar el patrimonio y están arruinados. Yo conseguí todo esto por mucho menos de su valor de mercado, la familia necesitaba liquidez con urgencia. Lo cierto es que fue una oportunidad única.

Ava pensó un segundo en Dieter, sus hermanos y Alain, por mucho que ella sufriera por amor, no les deseaba ningún mal y sintió pena por ellos. Siempre lo habían tenido todo y ahora... se preguntó qué sería de sus vidas.

—Ha hecho un trabajo maravilloso con esta casa, ¿Se dedica a la construcción?

—Ahora sí, como aquel que dice, he empezado de cero y estoy haciendo lo que me hace feliz —se sinceró Dan.

Era gratificante verbalizar sus pensamientos con aquella extraña. Dan se dio cuenta de que desde la partida de Ingrid, no había hablado con nadie. Tener a aquella mujer sentada frente a él escuchándolo con atención, para su sorpresa, lo hacía encontrarse bien.

—Lo entiendo, es maravilloso cuando la vida te concede una segunda oportunidad —sonrió la mujer con franqueza. Poder reparar nuestros errores es algo liberador. Me va a perdonar la indiscreción, soy una vieja algo chismosa, pero me sorprende que viva usted solo, ¿No está casado?

—Me estoy divorciando, me casé con la mujer equivocada.

—Bueno, es usted todavía joven y si me lo permite, le diré que también muy guapo, seguro que encuentra alguien adecuado con quien compartir esta maravillosa casa.

Ava acertó a ver el dolor que sus palabras causaban en el hombre.

—Una vez tuve la oportunidad de estar con esa persona, pero lo eché todo a perder, supongo que mi penitencia es esperarla eternamente.

Dan no dirigió sus palabras a Ava, fue más como si decir en voz alta lo que le atormentaba, pudiera hacer más liviana su carga.

—Escúcheme, tiene usted que confiar en el destino: el amor es una gran energía que mueve el mundo, en todas sus formas y al final, siempre tiene la capacidad de poner todo en el lugar que le corresponde.

Dan sonrió a la mujer que lo miraba a los ojos insistentemente, como si quisiera transmitirle toda esa sabiduría con su mirada. Entre ellos se instaló un segundo mágico en el que parecían poder compartir sus pensamientos sin necesidad de hablar, pero el sonido del motor de un coche aparcando frente a la mansión Lenz, los sacó del encantamiento.

—Disculpe, tengo que salir a ver de quién se trata —dijo Dan extrañado. En el último mes había vivido casi como un huracán sin recibir ni una sola visita, pero aquella tarde estaba siendo muy movida.

Ava lo siguió con la mirada mientras salía de la casa e instintivamente, se dirigió a la ventana, como tantas veces había hecho cuando vivía allí y la vio.

No podía mover ni un solo músculo, hasta había dejado de pestañear. Estaba contemplando un amor que desprendía una energía que casi podía tocar, el corazón se le paró al ver a la mujer a la que Dan abrazaba como si no fuese a soltarla jamás. Era ella, todos los rasgos de su padre armonizaban de una manera distinta en su rostro, pero no le cupo ninguna duda: era Ingrid.

Estaba bien y era feliz, no podía pedir nada más, la vida le regalaba aquella imagen que no borraría de su retina jamás. La representación de una felicidad envolvente, capaz de desterrar todos sus fantasmas para siempre. Ava salió de la

escena discretamente, ninguno de los dos parecía tener ojos para otra cosa que no fueran ellos mismos, inmersos como estaban en el interior de una burbuja que se resistía a explotar. Se marcharía para siempre de la mansión Lenz, con la mayor de todas las satisfacciones: ver a su hija feliz.

Ingrid sintió como su corazón estallaba en su pecho nada más bajar del coche y ver a Dan dirigirse a ella con los brazos extendidos. Ya no tenía que pensar, solo enfundarse en ellos. No hizo falta mediar ni una sola palabra, sus miradas hablaban por sí solas. Aquel beso electrizante era el comienzo de su segunda oportunidad, un principio juntos.

—He venido para que me lleves a París, es lo menos que podemos hacer por Rick —saludó Ingrid, casi sin poder hablar.

—Humphrey Bogart hubiese matado por este final —contestó Dan con los ojos anegados en amor.

Al igual que el agua, el amor es una energía con entidad propia, puedes contenerlo, reencauzarlo, no importa los diques que construyas o los límites que quieras imponerle... al final siempre logra llegar a su destino final.

**FIN**

## Sobre la autora:



Elena Fuentes nació en 1978 en Albacete, donde reside en la actualidad con sus dos hijos y su marido. Es directora de un centro médico como psicóloga, trabajo que compagina con su afición por escribir.

Desde su infancia mostró su inclinación y habilidad para inventar y narrar historias. Apasionada de la lectura, su fascinación por personajes con personalidades fuertes como Heathcliff o Catherine Earshaw, protagonistas de Cumbres Borrascosas, o los que pueblan el universo literario de Patricia Highsmith, le llevó a interesarse por el estudio de la psique humana.

Licenciada en Psicología por la Universidad de Murcia en 2002, ha profundizado en el ámbito de la salud mental, realizando diferentes máster y cursos de postgrado y en el campo de la inteligencia emocional, cuyos planteamientos se filtran en sus novelas y confieren a sus personajes una profundidad psicológica y matices en sus comportamientos que facilitan la empatía y la identificación del lector.

### Libros:

**“Barridos por el salitre”** 2014

**“Los círculos del alma”** 2015

**“Las hijas de BANU”** 2016

**“El legado de Ava”** 2017

**Disponibles en papel y en versión kindle en Amazon**

Más de esta autora en su página de Amazon:

[https://www.amazon.es/Elena-Fuentes-Moreno/e/B013TBYHF0/ref=sr\\_ntt\\_srch\\_lnk\\_1?qid=1496400486&sr=8-1](https://www.amazon.es/Elena-Fuentes-Moreno/e/B013TBYHF0/ref=sr_ntt_srch_lnk_1?qid=1496400486&sr=8-1)

## Agradecimientos:

Gracias a cada una de las personas que se han sumergido en mis historias, dándome una oportunidad. Para mí escribir es una satisfacción continua gracias a vosotros, habéis hecho que una pasión se convierta en parte imprescindible de mi vida y nunca podré agradeceréoslo lo bastante.

Llevo en el corazón a los lectores, normalmente, lectoras, que me dan aliento y me animan a seguir escribiendo, que compran mis libros y me permiten llevarlos de la mano por mis historias. Es mágico que paséis unas horas de vuestras vidas compartiéndolas conmigo, es precioso, gracias por no apagar la ilusión que me provoca cada libro, gracias por acompañarme en cada una de mis novelas. Gracias, sin ti lector, nada de esto sería posible.

Gracias a mis hijos, que hacen que a su lado la felicidad se multiplique por mil cada día. A Fran, que siempre me acompaña donde mi cabeza me lleva. A mis padres y a mi hermana, que me quieren incondicionalmente.

A Darío que pasa horas con las portadas sin quejarse jamás.

A Verónica Muñoz que ha puesto su corazón para mejorar cada palabra, nunca seré capaz de darte las gracias como te mereces. A ti y al grupo de Sofaleras de Facebook, que siempre recibís cada una de mis historias con los brazos abiertos y como no, a mi maravillosa Belén Edreira, que lo hace posible y con su trabajo me hace llegar a más gente y soñar...

A todos los que me animáis incondicionalmente: Esther y David por estar siempre,

Isabel, Manolo, Eli, Virgi, Alex, Mariana, Emi, María Isabel, Tere, Alberto, José, María José, José Vicente, MC, Encarni, Ángela, Rosa, Cristina, María, Victoria, Begoña, Paqui, Gloria, Julia, Mamen, Cristina M, Ana Luján, Marisa, Marisina, Aurora, José María, Emilio, Justo, Ángeles, Isabel, Rosana, Joaquina, Forix, Andrea, Nieves, Paz, María M, Isabel, Javier, Pepe, Diego...gracias por formar parte de mi vida.

A mis compañeros, de los que aprendo y con los que comparto experiencias maravillosas: Mar Carrión, Ana R.Vivó, Mayte Esteban, Scarlett Butler, AV San Martín, Elena Montagud, Andrea Pérez, Laura Sanz, María. N Mera, Mireia G Higón, Catherine Roberts, Patricia Miller, Leo Mazzola, Miguel Garvía... sois tantos y me habéis enseñado tanto...

A todos los que os une la pasión por leer: Jay (Pergamino infinito), Rolly Haacht, Ari (Bookcaneras), M. Eugenia Campayo, Vicky BF y el grupo de lectura LC libros y amigas, Xulita Minnie, Sara Halley, Aroa Cavill y su maravilloso grupo que apoya a los escritores Indies, Rosa María la Peira, Coral R Sierra, Roxy Gonzalez, Yennely Perez y Cecilia Perez que hacen un trabajo estupendo promocionando la

lectura en las redes, las chicas de We are Bibliophiles, Lizzie Quintas y el grupo: Un libro en cada puerto, Sara del Pozo, Sara Lectora, Yoli (Mi vida por un libro), Ana Lara (Librería Cala), las chicas de Collage, Rocío (Librería Popular), el club de lectura de Alborea, Lezuza, Bogarra...

MIL GRACIAS